

JOSÉ ANTONIO GOYRI

# EL CORAJE DE VIVIR

*Una historia de valor,  
amor y supervivencia  
ambientada en una  
Europa entre guerras*



JOSÉ ANTONIO GOYRI

# EL CORAJE DE VIVIR

Una historia de valor, amor  
y supervivencia, ambientada  
en una Europa entre guerras

DIANA



# Índice

I  
II  
III  
IV  
V  
VI  
VII  
VIII  
IX  
X  
XI  
XII  
XIII  
XIV  
XV  
XVI  
XVII  
XVIII  
XIX  
XX  
XXI  
XXII  
XXIII  
XXIV  
XXV  
XXVI  
XXVII  
XXVIII  
XXIX  
XXX

XXXI  
XXXII  
XXXIII  
XXXIV  
XXXV  
XXXVI  
XXXVII  
XXXVIII  
XXXIX  
XL  
XLI  
XLII  
XLIII  
XLIV  
XLV  
XLVI  
XLVII  
XLVIII  
XLIX  
L  
LI  
LII  
LIII  
LIV  
LV  
LVI  
LVII  
LVIII  
LIX  
LX  
LXI  
LXII  
LXIII  
LXIV  
LXV  
LXVI  
LXVII  
LXVIII  
LXIX  
LXX

LXXI  
LXXII  
LXXIII  
LXXIV  
LXXV  
LXXVI  
LXXVII  
LXXVIII  
LXXIX

Acerca del autor

Créditos

## I

Soy Diego Piaf.

Nací en México, en el año 1900, hijo de padre francés y madre mexicana.

Recuerdo muy poco de mi infancia. Todo es como vagas imágenes que cada vez se pierden en una bruma incierta. Pareciera que el recordar fuera como soñar que me hubiera gustado tener una niñez llena de aventuras y travesuras.

En realidad, siempre fui un niño juicioso que disfrutaba leer. Leía todo cuanto encontraba a mi paso, periódicos, libros. Algunas veces me regañaban por leer lo que pensaban que no era propio para mi edad y muchas veces no entendí lo que leía, pero lo intentaba. Quería saber, comprender, imaginar.

Mi madre era una señora de tez blanca, pelo largo de color negro y unos ojos grandes enmarcados en unas hermosas pestañas. Solía llevarnos al parque. Me parecía un lugar privilegiado. Ahí podía jugar con mi hermana mayor, Helena. Pasábamos horas y horas jugando, conociendo niños y disfrutando de nuestra infancia.

Helena era idéntica a mi madre, sólo que el buen comer de mi hermana la había hecho subir algunos kilos y eso la hacía parecer mayor de edad. Si querían adivinar sus años, siempre le agregaban dos o tres más.

El colegio era el lugar donde tenía a mis mejores amigos; me encantaba estudiar y jugar con ellos. Yo era de los mejores alumnos, ya que la mayoría de nuestras clases eran en francés, idioma natal de mi padre.

Si bien en casa se hablaba español todo el tiempo, mi padre nos leía poesía en francés. Me gustaba mucho ese idioma. Me ayudaba con la tarea y me ponía a conversar con él. Mi madre y mi hermana lo hablaban muy poco, por lo que yo sentía que el francés era una lengua que nos unía mucho a mi padre y a mí.

Él era un hombre educado a la usanza militar, al igual que mi abuelo, que fue soldado. Llegó a México a finales del siglo XIX y trabajó como cocinero para la embajada francesa. Tenía la misión de satisfacer cuanto antojo tuviera el señor embajador, que era de paladar aristocrático y muy exigente.

Mi padre se especializó como cocinero en la escuela militar, donde obtuvo las

mejores calificaciones. Conoció a mi madre en un baile de la embajada. Fue un amor a primera vista. Se enamoró perdidamente de ella. Tanto así que, antes de pedirle que fuera su novia, le pidió que fuera su esposa. Así era mi padre: no dudaba en ninguna de sus decisiones.

El embajador francés, al terminar su gestión en México, le pidió a mi padre que lo acompañara de regreso a Francia.

—Tienes trabajo en mi casa como cocinero —le propuso.

Mi padre no aceptó. Tenía otros planes. Se dio de baja como militar, se casó con mi madre y cumplió uno de sus sueños dorados: abrir una pastelería.

Esa pastelería fue una de sus mejores hazañas. Invirtió todos sus ahorros e ilusiones. Debió haber sido difícil, en un país que no era el suyo. Pero era feliz. Hacer pasteles se convirtió en su pasión.

La pastelería se encontraba en el centro, por lo que mi padre pasaba ahí la mayor parte del tiempo. A mi hermana y a mí nos gustaba visitarlo. Aprovechábamos cualquier oportunidad para hacerlo, principalmente durante los días feriados y las vacaciones. Helena heredó su gusto por la cocina. Inventaba platillos que eran una delicia.

—Lo llevas en la sangre, mi niña —le decía mi padre, gustoso, al probar alguna de las delicias que preparaba.

Helena fue más afín a mi padre en términos de cocina. En cambio, mi madre y yo éramos más afines por nuestra inclinación a la lectura. Mamá era una estupenda lectora. Libro que caía en sus manos, libro que devoraba con fruición. Le gustaba leernos cuentos, fábulas y poemas. Algunos me parecían divertidos y otros eran, para mi gusto, crueles, que me hacían pensar, no sin un estremecimiento de alma, en la desgracia ajena.

Conforme crecimos, mi hermana y yo nos hicimos más unidos. Disfrutábamos mucho de nuestras travesuras juntos. Éramos inseparables. Cuando ella se enfermaba, yo también quería enfermarme, pues no era divertido jugar sin ella. Fue una gran compañera de mi infancia. Como vivíamos en las afueras de la ciudad, eran pocos los niños que vivían cerca de casa. Únicamente convivíamos con más niños en la escuela, y los domingos, en misa.

Mi padre fue un hombre muy trabajador, que inspiraba respeto por su honradez y cordialidad. Siempre ayudaba a quien se lo solicitaba. Todo mundo acudía a él para pedirle consejo. Además, como trabajaba en el centro de la ciudad, muchos de sus clientes eran doctores, abogados, contadores, que apreciaban su empeño y dedicación. Su pastelería fue muy famosa. En toda celebración importante no faltaba un pastel hecho por mi padre.

Trató de inculcarme su oficio pero, a pesar de mi empeño, nunca fui bueno para hacer pasteles. A mi padre le costó trabajo; sin embargo, al final entendió que eso no era para mí. Lo mío era la lectura, y después, como una consecuencia natural, la escritura. Comencé a escribir algunos versos. No faltó quien, como empleado o cliente de la pastelería, se enterara de mis poemas, y entonces me pedían que les escribiera algo bello

para sus novias o esposas. Así fue como empecé a descubrir mi talento como escritor. Mi padre, cuando lo supo, sintió un grave disgusto. Temía que mi vida se malgastara en escribir versos para enamorados.

Nunca lo culpé por pensar así. A veces, uno como padre teme por lo que el destino les deparará a sus hijos. Le agradezco infinitamente, en todo caso, que a pesar de su temor siempre respetó mi propia forma de ser. Más aún, porque aquéllos eran tiempos en que los padres imponían su voluntad sobre los hijos y mi padre jamás trató de imponerse sobre mis deseos.

Al contrario, siempre me apoyó. Y me daba consejos. Como éste, que era su favorito: “Diego, en la vida debes tener tres amigos. Uno más grande que tú para que puedas aprender de él, otro igual que tú para que puedas compartir todo lo que sabes y el último más pequeño que tú, para que puedas enseñarle”.

## II

Al llegar a la adolescencia mi interés por la literatura fue mayor. Era, de manera invariable, el ganador en los recitales de poesía y en los concursos de oratoria, por lo que mi padre no tuvo más remedio que apoyar mi gusto por la palabra escrita y hablada. No llegó a entenderlo por completo ni aceptó de forma abierta mi decisión, pero nunca me forzó a seguir sus pasos en la pastelería.

En cambio, mi hermana comenzó a ayudarlo. Era un negocio próspero, que nos permitía vivir cómodamente.

Las cosas cambiaron. Un día, durante mi adolescencia, empecé a notar que algo no estaba bien en la familia. Mis padres discutían constantemente y parecían estar preocupados. Mi interés por saber lo que estaba pasando me llevó a colocarme tras la puerta y querer escuchar lo que decían.

—La situación en México no está nada bien —afirmó con voz enérgica mi padre—. Con la Revolución se han ido a la quiebra muchos comercios. Nosotros corremos ese peligro. He tenido que despedir a la mitad de mis empleados. Las ventas van hacia abajo. De continuar así, en poco tiempo no tendremos dinero para pagar ni la renta ni los salarios.

Para mí, escuchar eso fue un golpe muy duro. Sus palabras me bajaron de mi burbuja de sueños y me ubicaron en la realidad. Empecé a sentir en carne propia las primeras preocupaciones de mi vida y me cuestionaba muchas cosas que no entendía. “¿Por qué nos está pasando esto?”, me preguntaba. “¿Qué ha hecho mi padre para merecer esto?”

Nunca lo había visto tan preocupado. No era para menos: su pastelería, que con tanto empeño había logrado, y el bienestar de su familia, que tanto quería, estaban en peligro. Mi madre lloraba:

—Debe haber una forma de salir adelante. Piensa en otras alternativas, habla con tus amigos, pide dinero al banco —decía entre amargos sollozos.

Al poco tiempo mis padres nos cambiaron de colegio. Era obvio, dada la situación económica por la que atravesábamos. Los lujos se terminaron y los juguetes que queríamos dejaron de comprarse. En general, el ambiente en las calles era incierto y temeroso.

### III

Pasado el tiempo ocurrió lo inevitable: mi padre tuvo que vender la pastelería.

Durante muchos años fue nuestro único sostén económico. La situación en México estaba peor que nunca, así que mis padres optaron por una decisión drástica pero necesaria: viajar a Francia.

No fue fácil. Podía ver en los ojos de mi padre su profunda tristeza. Veía el rostro de una persona que ha dado todo por su familia, pero la situación en México era algo que lo sobrepasaba.

Mi padre se sentía un fracasado. Permanecía con la mirada baja, avergonzado de no darles a sus hijos lo necesario para bien vivir. Con voz trémula nos dijo:

—Es decepcionante darse cuenta de que lo que siempre soñaste desaparece de un día para otro.

Tragó saliva, continuó:

—Ustedes, mis hijos, son mi esperanza. Es una situación triste, pero por ustedes buscaremos la manera de salir adelante.

Fue un momento descorazonador y desesperado. Se vendió la casa, así como todas nuestras pertenencias. Se compraron los boletos y viajamos en barco a Francia.

No fue nada grato. Los camarotes de tercera clase eran muy pequeños. Sólo una cama para cuatro personas. La comida era muy mala, nuestros papás nos obligaban a comerla.

“¿Qué nos está pasando?, ¿porque tenemos que sufrir todo esto?”, eran las preguntas que me hacía cada noche en el barco. Más allá de las incomodidades o carencias que sufrimos, mi angustia era mayor por la actitud de mis padres: mi madre con la añoranza de su vida en México y mi padre con la añoranza de su pastelería.

Por las noches no podíamos dormir, el calor era asfixiante. Mi padre salía del cuarto

y se iba a caminar por la proa. Un día le pedí acompañarlo, ya que tampoco podía dormir.

Contemplamos las estrellas. Fue un momento mágico de esperanza. Mi padre me tomó del hombro y me habló de tal manera que yo me sentí como un adulto.

—Las cosas van a mejorar, Diego. Haré todo lo que sea necesario para que no les falte nada. Las cosas suceden por alguna razón. Si en México no salieron bien, en Francia esto tiene que cambiar. Te lo aseguro, no voy a dejar de seguir luchando.

Empezó a hablarme de su propia madre:

—Tu abuela es una gran mujer. Cocina unas deliciosas galletas de chocolate. Estoy seguro de que les van a encantar. Además, tiene muchas ganas de conocer a sus nietos.

Durante el día observábamos a la gente que viajaba en tercera clase, como nosotros. Parecía como si todos huyeran de algo. Se les notaba su cara de preocupación y de tristeza. Era gente que había perdido todo lo que tenía. Sólo las ganas de luchar por seguir viviendo la hacía emigrar a otros lados en busca de esperanza.

Recuerdo a mi padre, que platicaba con un señor de edad avanzada. Me acerqué y escuché lo que decían:

—Ya no nos queda nada. Alguna vez tuvimos algo con mucho esfuerzo y ahora no tenemos nada. Llegamos a México hace algunos años. Nuestra decisión era vivir ahí por el resto de nuestras vidas. Invertimos todo nuestro dinero en comprar tierras. Todo funcionaba de maravilla, los campesinos mexicanos trabajaban en nuestras tierras, empezaban antes del amanecer y terminaban hasta que se metía el último rayo de sol. Eran muy fuertes y colaboradores. Nosotros pagábamos un salario justo, de acuerdo con nuestro criterio. Inclusive dormían en nuestros almacenes con todo y sus familias. Pero estalló la Revolución.

El anciano miró en lontananza y prosiguió:

—Los trabajadores querían mejores condiciones de trabajo. La mayoría de los obreros se fueron a huelga y los campesinos se unieron al ejército zapatista. Terminaron por quitarnos nuestras tierras. Salimos huyendo a la capital. Ahora, véanos aquí. Vamos a Francia, con la hermana de mi esposa que vive allá. Venimos en busca de ayuda. Con un poco de suerte y con la ayuda de Dios esperamos salir adelante.

Era 1912. En ese año llegamos a Francia.

## IV

En Francia vivimos en una villa en las afueras de París.

Era la casa de mis abuelos. Mi abuela era una mujer muy callada que disfrutaba del

cuidado de su invernadero. Con nosotros, sus nietos, hablaba muy poco. Sólo recuerdo verla sonreír por la ventana al contemplar nuestras travesuras. Nos cocinaba aquellas galletas de chocolate de las que tanto nos contaba mi padre. ¡Eran deliciosas! Mi abuela vivía de la herencia que le dejó mi bisabuelo al morir. Disfrutamos poco de su compañía. Nuestra abuela murió al siguiente invierno de nuestra llegada. Murió de causas naturales. Yo creo que murió feliz. Pude verla sonriente en su cama, viendo hacia la ventana que daba al invernadero. Parecía que no hubiera muerto porque ese invernadero que tanto le gustaba florecía en primavera como nunca. Parecía que su esencia había quedado ahí. La chica que la cuidaba tomó al invernadero como suyo y lo hizo florecer. Lo trabajaba día a día, religiosamente, como si se tratara de una plegaria de agradecimiento a la vida de mi abuela.

A mi padre esa muerte lo entristeció mucho. Estuvo algunos días de luto, callado, pensando en su madre que se había ido.

Sin embargo, entre tanta tristeza, hubo una buena noticia: mi abuela le dejó algún dinero largamente ahorrado. Con ese dinero mi papá abrió un negocio: una panadería en la ciudad.

El pan era exquisito. Mi padre lo hacía de la mejor calidad. Estaba apesadumbrado por lo de la abuela pero contento con su negocio. Parecía otro. Como si hubiera renacido tras haber tenido que dejar México. En todo París no había lugar donde se comiera pan como aquél, que hacía mi padre. La gente empezó a recomendarlo y con el tiempo la situación económica en la casa empezó a mejorar.

Nos dimos cuenta de que mi madre pasaba mucho tiempo sola en la villa, ya que tanto nuestro colegio como la panadería se encontraban en la ciudad, así que mi padre decidió que nos mudásemos a un lugar más céntrico. A mi hermana y a mí nos pareció perfecto. Conocimos más gente y nos hicimos de más amigos.

Vivíamos en una casa de ensueño, donde mi hermana y yo teníamos nuestro propio cuarto. Mi madre visitaba en ocasiones a mi papá en la panadería. Sonreían y se les veía contentos, enamorados. Mi padre se daba tiempo para jugar con nosotros, por lo que mi hermana y yo estábamos fascinados de vivir en la ciudad. Al parecer, todo se estaba acomodando en su lugar. Volvíamos a tener esa calidad de vida que tuvimos en México. Yo estaba agradecido y respetaba a mi padre como a nadie más. Había cumplido su promesa, la de luchar por su familia para salir adelante.

## V

Me encantaba leer el periódico. Me gustaba saber lo que pasaba en la ciudad y en el país.

Era 1914. Recuerdo una noticia que apareció en todos los periódicos y de la que todo mundo hablaba: el asesinato del archiduque de Austria-Hungría. Se temía que esto trajera como consecuencia una guerra inevitable en Europa.

Yo era un niño apenas. Mi mente no podía entender cómo por la muerte de alguien se podría desatar un conflicto bélico. Además, yo no tenía muy claro lo que era una guerra. En México habíamos vivido tiempos difíciles, pero jamás nos tocó presenciar una masacre, ni siquiera escuchar un balazo. Trataba de aquietar mis nervios con ideas inocentes como, por ejemplo, que mi abuela había muerto, pero, bueno, jamás se desató una guerra por ello.

Mi padre empezó a comportarse de manera extraña. Hablaba con mi madre a solas para que no lo escucháramos. Helena y yo nos dábamos cuenta de todo, así que buscábamos la forma de oír las conversaciones de mis padres sin que ellos nos descubrieran.

—La situación política en Europa está muy tensa —era la voz de mi padre, no exenta de preocupación—. Hoy Alemania le declaró la guerra a Rusia, y no tardarán en declarar la guerra a Francia.

Al escuchar a mi padre, empecé a sentir miedo de los alemanes.

A partir de ese día me las arreglaba para leer los periódicos todos los días. No pasó mucho tiempo antes de que, en efecto, Alemania le declarara la guerra a Francia. El vaticinio de mi padre se había cumplido.

El siguiente sábado nos llevaron a una especie de desfile militar. Las tropas francesas pasaban por las calles y la gente les aplaudía, había música y les aventaban flores.

Mi padre me dijo:

—Ésos son los soldados que van a luchar contra el enemigo alemán. Van a defender la patria. Nos van a cuidar. Hay que desearles suerte, Diego. Darán la vida por nosotros. Despedimos a estos jóvenes soldados que se dirigen al frente.

Yo estaba emocionado. Me gustaba ver a los soldados con sus uniformes militares. Marchaban en orden y con sus rifles bien sujetos. Me podía imaginar a mi padre cuando fue soldado. Un hombre valiente, al igual que ellos.

—Tú eras así de fuerte y valeroso, ¿verdad? —le pregunté a mi padre.

Él sólo rio y me dijo:

—Sí, yo era muy valiente al tener que batir tanta mantequilla para alimentar los estómagos de esos valientes tragones.

Me puse a gritarles lo que les gritaba la gente.

—¡Denles duro!

—¡Acaben con ellos!

Lejos estaba yo de imaginar el terror y horror que iban a vivir esos soldados.

## VI

Un día volví a percatarme de que mis padres hablaban cuidando que nosotros no los oyéramos.

—Los alemanes han aplastado a las tropas francesas en Bélgica y avanzan ya en territorio galo. No tardarán en estar a pocos kilómetros de París. La situación se está volviendo caótica. La gente camina en las calles con miedo.

Mi padre agregó:

—Mis empleados se acaban de alistar voluntariamente. Hay muchas bajas entre nuestro ejército. Además, la sociedad presiona para que los jóvenes vayan al frente a defender el país. Para muchos de ellos, la guerra les permite ganarse el respeto de sus mayores.

La panadería no cerró. Mi padre contrató mujeres para que el negocio pudiera subsistir. Aun así, la situación era preocupante. La economía se venía abajo.

Mi padre tuvo que reducir a la mitad el sueldo a las mujeres. Pese a ello, la situación era tan mala que el negocio sólo nos daba para comer lo necesario.

Lo único que nos ayudaba a salir adelante era el dinero que la abuela nos había dejado, aunque sabíamos que se nos acabaría en algún momento, y más aún si la situación en Francia continuaba empeorando.

Helena y yo nos la pasábamos encerrados en casa. Mis padres no querían que saliéramos. Lo entendíamos pero nos desesperábamos. Era como estar castigado en tu cuarto para siempre.

Yo aprovechaba esos largos momentos de encierro para leer un sinfín de libros.

No podíamos salir ni a caminar, a tomar un poco de aire puro.

Mi padre, todas las noches, al regresar de la panadería, se ponía hablar con mi madre.

—En la ciudad se respira un aire de tensión. La única conversación es en torno a la guerra. La mayoría de la gente que camina por las calles son mujeres y todas hablan sobre sus hijos, esposos, hermanos, amigos, que están en el frente de batalla. En el rostro se les nota la preocupación por saber si aún siguen con vida. Algunas lloran y las consuelan otras mujeres. A estas últimas ya les avisaron: su hijo ha muerto en tal o cual combate. Dicen que ya no es una guerra sino una carnicería. Hay manifestaciones que exigen la rendición por parte de nuestro gobierno. Quieren que las tropas que aún nos quedan regresen a casa con vida.

## VII

Un año después la guerra continuaba. En los periódicos se leía que las tropas francesas habían contenido al enemigo. La situación económica en Francia, sin embargo, empeoraba cada vez más. El país debía mucho dinero, pues se había endeudado por comprar armamento.

Empezaron las primeras huelgas en las industrias por escasez de dinero y de víveres. La gente se amotinaba. Se amenazó con fusilar a quien fuera parte de un motín, a pesar de lo cual no cesaban las protestas y mítines.

Así llegó 1918. Los periódicos anunciaron el fin de la guerra. Francia había ganado pero a un costo altísimo. Miles de soldados muertos y muchos padres, madres, esposas y hermanos estaban afligidos por haber perdido a sus seres queridos.

La economía era un desastre. Había pobreza y hambre por todos lados.

Mi padre nos llevó al centro de París a recibir a nuestras tropas victoriosas. Los aclamamos como héroes. Sus familiares se abrazaban a los soldados con lágrimas en los ojos y daban gracias de que hubieran sobrevivido.

Mi padre reconoció a un joven soldado que había trabajado con él en la panadería y se acercó a decirle:

—¡Qué felicidad volverte a ver, hijo! Son unos héroes todos ustedes.

El muchacho volteó y miró fijamente a mi padre. Pero lo hizo con miedo, temblando, como si se tratara del enemigo en vez de un rostro conocido. Su mirada era extraña. Algo había cambiado en él. Antes era un muchacho sonriente, que siempre estaba de buen humor, cantando en la panadería, y ahora tenía el semblante adusto y desilusionado.

Temblaba, cuando nos entregó una carta. Nos dijo:

—Si algún día tuve miedo a la muerte, fue en esta guerra. Si algún día pedí perdón a Dios, fue en esta guerra. Jamás olvidaré lo que vi. Ya no soy ese muchacho que se enroló con un enorme ánimo de patriotismo...

Guardó silencio por unos instantes. Continuó:

—Esta carta que ahora les entrego iba a dársela a mi esposa. Pero, me informaron apenas ayer, acaba de morir. Ha muerto la ilusión que me mantuvo vivo durante todo este infierno de batallas —se echó a llorar desconsoladamente y siguió su camino con rumbo errático y desconocido.

Regresamos a casa. Mi curiosidad pudo más que la prudencia y, aprovechando un momento de descuido de mi padre, abrí la carta. Esto fue lo que leí:

“Amor mío, esta guerra es espantosa. Mi primera experiencia en el frente fue directamente en la primera línea de batalla. Fue una encantadora ceremonia de fuego y relámpagos. Teníamos que excavar y poner alambres de púas a nuestro alrededor. Temprano en la mañana comenzó la masacre. Fue un ametrallamiento masivo. El zumbido de las balas fue enloquecedor. Algunos de nuestros compañeros caían heridos y

otros muertos. El miedo se apoderó de mi mente y de mi cuerpo. Entonces recordé tu rostro y suspiré. Fue tu recuerdo el que me dio el ánimo y el valor para salir con vida de ese infierno de muerte y de balas. Todos morían cerca de mí. De todos mis compañeros sólo sobrevivimos tres. ¡Fue horrible! El desánimo cunde. Todo mundo está harto y a nadie le queda ya nada de lo que se conoce como patriotismo. Lo único que cada uno quiere es acabar con esto e irse a casa. Ésta es la cruda verdad. Cualquiera que haya estado aquí en los últimos meses te diría lo mismo. Yo he perdido prácticamente todo el patriotismo que me quedaba, sólo me queda pensar que al regresar a casa lo primero que veré es tu rostro. Esto es lo único que me mantiene y me da fuerzas para aguantar. Dios te bendiga, porque sin tu amor y confianza sucumbiría y fracasaría. Si llego vivo al final de esta guerra, será por ti. Que Dios te mantenga a salvo y segura hasta que se calme la tormenta. Te amo, mi cielo, con el amor más profundo de todo mi corazón. Soy tuyo. Tu amor...”

Apenas terminé de leer la carta, mi padre me descubrió y me la arrebató. La volvió a meter en el sobre y lo guardó en su recámara.

Cuando regresó, me dijo:

—¡Qué vergüenza, Diego! Aprende a respetar el dolor de las personas.

Ese regaño, así como el contenido de la carta y la tristeza de aquel soldado, los llevaré siempre en mí como un recuerdo imborrable.

## VIII

Pasaron algunos años y la situación en Francia empezó a mejorar. Las fábricas y los comercios comenzaron a abrir de nuevo, por lo que había trabajo para obreros y comerciantes. Helena incursionó en un nuevo negocio que abrió junto con mi padre y un anciano judío: una cafetería.

Mi hermana y yo estábamos a punto de convertirnos en adultos. Mi padre, por primera vez en su vida, pensó en su retiro y en dejar de trabajar. Se dedicó a viajar con mi mamá.

Por mi parte, me dediqué por completo a la escuela. Había obtenido una beca universitaria para estudiar literatura. Me esmeré siempre para lograr excelentes calificaciones y por tener una buena relación con mis maestros y compañeros de clase.

En la universidad tuve la fortuna de conocer a un gran amigo. Su nombre era Isaac y era judío. Reconocía mi talento:

—Vas a tener futuro en el mundo de la literatura —me aseguraba.

Isaac se volvió un amigo inseparable. Era un joven aventurero y astuto, al cual nada

le preocupaba y que tomaba todo obstáculo como si fuera un reto. Escogíamos materias en las que pudiéramos estudiar juntos. Nunca pude ser mejor estudiante que él: siempre obtenía las mejores calificaciones y era un alumno de excelencia.

Recuerdo que debíamos seleccionar un idioma como materia. Yo quería estudiar italiano. Isaac, en cambio, quería estudiar alemán, porque en ese verano había conocido a una chica alemana de quien se había enamorado. Isaac propuso que dejáramos al azar lo referente a qué idioma escoger. Acepté, cogimos una moneda y la lanzamos al aire. Perdí y nos inscribimos para estudiar alemán.

Con el tiempo empezó a gustarme el aprendizaje de ese idioma. Fue tanta mi pasión que me dediqué a traducir algunos escritos de la biblioteca y logré obtener mejores notas que Isaac.

En la universidad me inscribí a un concurso de escritura y obtuve el primer lugar con una novela corta. Recibí el premio de manos del rector de la universidad. Fue un gran logro que siempre guardaré gratamente en la memoria.

Debo decir que mi vida en la universidad era totalmente feliz y plena. Entré a trabajar sin cobrar en la gaceta de la escuela, donde propuse una sección de política en la que yo mismo comencé a escribir. Quería que los estudiantes supieran lo que pasaba en nuestro país.

Gracias a esos artículos fui muy leído y reconocido en la universidad donde, apenas llegaba, me saludaban muchos estudiantes y maestros. Algunos se acercaban y me felicitaban por mis artículos en la gaceta.

El tiempo pasó y llegó el momento de presentar los exámenes finales, los cuales me permitirían graduarme. Isaac y yo estudiamos como nunca. Aprobamos con honores. Nos felicitaron nuestros maestros, que nos ponían como ejemplo ante los demás alumnos.

Así fue mi vida en la universidad. Me sentía feliz. Tanto así que no quería salir. La universidad era como mi segundo hogar. Le tenía un cariño tan grande que en mi último año estaba muy triste al saber que ya no iba a regresar y que todo se convertiría en recuerdos. Pero había algo que me emocionaba en lo más profundo de mi ser: enfrentarme al mundo laboral. Tenía tantas ganas de trabajar y mostrar lo que yo creía que era mi talento.

Isaac y yo, al graduarnos, nos sentimos los conquistadores del mundo. Teníamos mil y un proyectos por realizar. Pasaron los días y empecé a angustiarme. La razón era simple: por más que buscaba trabajo, no lo encontraba.

Isaac, por su parte, consiguió trabajo sin problemas... en una editorial propiedad de su familia.

No pasó mucho tiempo antes de que me llamara para trabajar en su empresa.

Me entrevistó su papá, que era el director de la editorial. Nunca supe si fue por mi talento o por la amistad que tenía con su hijo, pero me aceptaron y empecé a trabajar.

—Isaac me ha hablado muy bien de ti, mi querido Diego —me dijo su papá—. Y

esta editorial necesita gente como tú...

Sus palabras resonaban en mí todos los días en la oficina. Me comprometí a no defraudarlo y me aboqué a dar lo mejor de mí.

Mi trabajo consistía en escribir. Lo hacía sobre cualquier tema que estuviera de moda, así fuera política, religión, guerra, ciencia. El director de la editorial lo analizaba y, si le gustaba, me pagaba; de lo contrario, no recibía nada. Me encantaba lo que hacía. Escribir era mi pasión. La editorial se convirtió en mi segunda casa. Mis escritos comenzaron a tener éxito y la gente los comentaba. Me gané así la confianza de mi jefe.

## IX

Un día, mi hermana Helena se apareció en la editorial. Lloraba y sollozaba sin parar. Estaba devastada. Me dio entonces la noticia, una noticia que cambiaría mi vida:

—Diego, nuestros padres tuvieron un accidente...

Respiró hondo. Sólo así pudo continuar.

—El tren en que viajaban chocó. Ambos fallecieron.

Fue el peor momento de mi vida. Nos dirigimos al depósito de cadáveres, un edificio frío y siniestro. Ahí estaban los cuerpos destrozados de mis infortunados padres. Helena y yo lloramos como niños. Los enterramos en medio de un día gris. Hacía frío y llovía. Las personas que asistieron eran amigos de mis padres. Todos lamentaban la forma en que murieron y coincidían en que habían sido grandes personas.

La tristeza nos embargaba. Entendía que mis padres algún día iban a morir. Uno esperaría que murieran de viejos, que es el camino natural del ser humano. ¡Pero morir en un accidente! Y pensar que sufrieron, que agonizaron, era lo que realmente me hacía sufrir. Fue el primer duelo de mi vida, la primera vez que me dolía el alma, la primera vez que despertaba angustiado. Por aquellos días me daba por caminar y caminar hasta el anochecer, abatido por la pena. No podía dormir. Fueron los primeros golpes de la vida en mi andar por el mundo. Pero el tiempo es sabio y me hizo reflexionar y entender que la vida continúa. Debía vivir aunque ellos ya no estuvieran con nosotros. Mi consuelo era recordar las cosas buenas que nos dejaron y enseñaron. Mis padres fueron formidables seres humanos que dieron todo lo que tenían por nuestro bienestar.

Helena estuvo abatida durante mucho tiempo. Evocaba constantemente a mi madre y todo el tiempo que pasó con mi padre en la panadería y la cafetería.

Transcurrieron varios meses antes de que mi hermana empezara a sonreírle a la vida otra vez. Le di el tiempo que necesitaba para su propio duelo, pero debíamos hablar respecto a lo que haríamos con los negocios de mi padre.

Yo no quería renunciar ni por todo el dinero del mundo a la editorial. Ésa era mi pasión. Helena no se podía dar abasto con la panadería y la cafetería, así que decidimos vender una de ellas. Dado que la cafetería se había convertido en un lugar muy afamado y era la pasión de mi hermana, tuvimos que vender la panadería, lo cual nos dolió.

—Es lo mejor que podíamos hacer —confortaba a mi hermana.

Ambos estábamos tristes. No sólo habíamos perdido a nuestros padres sino además un negocio donde se agolpaba infinidad de entrañables recuerdos. Pero no hubo más remedio.

El nuevo dueño nos permitía visitar de cuando en cuando la panadería y no faltaba ocasión en que le pidiera consejos a mi hermana acerca de cómo administrarla.

Nos volcamos a nuestros trabajos. Como mi hermana pasaba mucho tiempo en la cafetería y yo en la editorial, sólo en las noches podíamos vernos y platicar. Nos volvimos aún más unidos, ya que nosotros éramos nuestra única familia.

## X

Una noche, Helena me preguntó:

—¿Qué vas a hacer el sábado?

Me invitaba a una cena en la casa. Quería presentarme a su novio, un general.

No supe cómo reaccionar. Pensé en los hombres rudos que mi padre tuvo como amigos cuando formó parte del ejército. Por el otro lado, me gustaba que hubiera encontrado a alguien que la protegiera, tan vulnerable como había quedado tras la muerte de mis padres.

Asistí a la cena lleno de dudas y nervios. Pero fue una grata sorpresa conocer a ese general francés que se había enamorado de mi hermana. Era una persona alta, de casi dos metros de estatura y una voz grave que se podía escuchar nítidamente a lo lejos.

Disfrutamos de la cena. Por supuesto, mi hermana cocinó y fue un deleite. El general se la pasó narrando amenamente sus aventuras en el ejército, algunas serias y otras chuscas. Sus padres, quienes también acudieron a la cena, eran personas encantadoras. Por un momento me hicieron sentir como si estuviera con una familia... el compartir la cena, la plática, las risas. Recordé a mis padres y me pregunté cómo sería si ellos se encontraran ahí. De seguro estarían tan contentos como yo al saber que Helena había conocido a un buen hombre.

De pronto el general dijo:

—Diego, quiero casarme con tu hermana y queremos que tú la entregues en el altar.  
¿Aceptas?

No me lo esperaba. Respiré profundamente, traté de guardar compostura y respondí con aplomo:

—No puedo más que desearles toda la felicidad del mundo. Y, por supuesto, acepto. Será para mí un gusto y un honor entregar a mi hermana en el altar.

Helena, emocionada, empezó a llorar. Su futura suegra la abrazó.

—Lloro porque quisiera que mis padres estuvieran vivos para estar conmigo el día de mi boda.

—Helena —le respondió la mamá del general—, no te preocupes. Estoy segura de que ellos se sentirían orgullosos de ti. Te vas a casar con un excelente hombre, que te va a cuidar toda la vida.

Las cosas habían transcurrido muy rápido. Me habían invitado a una cena y ahora ya se hablaba de una boda.

Esa misma noche, una vez que estuvimos solos, no dudé en preguntarle a mi hermana cómo y cuándo le habían dado el anillo de compromiso.

—Fue tras una ceremonia en que le dieron una condecoración por su heroísmo. Públicamente, frente a toda su familia reunida, me pidió casarme con él. Es un hombre encantador. Lo amo.

Me sentí tranquilo. El general, en efecto, era un buen hombre. Él le daría protección y estabilidad. Me gustaba ver a mi hermana feliz.

## XI

Helena y el general se casaron a mediodía en un gran salón militar. Él invitó a todos sus compañeros del ejército. Fue una boda muy elegante que no perdió la belleza simple que mi hermana solía poner en todo lo que hacía.

Ella lucía radiante, hermosa y plenamente feliz. Su sueño se había hecho realidad: casarse con el hombre que amaba.

El general, por su parte, se veía impecable con su uniforme militar de gala. Su mirada lo delataba: estaba perdidamente enamorado de mi hermana. La tomaba de la mano con una delicadeza imposible de imaginar en un militar.

El amor que existía entre ellos me hizo pensar en mí mismo, en que acaso ya era tiempo de tener una novia. Pero, ¿dónde?, ¿cómo? Me consideraba muy tímido. Pedí que algún día se me concediera la dicha de conocer a una chica que me hiciera perder el aliento.

En la boda de mi hermana no faltaba quien me preguntara:

—Y tú, Diego, ¿cuándo te casas?

Yo les respondía:

—Cuando toque una princesa a mi puerta.

El general tomó la palabra e hizo un brindis frente a todos los invitados.

—Brindo por Helena, su belleza y la felicidad que me provoca. Hoy es el día más feliz de mi vida. Me caso con la mujer que me ha robado el corazón, que me ha hecho descubrir que se puede amar a una persona con toda el alma.

Cuando la boda estaba por terminar, los novios se retiraron y yo los acompañé hasta la puerta. Helena me abrazó y derramó algunas lágrimas.

—Diego, te quiero mucho —me dijo—. Cuídate, por favor. Ahora tendrás que aprender a vivir solo. Te voy a extrañar...

Me dio un beso y se despidió.

Empecé a vivir una nueva etapa de mi vida, solo y con nuevas responsabilidades, contento con mi trabajo en la editorial.

Al poco tiempo me enteré de que al general lo habían convocado a una nueva misión fuera de la ciudad. Tenían que cambiar de residencia y mudarse. Con todo el dolor de su corazón, mi hermana vendió la cafetería a su socio. Se dedicó a su casa y a su esposo. Él organizaba infinidad de cenas y ella era una estupenda anfitriona y cocinera. Helena se ganó pronto la simpatía de todos a su alrededor, incluidos los amigos del general.

## XII

Al cabo de unos meses empecé a darme cuenta de que mi nueva vida no era tan buena como creía. Había momentos en que me parecía que el fin del mundo estaba cerca de mí. Ya no tenía el apoyo de mis padres, su soporte económico. Como escritor trabajaba mucho y la paga era poca. Si quería sobrevivir, necesitaba ganar más dinero. Decidí buscar otro trabajo.

Fui a la universidad a solicitar empleo como maestro. El rector de la universidad me entrevistó, se acordaba muy bien de mí. No dudó ni un segundo en contratarme de inmediato. Me fue grato regresar a las aulas, disfrutaba mucho volver a la biblioteca universitaria, mi lugar favorito, y conocer las nuevas generaciones de estudiantes. Me entregué a mi nuevo trabajo: profesor de literatura.

Recuerdo el primer día de clases. Estaba nervioso, me temblaban las piernas, me sudaban las manos. No podía ni atarme las agujetas de los zapatos. Por supuesto que no quería causar esa impresión de nerviosismo a los estudiantes. Había preparado un discurso de bienvenida y les explicaría en qué consistiría el programa del semestre. Todo salió bien, mi voz fluyó como quería y los nervios desaparecieron. Después de ese día

empecé a disfrutar enormemente la docencia, que se convirtió en una nueva pasión para mí. Todos los días daba mi clase de literatura, cada día aprendía algo nuevo de los estudiantes, como su optimismo, su ímpetu, su ilusión, su energía para seguir adelante.

Ahora, empero, tenía dos trabajos, lo que resultó pesado y absorbente. Dar clases me gustaba pero también me desgastaba mental y emocionalmente. Era una actividad muy intensa, pues me esforzaba en dar lo mejor de mí para hacer que mis alumnos se apasionaran por su profesión. La universidad, para mí, era una incubadora de talentos y de ímpetus de juventud. Así que trabajaba mucho y dormía poco, alrededor de cuatro horas diarias. Por fortuna, en aquel entonces era soltero y podía desvelarme y trabajar horas extras. Me di cuenta de que, cuando algo te apasiona, das todo sin esperar recibir nada a cambio.

### XIII

En agosto de 1927 inició un nuevo ciclo escolar. Volví a sentir esa mágica sensación, entre ansiedad y curiosidad, por conocer a nuevos alumnos. Cuando caminaba por el pasillo rumbo al edificio principal, me encantaba su olor a jardín recién regado. Aspiraba tres veces antes de entrar al salón, a fin de aminorar mis nervios. Siempre llevaba preparado un discurso de bienvenida. Me presenté, paseé la mirada entre los estudiantes y mi atención se centró en una mujer. Estaba sentada en la tercera fila, exactamente frente a mí. Sin duda tartamudeé. De seguro hablé de manera incoherente. En ese momento no lo noté ni me importó. Mis ojos contemplaban a la mujer más hermosa del mundo. Tenía unos preciosos ojos verdes, de pestañas grandes y atractivas. Su cabello era lacio, largo y oscuro. Me fijé en sus labios gruesos, en su nariz perfecta y en esa sonrisa, capaz de hipnotizar a cualquiera.

Quedé maravillado y atónito.

Tardé en reaccionar, pero regresé a la cordura. Dije mi discurso, que mereció el aplauso de mis alumnos. Me había convertido en un profesor reconocido, por lo que muchos estaban deseosos de entrar a mi clase. Yo era el catedrático más joven de la universidad y podía comprender mejor a los muchachos.

Pedí que se presentaran. Cuando fue el turno de ella y oí su voz, mi corazón dio un vuelco.

—Mi nombre es Sofía —dijo.

Su presencia fue una bendición en mi vida. Además de bella, era sensible e inteligente.

La dicha de verla en el salón de clases era como la de encontrar un tesoro.

En cada clase Sofía me sorprendía más. Pasó de ser una niña tímida a una mujer con personalidad y carácter.

Me encantaba platicar con ella. Al final de la clase, podíamos ir conversando por el pasillo sin importar lo que sucediera a nuestro alrededor.

Nuestras charlas eran amenas e inteligentes. Yo procuraba darle respuestas, pero Sofía siempre estaba llena de preguntas. Al paso del tiempo, debido a su insaciable curiosidad, se convirtió en la mejor de mis alumnas. Era tan brillante que estaba a punto de superar al maestro. A mí no me importaba. A esas alturas yo estaba perdidamente enamorado de ella. Cada día mi ilusión era tenerla en el aula.

Los alumnos la respetaban como a nadie más. Se volvió líder indiscutible de mi clase y de la universidad. Recuerdo una vez en que expuso uno de los temas que le asigné. Lo hizo con un claro dominio del tema. Más allá de evaluar su exposición, me deleité con sus expresiones, palabras y movimientos. Cuando concluyó, sus compañeros le aplaudieron. Por supuesto, le di una buena calificación.

Los papeles habían cambiado. Yo era el tímido y ella la mujer segura de sí misma. Quería invitarla a salir pero no sabía cómo, pues temía un rechazo.

## XIV

Cierto día, al terminar la clase, le pregunté a Sofía si podía hablar con ella.

—Ya se va a terminar el curso y empezarán los exámenes finales. ¿Cómo te sientes?

—Me siento muy preparada —respondió ella—. Es usted muy buen maestro. Me ha gustado la clase y creo que sí pasaré los exámenes.

“Es usted muy buen maestro”... Esas palabras me sonaron dulces y atractivas. Tal vez por eso fue que me decidí. Me armé de valor y le dije:

—Sofía, el maestro Henry, de psicología, planeaba asistir a la ópera con su esposa, pero tuvo un problema y le será imposible ir. Me regaló sus boletos. Me pregunto si querías acompañarme.

Me sentí apenado. Incluso, para justificar mi invitación, agregué que era un premio por sus brillantes exposiciones en clase. Aunque yo estaba enamorado de ella, no me parecía ético declarármele sin más a una alumna.

—Sí, por supuesto —contestó Sofía.

Su respuesta me dejó helado. Supuse que me daría una negativa.

—Bien, mañana paso por ti a tu casa —le dije tratando de mostrarme lo más neutro y calmado que pudiera, pero por dentro temblaba.

Al día siguiente, desde que me estaba vistiendo me sentí inquieto y nervioso, como

un adolescente lleno de emociones y de ímpetu por conocer aquello que era desconocido para mí: eso que llamaban “amor”.

Cuando llegué a su casa, llamé a su puerta mientras mi mente se extasiaba imaginando a Sofía.

Toqué nuevamente y entonces apareció ella. Me dirigió una sonrisa. Me dijo:

—Listo, vámonos —y se colgó de mi brazo.

Me quedé sin palabras. Se veía tan bella que no pude quitarle la mirada ni un instante. Llevaba un abrigo rojo y un hermoso sombrero negro le adornaba la cabeza. Caminamos unas cuadras para llegar a la ópera.

—¡Qué frío hace hoy! —comentó.

Me dieron unas ganas irresistibles de abrazarla y de paso oler su cabello. Lo único que hice fue prestarle mi bufanda para que se abrigara. Era una delicia caminar a su lado. El trayecto se me hizo cortísimo. Ocupamos nuestros asientos y ella puso mucha atención a la obra que se representaba. Yo no pude hacerlo. Todo mi interés estaba en Sofía. Imposible dejar de mirarla, imposible dejar de admirarla por su belleza. Era una mujer encantadora.

Al terminar la ópera, ella estaba muy contenta y agradecida.

—Me encantó. Gracias por invitarme.

Se puso a hablarme de otras operas a las que había asistido. Yo, por más que quería ponerle atención, parecía como si estuviera en otra dimensión, un lugar donde no podía ser dueño de mis pensamientos ni de mis acciones. Estaba como alelado, contemplándola, apreciándola en cada uno de sus actos. Me sentía bien caminando a su lado. Le daba el brazo para ayudarla a cruzar la calle y ella lo aceptaba muy gentilmente.

“¿Cómo he podido vivir tantos años sin ella?”, me preguntaba.

Cuando llegamos a su casa me dio un beso de despedida. Me sentí el hombre más feliz del mundo. Quería gritar de pura alegría. Le di las gracias al cielo por esa inmensa dicha. No dejaba de disfrutar el aroma que su cabello había dejado en mi bufanda.

Quería verla de nuevo, pero tuvieron que pasar algunas semanas antes de que me atreviera a invitarla a salir otra vez.

—Sofía, ¿sabes que el recital de verano de la universidad inicia mañana?

—Sí, pero lamentablemente no podré ir —contestó.

—¿Por qué?

—Iba a ir con Julie, pero se enfermó y no podrá acompañarme.

Ésa era la oportunidad que buscaba.

—Si quieres, podemos ir juntos —le ofrecí.

Sofía no lo dudó ni un segundo:

—Bien, me gusta la idea.

La pasamos muy bien en el recital, platicamos como nunca antes y conocí una parte de Sofía que me hizo querer estar más cerca de ella. Era huérfana. Tras la muerte de sus padres, vivía con su nana, una mujer mayor y enferma.

—Hay momentos en que me siento muy sola y muy triste... —confesó.

Sofía tenía un hermano que vivía en Italia y al que casi no veía. Su única comunicación con él era por cartas.

—Puedes encontrar en mí a un amigo incondicional —le dije—. Permíteme ayudarte en todo lo que esté a mi alcance.

Me dio un beso de despedida y un abrazo que me hizo estremecer. Supe que debía hablarle de mi amor, y sólo tenía que encontrar el momento oportuno para decírselo.

## XV

Una semana después se presentó otra maravillosa oportunidad para invitarla a salir. Además, el año escolar había finalizado y ya no existía la barrera de ser ella mi alumna y yo el profesor.

Debía sincerarme con ella y hablarle de mis sentimientos, ya que no podía ocultarle por más tiempo mi amor.

—Te invito a una cena. Es con la gente de la editorial —le propuse.

Ella aceptó con una hermosa sonrisa.

Volvía a ser el hombre más feliz de la tierra. Lo fui en ese momento y también durante la cena, que transcurrió de manera perfecta. Estábamos en la terraza de un restaurante muy elegante, con ricos platillos, copas de vino y velas al centro de la mesa. Mis compañeros de la editorial no podían ocultar su agrado por Sofía.

—¡Qué bonita es tu novia, Diego! —me decían.

Ella escuchaba eso y sólo sonreía.

Cuando la cena terminó, mis compañeros se fueron uno a uno. Decidí entonces tomarla del brazo y pedirle que me acompañara al jardín. Nos sentamos cerca de un árbol; la luna se filtraba por entre sus hojas y nos iluminaba con sutileza. Ella parecía no perder ningún detalle. Miró hacia arriba y dijo:

—Mira, es como un momento mágico...

Y era verdad: la luna y el caer de los pétalos de las flores del árbol creaban ese efecto.

Pedí unas copas de vino. Al fondo se escuchaba un violín, con sus dejes entre nostálgicos y románticos.

Contemplamos el cielo un buen rato. Yo quedé maravillado con su manto de estrellas y su hermosa luna. No cabía duda de que el amor nos daba una sensibilidad mayor que nos permitía apreciar mejor cada detalle.

—Sofía, mira este portento de noche —le dije, sabedor de que para mí era ella la

mujer correcta.

—Es de las más bellas que he visto en mi vida —respondió.

Me miró entonces como sólo ella podía hacerlo, con esos hermosos ojos que eran como una bendición divina.

Mi alma estaba llena de felicidad. No pude más. La miré a los ojos como si quisiera ver su alma, la tomé de las manos con la confianza que da lo verdadero y profundo del amor, y no pude más que revelarle los ecos de mi corazón:

—Sofía, estoy perdidamente enamorado de ti. Por favor, acepta este amor —y caí de rodillas, rendido ante su belleza.

Sofía, con una sonrisa capaz de iluminar la noche, me miró con ternura y pronunció unas palabras que aún me hacen temblar de emoción:

—Diego, desde que te conocí algo dentro de mí me hizo sentir que tú eras la persona indicada. Con el tiempo he confirmado que también estoy enamorada. Estoy enamorada de ti, Diego, y quiero estar contigo. Acepto tu amor si tú aceptas el mío...

—Claro que acepto, amada mía —atiné a decirle, presa de una enorme alegría.

En ese “acepto” mutuo había un verdadero compromiso. Ambos comprendimos que queríamos pasar el resto de la vida juntos. Yo, por mi parte, supe de inmediato que había hecho lo correcto. Tenía frente a mí a una gran mujer. Desde ese momento me convertí en un hombre más pleno y completo. Era mejor escritor, mejor maestro, mejor hombre. A su lado la vida fluía de manera tierna y maravillosa.

## XVI

Como novios pasamos más tiempo juntos. Es hermoso compartir pensamientos, sueños e ilusiones con la mujer que uno ama.

Nos gustaba caminar en un parque cerca de su casa que me hacía recordar mi infancia, porque ahí jugaba con mi hermana Helena y éramos felices.

A ratos nos sentábamos en una de las bancas. Siempre teníamos tema de conversación. En mis momentos de tensión a causa del trabajo invariablemente estaba ella para darme un consejo sabio.

Teníamos mucho en común. Nos gustaba la ópera, nos encantaba leer, adorábamos caminar por el parque y conversar.

Un día le mostré a Sofía mi tesoro máspreciado. No lo había compartido con nadie, ni con Helena. Eran mis poemas, que había escrito desde niño hasta la fecha. Los leyó uno a uno. Su mirada revelaba que estaba sorprendida. Pasó varias horas leyéndolos, hasta que terminó.

—Diego, esto es hermoso. Me han encantado tus escritos. Tienes un talento que pocos poseen. Debes mostrárselos a tu jefe en la editorial o llevarlos a la universidad para que los lean los maestros de literatura. Esto debe ser publicado. La gente debe conocerlo.

—No, Sofía —respondí—. Es mi tesoro, parte de mi vida. Son poemas acerca de lo que me ha hecho feliz y lo que me ha hecho llorar. Y sólo quiero compartirlos contigo.

Ella se emocionó.

—Diego, te amo. Eres un hombre que no quisiera perder nunca. Contigo he vuelto a vivir nuevamente. Me has dado ánimos para salir adelante. Ya no me siento sola por la ausencia de mis padres, ya no tengo miedo de salir y conocer gente. A tu lado todo es maravilloso. Me siento plena, me haces sentir segura. Quiero estar a tu lado por mucho tiempo.

## XVII

Llevábamos no más de un año de novios cuando entendí que ya debía casarme con Sofía. Quería verla por las mañanas y despertarla con un beso, desayunar a su lado. Quería acariciar su rostro por las noches hasta verla dormir entre mis brazos. En fin, quería estar y compartir todo con ella.

Dado que no tenía dinero para comprar un anillo de compromiso, se me ocurrió darle el de mi madre. Era de las pocas cosas materiales que me quedaban de ella. Pensé que sería un momento hermoso cuando le entregara a Sofía el anillo que recibió mi madre cuando mi padre le propuso matrimonio.

En mis cartas a mi hermana Helena le había contado de Sofía. Ella se alegró por mí y ansiaba poder conocerla. Yo no tenía duda: Helena y Sofía se querrían mucho.

Estuve pensando varios días cómo darle el anillo. Tenía que ser un momento especial, que recordáramos aun cuando estuviéramos viejos. Le pedí consejos a mi hermana, que me decía:

—No importa la forma como lo hagas. Importa la sinceridad con que lo hagas.

Llegó el día y el momento esperado. Pasé a su casa por ella. Yo estaba muy nervioso y ella se dio cuenta, porque me conocía muy bien.

—Diego, te pasa algo —trató de indagar.

—No, nada. Es que está nevando y hace frío. Tengo un frío como hace mucho tiempo no lo tenía.

Fuimos a la montaña donde hay un mirador y se puede contemplar la hermosa ciudad de París.

Cuando llegamos a la cima le dije:

—Observa y verás tu futuro.

Se acercó a mirar a través de unos prismáticos que yo llevaba para la ocasión. Me encontraba a un lado de ella y con la mano derecha puse frente a las lentes el anillo.

Ella hizo un gesto de genuino asombro y abrió la boca sin decir una palabra. Luego se volvió hacia mí con esa mirada maravillosa que poseía y me abrazó tiernamente. Sentí que estaba emocionada y que temblaba.

Tomé su mano con suavidad y puse el anillo en su dedo. Le pregunté:

—Sofía, ¿quieres casarte conmigo?

Me volvió abrazar. Seguía temblando. Tenía los ojos arrasados, a punto de llorar. Me miró fijamente. Me dijo:

—Diego, acepto ser no sólo tu esposa, sino también tu compañera, amiga, amante, para toda la vida. Nunca te dejaré solo, estaré contigo hasta que llegemos a viejos y te cuidaré todo el tiempo.

## XVIII

Nos casamos en la primavera de 1928, cerca de París. La boda fue tal como la había soñado Sofía. Desde niña quiso casarse a mediodía, cuando el sol está en lo alto en todo su esplendor, al aire libre, con un cielo totalmente despejado y con el campo cubierto de flores, principalmente de flor de lis, una flor que le encantaba. En la boda lucía esplendorosa y bella. Usó el mismo vestido blanco que vistieron su madre y su abuela cuando se casaron. Fue otro momento de enorme felicidad. Me fascinaba estar junto a ella, ver cómo su rostro se enmarcaba en una hermosa sonrisa.

Helena y Sofía se conocieron una semana antes de la boda. Se cayeron muy bien desde el primer instante. De hecho, en una comida organizada por mi hermana, ésta tocó mi hombro y me susurró al oído:

—Mejor mujer no pudiste escoger, Diego. Te felicito. Creo que la llegaré a querer como la hermana que nunca tuve...

Surgió, en efecto, una gran amistad entre mi hermana y Sofía. Por ejemplo, siempre que yo le escribía a Helena, Sofía agregaba una carta de su parte llena de confidencias de mujeres. Así me enteré de que mi hermana se encontraba en tratamiento para ser madre. Confiaba en Sofía y sabía que, en caso de ser agraciada con un hijo, sería una estupenda tía. Eran mujeres y se entendían muy bien entre ellas.

Fuimos de luna de miel a España. Visitamos Madrid y la catedral de Toledo. Viajamos también a Italia, donde conocí a su hermano, que resultó muy amable. Fue un viaje increíble, y más todavía porque iba con la mujer que amaba.

A nuestro regreso nos enteramos de que su nana había fallecido, lo que entristeció mucho a Sofía. Su nana había sido como una madre. Recordó sus palabras, que parecían ahora como un triste vaticinio:

—Sofía, ya estoy vieja. El día que alguien cuide de ti podré morir en paz.

Nos mudamos a la casa que Sofía heredó de su padre. Era una casa grande y antigua.

Nos acoplamos poco a poco a nuestra vida de casados. Nos dimos cuenta de que éramos diferentes en algunas cosas. Sofía se dormía muy temprano y yo por lo regular me iba a la casa como a la medianoche. A Sofía le encantaba cocinar y a mí no; ni siquiera me atraía entrar a la cocina.

Un año después, en mayo de 1929, Sofía me dio una nueva y enorme felicidad: me convirtió en padre.

Nació nuestra hija, una bella niña a la cual llamamos Layla. Era el nombre de mi madre. De hecho, tenía mucho de ella, en particular sus gestos y expresiones. La felicidad continuó. Dos años más tarde nació mi hijo Simón. Desde pequeño fue muy apegado a su mamá, como si entre los dos hubieran firmado un pacto de ternura y de bondades.

¡Me sentía tan agradecido con la vida! El destino me había quitado a mis padres pero me había recompensado con mi propia familia, tan llena de cosas buenas y de amor. Tener a mis hijos me cambió totalmente la vida. Empecé a entender a mi padre cuando nos decía a Helena y a mí que nosotros éramos su motivo para jamás rendirse. Siempre buscaba el bienestar y la protección de la familia. Eso es lo que yo quería hacer con mis hijos ahora. Darles una educación, inculcarles valores y enseñarles a vivir la vida y a defenderse de ella cuando fuera necesario.

Y, como en todo, el tiempo se fue volando. Mis hijos empezaron a crecer.

## XIX

Helena, después de muchos años de ausencia, regresó a vivir a París. El general terminó su misión y fue llamado a cumplir un nuevo mandato. Se mudaron a una casa muy cerca de donde nosotros vivíamos. Para mí fue una grata sorpresa la llegada de mi hermana. Estaba feliz de tenerla cerca de mí.

Helena se veía contenta, radiante. Me decía que el lugar donde vivieron todo ese tiempo era un lugar maravilloso. Vivían en una cabaña a las orillas de un lago. Cada amanecer se despertaba para ver la salida del sol. La gente, además, era encantadora.

Mis hijos eran los más felices. Después de algunos años de no ver a su tía, ahora la

tenían de vuelta. Helena y su esposo, el general, nos visitaban a menudo. Helena disfrutaba mucho jugar con los niños. Además de consentirlos con juguetes y caramelos, los abrazaba y besaba con mucho cariño. Eran como los hijos que nunca pudo tener y siempre los cuidaba y procuraba. Los llevaba seguido al parque.

Sofía y Helena se hicieron amigas inseparables. Les encantaba cocinar para nosotros. La pasábamos muy bien. El general, que era una gran persona, nos contaba sus aventuras en el ejército y podíamos quedarnos durante horas escuchando lo que decía.

## XX

Una noche, mientras estaba leyendo, noté que Sofía no podía conciliar el sueño y parecía acongojada. Le pregunté:

—Sofía, todavía estás despierta. ¿Te sientes mal?

Preocupada y triste, terminó por confesarme:

—Diego, necesito decirte algo. Helena vino hoy a casa y me dijo algo que quiero compartir contigo.

Ahora fui yo el que me preocupé.

—¿Le pasa algo a mi hermana?

Sofía me contó:

—Vino hoy. Estaba deshecha. Se le veía mal, muy mal, como nunca antes la había visto.

—¿Y qué tiene?, ¿qué te contó?

—Pues que después de tantos tratamientos y estudios el doctor le confirmó lo que ella tanto temía y se resistía a creer: que no podrá tener hijos. —Hizo una breve pausa y continuó—: Fue una noticia devastadora. Estaba destrozada. Se siente culpable de no darle un hijo a su esposo. ¡Y él tanto que lo desea!

—¿Y no hay un tratamiento, algo más que se pueda hacer?

Sofía movió la cabeza en actitud negativa.

—Helena y el general han visto ya a muchos doctores y todos coinciden en lo mismo: Helena tiene un problema en la matriz que le impide tener hijos. Tienes que ayudar a tu hermana. Ayuda moral, me refiero. Se siente muy mal. No puede dormir y no deja de pensar que, a consecuencia de esto, el general podría dejar de amarla.

La noticia me dolió en el alma. Mi hermana, desde muy pequeña, decía que tendría muchos hijos y que todos serían pasteleros, como su abuelo. Fue inevitable: derramé lágrimas por Helena. Lamenté desde lo más profundo de mi ser que mi hermana no pudiera gozar la dicha de ser madre.

A la semana siguiente fuimos a visitar a Helena. En cuanto abrió la puerta la abracé sin decirle nada. Simplemente la abracé, pues no sabía de qué otra manera podía consolarla. Supongo que ella entendió el porqué de ese abrazo. Y, cuando llegaron los niños a saludarla, pude ver en sus ojos el inmenso amor que sentía por mis hijos, pero también las enormes ganas que tenía de convertirse en madre.

El general también se veía algo triste. Pero los hombres somos menos expresivos que las mujeres y en ningún momento dejó de ser el hombre atento que solía ser con mi hermana.

Supe, por Sofía, que no había nada de qué preocuparse: el general amaba profundamente a Helena y jamás se le habría ocurrido separarse de ella por no tener hijos.

Su matrimonio continuó, a pesar de todo, pues su amor era más fuerte que cualquier obstáculo que se les presentara.

## XXI

Llegó 1938 y todo parecía perfecto. Mis ingresos en la editorial habían aumentado. Disfrutaba de mis ocupaciones cotidianas y dejé la docencia para dedicarme por completo a mi trabajo en la editorial. Por supuesto, seguía muy enamorado de Sofía. La vida a su lado era como una maravilla constante. Al despertar, me gustaba contemplar mi recámara. Enfrente veía el tocador de Sofía, con una luna tan grande que reflejaba todo el cuarto. A su lado estaba nuestro armario, de madera y lleno de ropa. En el otro extremo, junto a la ventana que daba al campo, había una mecedora. Era uno de los sitios favoritos de Sofía. Podía quedarse allí por horas, meciéndose. Le gustaba mirar a la lejanía y al ancho cielo estrellado. Ahí también cargaba a nuestros hijos y les cantaba canciones de cuna.

Lo segundo que hacía al despertar era ver el calendario junto a la cama. Si era martes o viernes, me tocaba baño. En ese caso, me dirigía a la ducha. Me veía en el espejo: mi rostro me resultaba aún familiar, pero el cabello comenzaba a ser escaso y mis ojeras se hacían más pronunciadas. Mis arrugas, ni se diga, eran notables. El uso de lentes se hacía más imprescindible. Me decía a mí mismo: “Diego, qué feo estás”. Y es que, para mis treinta y ocho años, parecía una persona de cincuenta. Sofía, en cambio, daba la impresión de no envejecer. La veía muy guapa, tan guapa y joven como siempre. Era una magnífica mujer y una estupenda ama de casa. Al terminar mi ducha, ya me tenía una toalla limpia y olorosa a lavanda. Se desvivía en los detalles. Todo en nuestro hogar estaba en su sitio y siempre se volcaba para darnos lo mejor de sus atenciones.

Me vestía y me dirigía a mi oficina. Así llamaba a una habitación situada en la planta baja donde me gustaba leer y escribir. Al descender por las escaleras, percibía ese olor que me hacía sentir la presencia de un verdadero hogar. Eran las flores que Sofía colocaba con esmero por toda la casa. Seguía siendo una mujer maravillosa. No podía dejar de mirarla. Estaba tan enamorado de ella como al principio. Conservaba ese aire de jovencita universitaria, con sus grandes ojos verdes y esa sonrisa que tenía el mismo y seductor efecto: me hechizaba. Era un premio verla. Le daba un beso, un beso que me reconfortaba y me infundía ánimos para iniciar el día.

—Te amo mucho, Sofía.

Ella sólo sonreía. Tomaba mi cara entre sus manos y me miraba fijamente a los ojos para decirme:

—Aquí está tu desayuno.

A su manera, era una declaración de amor. Ahí, sobre mi escritorio, estaba un plato con pan recién horneado y miel. Su olor era exquisito. También, sobre una silla, se hallaban los periódicos del día, recién traídos de París. Sofía me daba un beso y salía de la habitación.

Mi oficina había sido el archivero de estudios del papá de Sofía, que fue investigador. Parecía que su destino era estar lleno de escritos diversos y de libros. En sus cuatro paredes había libreros de piso a techo. En el centro se encontraba mi escritorio, siempre repleto de papeles, aunque no precisamente en desorden.

A mí, en particular, me encantaba el olor a biblioteca. Me sentaba en la silla del escritorio y revisaba mis notas para ver los pendientes del día. Después, me disponía a escribir. Escribía todo el día hasta cansarme. Me concentraba tanto que el hambre no pasaba por mi estómago y me olvidaba de comer. A eso de las cuatro de la tarde oía un golpecito en la puerta. Era Sofía.

—Diego, aquí está tu comida —me decía.

Al abrir la puerta encontraba a Sofía acompañada de mis hijos. Me abrazaban y me daban muchos besos. Layla cargaba entre sus brazos a su inseparable muñeca. A ratos, por jugar, le preguntaba cuál era la verdadera muñeca, si la de carne y hueso o la de porcelana, pues las dos eran menudas y hermosas. Layla había cumplido ya nueve años. Tenía el pelo lacio y largo hasta los hombros. Era de tez blanca y de ojos y sonrisa idénticos a los de su abuela materna. Simón contaba con siete años. Su cabello era quebrado. Su mirada transmitía una calma y una paz que se percibían de inmediato. Era un niño muy observador y serio.

Los dos me platicaban cómo les había ido en la escuela.

Sofía los apuraba:

—Niños, su papá debe trabajar. Despídanse...

Me daban un beso y yo regresaba a escribir y a comer. Mi trabajo era tan absorbente que podía pasarme días enteros sin probar bocado. Sólo la bondad y las atenciones de Sofía me alejaban de quedar en los huesos.

Por la noche, ella se aparecía de nuevo para decirme:

—Diego, ya son las nueve.

Dejaba de trabajar y me encaminaba a la sala. Ahí encendía la radio. Parecía que el mundo se incendiaba, pues los terribles aires de guerra se avecinaban. Alemania daba la impresión de estar en desacuerdo con toda Europa. Sofía y yo escuchábamos atentos las últimas noticias y el desaliento nos embargaba: el fin de la paz parecía inevitable.

Antes de acostarme iba al cuarto de mis hijos. Parecían unos angelitos, profundamente dormidos. Me acercaba sin hacer ruido, les daba un beso en la frente y les susurraba al oído:

—Los amo.

En la recámara me esperaba Sofía. La besaba y dormía abrazándola. Era una esposa extraordinaria.

## XXII

Sofía se despertaba alrededor de las cinco de la mañana. Se levantaba con el suficiente sigilo para no interrumpir mi sueño, lista para las faenas del día. Calentaba agua para que los niños se bañaran. Ella era la primera en bañarse. Su ducha era como un relámpago, así de rápida y eficiente. Dedicaba poco tiempo a arreglarse. No sé cómo le hacía, pero siempre se veía guapa. Su aspecto era siempre muy especial. No necesitaba de afeites ni de vestidos caros para verse atractiva, como las demás mujeres. Era bella y única en su estirpe de madre y de esposa.

Bajaba a la cocina y preparaba el desayuno. Subía al cuarto de los niños para despertarlos. La primera era Layla.

—¡Mi niña hermosa, levántate! —le decía.

Después despertaba a Simón, con palabras similares. Una vez bañados, los niños se vestían, su madre los peinaba, bajaban a la cocina a desayunar y partían rumbo a la escuela.

Sofía los acompañaba y despedía con un abrazo y un beso. De vuelta en casa recogía los periódicos de la puerta, entraba a mi oficina y los colocaba en una silla para que yo los leyera.

Así daba comienzo el día de mi amada, siempre inmersa en una serie de labores domésticas que parecían no tener fin. Jamás se olvidaba de colocar flores por todos los rincones de la casa, en especial su querida flor de lis. No importaba la época del año, nunca faltaban flores en la casa.

Entre la escalera y mi oficina había colocado un hermoso florero color marrón. Ese

florero significaba mucho para los dos. El día en que le propuse matrimonio, mientras bajábamos del mirador donde le entregué el anillo de compromiso, caminando envueltos en nuestro amor, de pronto Sofía se quedó quieta, como congelada. No dejaba de observar un jarrón que estaba en el aparador de una tienda. Lo veía con tanta admiración que decidí comprarlo y regalárselo. Desde entonces, cada aniversario de bodas le colocaba una nueva flor. Llevábamos nueve años de casados, así que nueve flores contenía el florero.

También le gustaba que hubiera luz, que todo estuviera iluminado. Corría las cortinas de gasa blanca para que entrara el sol de la mañana.

La casa era su santuario. Dedicaba mucho tiempo a limpiarla. Se trataba de una construcción del siglo XIX, sólida y bien cimentada, si bien por fuera se veía vieja y deteriorada. El piso superior contaba con cinco amplias recámaras. En la parte inferior, tras franquear un largo pasillo con piso de madera, se encontraba mi oficina. Del lado izquierdo, la sala y el comedor. Del otro lado, las escaleras. Detrás del comedor, una amplia cocina. Tenía un sótano y un hermoso jardín. A pesar de que era una casa grande, Sofía se las arreglaba para conservar todo limpio y en orden. Gracias a ella, nuestro hogar lucía impecable.

Sofía era incansable. A las once, cuando me disponía a trabajar, ella oía mis pasos por las escaleras y corría a la cocina por mi desayuno. Me lo daba con todo el amor que sólo ella podía brindar. Después, al mediodía, recogía a los niños de la escuela. Revisaba sus deberes y los ayudaba con sus tareas. A las tres de la tarde ya tenía lista la comida. Le bastaba menos de una hora para cocinar platillos que eran una delicia. Al terminar de comer, llamaba a Layla y a Simón:

—Es hora de ir a ver a papá —les decía.

Sofía llevaba la comida a la oficina y yo aprovechaba para jugar y conversar con mis hijos. Habría querido hacerlo más, pero eran tiempos difíciles y el trabajo me agobiaba. Todos los días terminaba agotado. Sentía que la vida se me iba en la oficina.

Por fortuna, ahí estaba Sofía. Era una excelente madre, que se entregaba por completo a nuestros niños.

Todos los días, en punto de las cinco de la tarde, sin faltar, Sofía jugaba con ellos en el jardín. Ignoro cómo le hacía, pero se abstraía por completo, olvidándose de todo, hasta de la cercanía de la guerra, para dedicarse con sumo cariño a Layla y a Simón. La admiraba y me gustaba su entusiasmo: era como una niña más que jugaba con mis hijos. Ellos, por supuesto, estaban felices con su mamá.

Por la noche, alrededor de las ocho, los subía a la recámara, les contaba alguna historia, los cobijaba y los dormía. Mi incansable Sofía, entonces, aprovechaba ese momento de tranquilidad para coser ropa. Ella misma les confeccionaba sus blusas y camisas, sus faldas y pantalones. Compraba tela en el centro de París y les hacía atuendos. Sofía era diligente e infatigable.

## XXIII

Habían transcurrido diez años desde que nos casamos.

Éramos una familia feliz.

Pero, en julio de 1938, el destino comenzó a mostrar su cara dura.

Sofía, que nunca se quejaba por nada, me mandó llamar. Lo hizo en sigilo, llevándome aparte, para que Layla y Simón no la escucharan. Me dijo:

—Diego, tengo que decirte algo. Tengo un dolor en la espalda. Lo tengo desde hace varios días...

Me quedé con la boca abierta, verdaderamente sorprendido por la noticia.

—El dolor ha aumentado y no me deja dormir —agregó.

Al día siguiente fui a buscar a mi hermana. Cuando le platicué, ella misma se sorprendió. A los ojos de todos, Sofía era una mujer fuerte y con el carácter suficiente para soportar cualquier tipo de labor o de penuria. Mi hermana notó mi preocupación y se encargó de tranquilizarme.

—Seguramente no es nada de cuidado —señaló.

—La llevaré al hospital de París —contesté.

Nunca me han gustado los hospitales. Su olor a desinfectante me da náuseas y me hace sentir enfermo. Aun así, era necesario llevarla. Hice cita para una consulta. El doctor la revisó muy meticulosamente. Diagnosticó:

—En efecto, hay un problema en la parte baja de la espalda, pero necesito realizar unos estudios antes de saber con certeza de qué se trata.

Le administró unos sedantes para el dolor y regresamos a casa. Ahí nos sentimos más tranquilos. El doctor nos había dado la sensación de que no era nada de cuidado. Dormimos a los niños y apagamos la luz. Eran como las diez de la noche. Sofía se hallaba muy bien, entusiasta y amorosa, como siempre. A las dos de la mañana, sin embargo, se despertó bruscamente. No dijo nada, sólo se dirigió al baño. Estuvo ahí durante un buen rato. Fui a ver qué pasaba. La encontré recargada en el lavamanos, con el dolor reflejado en el rostro.

—Diego, me duele la espalda horriblemente —me dijo—. Creo que es el riñón. ¡Ya no puedo más! El dolor es insoportable.

La llevé nuevamente al hospital. Helena estaba en casa con su esposo y se quedó con los niños.

En el hospital, recostaron a Sofía en una camilla y se la llevaron. Un médico se me acercó. Me preguntó:

—¿Usted es familiar de la señora?

—Sí, soy su esposo —le respondí.

Me puso una mano en la espalda y me condujo por el pasillo.

—Mis colegas están valorando la situación de su esposa —comentó.

## XXIV

Me quedé solo en la habitación que le habían asignado a Sofía, por completo pesaroso y pensativo. El sitio me parecía horrible, indigno de mi esposa. Estaba convencido de que no era un lugar adecuado para ella. En cuanto volviera de los estudios que le realizaban, la llevaría a casa.

Pasó un par de horas y Sofía no regresaba. Empecé a preocuparme. El olor a desinfectante me asfixiaba y el nerviosismo me invadía. Me sentí tenso y angustiado.

Trajeron a Sofía cuatro horas después.

—Tendremos los resultados de los estudios hasta el día de mañana —dijo uno de los doctores.

—Sólo así podremos estar seguros —agregó otro doctor.

—Seguros, ¿de qué? —pregunté con recelo, pues algo en el tono de su voz no me había gustado.

No dieron respuesta a ninguna de mis interrogantes. Tan sólo se alzaron de hombros, me dieron una palmada en la espalda y dijeron:

—Entendemos su preocupación. Pero, por el momento, es todo lo que podemos informarle. Deberán pasar la noche en el hospital. Mañana regresaremos con el diagnóstico final.

Me quedé a velar el sueño de Sofía, cansada como estaba por su enfermedad y por todo un día de hospital y fatigosos estudios.

Cuando despertó, dijo con ternura:

—Diego, no te preocupes. Por favor, duérmete un rato. Descansa, mi amor. Ya me siento bien...

Sonreí con amargura.

—Sí, mi vida —le dije—. Yo también te veo mejor. Pronto regresaremos a casa.

Intenté dormir en una silla frente a su cama. El silencio era tal que alcanzaba a escuchar las manecillas del reloj. Por supuesto, estaba atento a Sofía. Seguía el ritmo de su respiración, la escuchaba. A ratos se quejaba levemente.

Me era imposible conciliar el sueño, preocupado como estaba por su salud. Sofía tampoco dormía. Me volteaba a ver, inquieta por saber si me encontraba bien. Intenté apaciguarla y cerré los ojos para hacerme el dormido. La fatiga terminó por vencerme y

dormité un poco. Desperté sobresaltado. Sofía se había levantado de la cama, llevó una cobija y me la echó encima para taparme.

—¿Qué haces? —le pregunté—. La enferma eres tú.

Ella no hizo caso.

—Diego, hace frío. Te puedes resfriar si no te cobijo.

Así era Sofía: siempre pendiente de los demás.

—Soy yo quien debe cuidarte —me levanté, le di un beso en la frente y la acosté nuevamente.

—¿Crees que tu hermana les dio de cenar a los niños? —preguntó Sofía.

—Claro que sí —le dije—. Despreocúpate.

—Es que los niños no duermen sin cenar —agregó, no sin un dejo de inquietud.

Era impresionante ver lo mucho que Sofía anteponía sus seres queridos a su propio ser, incluso a su propia salud, ahora que estaba tan enferma. Daba ternura ver cómo se preocupaba más por su familia que por ella misma.

Me la pasé confortándola y acariciando su cara. Por fin, el sueño la venció. Yo la contemplaba con amor. Me parecía un ángel, un regalo del cielo. No pude dormir ni tampoco descansar. Con el transcurso de las horas una angustia fue creciendo en mi pecho; era tan dolorosa y tan perceptible que no podía ni siquiera pasar un trago de agua.

Era una situación inédita en mi vida, y era terrible. No me gustaba saber que Sofía estaba enferma. Me preocupaba. Sufría de tan sólo pensar que algo malo aquejaba a la mujer que más amaba en el mundo. Sofía era mi consuelo y mi mayor inspiración.

Por algunos instantes trataba de calmar mis pensamientos y sentimientos, con la esperanza de que todo saldría bien y de que todo aquello quedaría solamente en nuestros recuerdos. Pero había otros instantes en que la angustia me mataba, así como la desesperación por no saber qué tan grave era su dolencia. Parecía que mi esperanza se desvanecía ante lo que parecía venir.

## XXV

Al día siguiente, al mediodía, llegaron al hospital Helena y los niños. Sofía empezó a llorar al ver a sus hijos y los abrazó. Les dijo:

—Mis niños, los extraño mucho. Perdónenme por no estar con ustedes. Pero hoy vamos a salir de aquí, ¿verdad, Diego?

Yo asentí y agregué:

—Sí, niños. Mamá sólo espera que el doctor le diga qué medicina debe tomar.

Los niños también abrazaron a Sofía y le dijeron que la extrañaban mucho. Los ojos

de Simón no ocultaban la tristeza de ver a su mamá en el hospital. No entendía por qué no podía jugar con ellos, y salir de ahí y estar con su familia. Y es que Simón y Sofía tenían una conexión muy especial. De hecho, sospeché que mi hijo intuía ya que algo malo le sucedía a su mamá.

A las dos de la tarde llegó una enfermera a la habitación y dijo:

—El doctor me pide que pase a su consultorio. Ya tiene el resultado...

Un escalofrío me recorrió la espalda. Aun así, tuve el ánimo de hacer ciertos preparativos. Le pedí a mi hermana llevarse a los niños a casa.

—Te mantendré informada —le comenté.

Me dirigí al consultorio. Al entrar, el gesto adusto del doctor me lo dijo todo. Sentí que el corazón me daba un vuelco.

Se acomodó los lentes, me miró con semblante grave. Finalmente habló:

—Su esposa tiene cáncer. Está muy avanzado. Se ha diseminado por varios órganos. Es un cáncer terminal. Lo lamento.

Sentí como si me hubieran dado un golpe, el más fuerte de mi vida. Algo en mi mente me decía que no era cierto, que no era verdad lo que escuchaba. Me quedé mudo, incapaz de decir algo sensato o coherente.

—Pero algo puede hacerse, doctor —atiné a decir.

Fue como un grito desesperado de auxilio.

—No, no hay nada. Lo lamento. Su esposa ha sido muy fuerte al aguantar tanto dolor. Le quedan pocos días de vida.

No pude más. Me derrumbé. Comencé a llorar. Fue un llanto hondo e incontenible.

El doctor me abrazó en actitud solidaria. Me pidió ser fuerte.

—La enfermera le dará detalles acerca del cuidado que debe tener con su esposa — fue lo último que dijo.

Sentí que el mundo se desmoronaba sobre mi espalda. Algo en mí se rebelaba. No podía ser cierto lo que estaba pasando, no podía ser verdad. Me invadió la ansiedad. Sentía que me faltaba el aire. Temblaba lleno de enojo e impotencia.

## XXVI

No quise que Sofía me viera así. Salí del hospital y caminé sin rumbo. Llegué hasta un lugar donde había un puente y un río. Ahí detuve mi andar. Sentía cómo el viento golpeaba mi cara. Me situé a observar el fluir de la corriente.

Reflexionaba: “El río fluye sin que nada lo detenga. El agua pasa y termina en algún lugar. Tiene un destino, una misión que cumplir. ¿Qué podría hacer para cambiar su

destino?” Yo mismo me respondí: “Nada, no podría hacer nada”. De pronto, volví a la realidad.

Derramé unas lágrimas. Mis ojos se nublaron, incapaces de luchar contra la serie de emociones que me embargaban. La tristeza se aposentó en mí. El corazón empezó a dolerme. Algo en lo profundo de mi ser se encontraba huérfano, herido. No pude más. Empecé a gritar desesperadamente. Era un grito de protesta, un grito en contra de la injusticia de la vida. “¿Por qué Sofía?”, gritaba. “¿Por qué ella?” Así, grité y grité hasta cansarme. Si alguien me veía o me escuchaba, era lo de menos. “¿Por qué mi Sofía?”, volví a gritar.

Alguien puso su mano en mi hombro. Volteé y descubrí el rostro de un anciano. Recuerdo que sus ojos eran azules como el mar; su cara estaba cubierta de arrugas y tenía una barba abundante y canosa. Llevaba un bastón en la mano derecha.

—Joven, es evidente que está pasando por un mal momento. Pero, cualquier cosa que le haya pasado, por más mala que sea, debe enfrentarla y aceptarla —me dijo.

Me miró con respeto y también con una expresión llena de sabiduría. Agregó:

—Todos tenemos un destino. No desesperes. Esto que te ha tocado vivir obedece a alguna razón. Es el camino que te tocó recorrer. No es tu culpa. Simplemente, así tenía que suceder. No hay nada que puedas hacer, a no ser aceptarlo. Eres muy joven. Al paso del tiempo entenderás el motivo, la razón de lo que ahora te pasa y te abruma.

El hombre me pareció un impertinente. Era un entrometido. ¿Cómo podía decirme eso? ¿Qué no entendía mi dolor? Ni siquiera sabía lo que sucedía. ¡Sofía se moría!

No le respondí. Me di la media vuelta y lo ignoré. Caminé de regreso al hospital. Mi mirada se perdía entre el cielo y los árboles. Mi llanto no había cesado. Al cruzar el puente, miré hacia atrás: del señor aquel no quedaban ni sus luces.

En el camino no dejaba de preguntarme qué hacer. ¿Cómo podría salvar a la mujer de mi vida, a la mujer que amaba, a la madre de mis hijos? También me preguntaba cómo decirle que tenía cáncer. ¿Cómo decirle a mi amada Sofía que sólo le quedaban unos días de vida?

Me parecía injusto. Sentía que se acababa no sólo la vida de Sofía sino también la mía, la de mi hogar, la de mi familia.

Al entrar al hospital no dejaba de cuestionarme tantas cosas. No sabía si decirle la verdad o no. Mentirle podría ahorrarle horas inútiles de angustia y sufrimiento. Pero estaba lo otro: si no era sincero, me sentiría culpable de saber que no le di a Sofía la oportunidad de despedirse de sus hijos y de mí.

Me sequé las lágrimas. Antes de entrar a su habitación traté de mantener la compostura. Aun así, Sofía percibió de inmediato que algo pasaba.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Supe que era imposible mentirle. Me conocía tan bien que no podría ocultarle nada. Me decidí, entonces, a hablarle con la verdad.

—Sofía, querida. Los resultados no son buenos...

Notó mi turbación. Me alentó a proseguir:

—No te preocupes, Diego. Cualquier cosa que sea no cambia nada el hecho de que te amo a ti y a mis hijos. Siempre los querré —dijo, y se le quebró la voz.

Parecía intuir lo que serían mis siguientes palabras.

—Tienes cáncer, Sofía. Está muy avanzado. Los médicos dicen que es incurable.

Me abracé a ella. Lo hice lo más fuerte que pude. Volví a llorar, por completo desconsolado. Ella también lloró. Su temple era más fuerte que el mío y su llanto fue tenue, contenido. Me pidió, con todo el dolor de su corazón:

—Quiero ver a mis hijos. Por favor, tráemelos. Deseo estar con ellos.

—Claro, eso haré —respondí.

Entró el doctor a revisarla y dio instrucciones de sedarla. Sofía se quedó dormida al poco rato. Me quedé en el hospital para cuidarla. Veía su rostro. Quería retener esa imagen. Sabía que de un momento a otro moriría y ya no podría verla más. Sentía que mi felicidad se desvanecía, igual que un castillo de arena ante el empuje de una ola. Al ver que la vida se escapaba de la mujer que amaba, mi alma ardía y se convertía en cenizas.

Ya había pasado por una muerte, una muerte trágica, la de mis padres; pero el dolor que sentí entonces no se comparaba con el que ahora me embargaba. ¡Qué terrible saber que mi joven esposa estaba a punto de morir!

## XXVII

Esperé a que amaneciera. Abatido y lleno de dolor, me dirigí a casa. Le expliqué a mi hermana la situación y le pedí ayuda. Aparecieron de nuevo las lágrimas en mis ojos. Sentí que me desmoronaba.

—Diego, tienes que ser fuerte —me dijo Helena—. Te apoyo en todo, pero piensa en tus hijos. Debes afrontar esta situación y salir adelante. Hazlo por ellos.

Yo no la escuchaba. Me abrazaba a ella y no dejaba de sollozar. Le compartía mis dudas:

—¿Por qué a Sofía, por qué? No ha hecho nada malo. Toda su vida la ha dedicado a amar a su familia con todas sus fuerzas. Hay tanta gente que roba, que mata, que hace daño, y no se muere, no les da cáncer... ¿Por qué a ella sí?

Helena me miró conmovida.

—Diego, las cosas suceden —señaló—. No hay explicación.

Eso no me consolaba. Yo no entendía. Estaba enfadado con la vida. Aunque nuestro destino era morir algún día, ¿por qué ella, por qué ahora? ¡Mi pobre Sofía! Le faltaban

muchas cosas por vivir. Debía regalar aún su bondad y su amor. No podía irse así, tan rápido.

Regresé al hospital. Llegué justo cuando Sofía se despertaba. Nos abrazamos. Enseguida me dijo:

—Si mi cáncer es incurable, quiero afrontar mi enfermedad de manera digna. No quiero morir en este lugar, llévame a casa.

Convencí a los doctores de acceder a su petición. Los trámites para salir del hospital tardaron algunos días, pero por fin nos fuimos de ahí. Era un jueves. Sofía se veía muy enferma, el cáncer la estaba acabando.

Cuando llegamos a casa, Helena y mis hijos la recibieron con besos y abrazos. Fue algo muy hermoso de ver. Sofía necesitaba eso: saberse querida y amada. Me gustaba que mis hijos le demostraran su amor y cariño. Su tiempo se agotaba. Y ella misma no dejaba de besarlos y abrazarlos. La muerte la rondaba y aun así se prodigaba en amorosas muestras de afecto.

Se le veía tranquila. Me pidió que la llevara a la recámara y la sentara en la mecedora cerca de la ventana desde la que se veía el jardín. Le puse una cobija sobre las piernas. Su mirada se perdió en el cielo. Colocó las manos como si fuera a realizar una plegaria y me llamó:

—Diego, ven, acércate.

Así lo hice. Me dijo:

—¿Recuerdas? En esta misma mecedora amamantaba a mis hijos. Me acercaba a la ventana y solía pasar mucho tiempo mirando al cielo y agradeciendo la vida que tenía. Ahora, al mirar este mismo cielo, sólo me embarga una paz inmensa e inexplicable.

Tomó mi mano y la puso en su hombro. Ahí recargó su cabeza. Fue un momento tierno e inolvidable. Nos invadió un silencio profundo, amoroso y prolongado. Me transmitió su tranquilidad. Lo comprendí entonces: ya había hecho las paces con la vida y con la muerte. No temía ni sufría por lo que tenía por delante.

Me pidió llamar a Simón.

Mi hijo entró a la recámara y se recostó en las piernas de Sofía.

Salí de la habitación para dejarlos solos pero, afuera, apoyé la cabeza en la puerta porque quería escucharlos. Sabía que se despedía de sus hijos.

Le dijo a Simón:

—Mi niño, ya eres todo un hombre, ¡estoy tan orgullosa de ti!

Le acarició los cabellos y le pidió que la viera a los ojos.

—Quiero que escuches y pongas atención a lo que te voy a decir —continuó—. Me tengo que despedir de ti, de tu hermana y de tu padre. Los doctores dicen que estoy mal y que mi enfermedad no tiene remedio. No te preocupes: me voy a ir al cielo y desde allí los estaré cuidando. Pero quiero pedirte un favor: si te llegaras a sentir triste o solo, busca a Layla y dile tus sentimientos. No guardes lo que sientes, mi niño, sácalo para que no te haga daño. Y, en cuanto a tu papá, él te adora y te va a cuidar. Acércate, abrázalo, platica

con él, búscalo para jugar. Y si por las noches no puedes dormir, ya sea por miedo o por simple insomnio, ve con papá y dile que te haga lugar en su cama.

Hizo una breve pausa, como para recuperar fuerzas antes de abrazar a Simón y añadir:

—Sé feliz, mi niño. Crece fuerte, bueno y sano. Recuerda que te quiero mucho, que siempre te querré. Estoy muy orgullosa de ti, Simón. Eres el mejor hijo que una madre pudiera tener.

Yo, que los escuchaba, tenía un nudo en la garganta. La tristeza me invadía. Qué dolor. Quería gritar, pedir misericordia, que se detuviera el tiempo para que Sofía no muriera. Deseé que las cosas fueran al revés: que ella viviera y yo fuera arrebatado de la existencia debido al cáncer. Me cuestionaba: ¿qué iban hacer mis hijos sin su madre?, ¿qué iba a hacer yo sin mi Sofía?

Simón estuvo con ella cerca de dos horas. Noté su carita triste al salir. Sollozaba. Había llorado.

—Layla, mi mamá quiere hablar contigo —le dijo a su hermana.

Layla, que era inteligente y sensible, presintió de inmediato algo grave. Subió corriendo las escaleras.

—No te vayas a caer —la aconsejó Sofía desde la recámara.

Layla entró y las dejó solas, con la puerta entreabierta. Así pude escuchar sus palabras:

—Mi niña, estoy muy cansada y enferma —le dijo—. Ya no puedo más. Soy incapaz de jugar contigo, de cuidarte, mira cómo estoy. Me tengo que despedir. Pronto me voy a ir al cielo y te cuidaré desde allá. Pero quiero pedirte algo: que cuides a tu hermano. Ayúdame con eso. Vela por Simón, no lo dejes solo. Y también cuida de papá. Él los quiere mucho y va a estar ahora más cerca de ustedes. Cuídate tú y cuídalos a ellos, por favor. Hazlo por mí, por tu mamá que tanto te quiere. Prométeme que vas a ser una niña buena, que vas a estudiar mucho, que vas a obedecer.

De nuevo, sentí cómo la tristeza y el dolor se me agolpaban en el pecho. Quise llorar, y sólo la noción de no querer que mis hijos me vieran me lo impidió.

Layla pasó más tiempo con su mamá. Cuando salió, la esperábamos en la sala con la cena recién preparada. Su cara era igual de triste y apesadumbrada que la de Simón.

—Papá, mi mamá quiere hablar contigo...

Estaban tan acongojados que se me volvió a hacer un nudo en la garganta. Los abracé y les dije que los amaba.

## XXVIII

Subí las escaleras. Sentí pesadas las piernas. Cada paso en los escalones era difícil y penoso. La angustia me invadía. Me dirigí a nuestra recámara, nuestro sitio de convivencia durante cerca de diez años. Ahí se albergaban muchos de los momentos más felices de nuestra vida compartida. Ahora era el sitio donde ella moría.

Estuve a punto de desvanecerme. Reuní fuerzas, respiré profundamente y entré. La encontré recostada en la cama. Me arrodillé a su lado y la tomé de las manos. La enfermedad hacía estragos en su rostro. Se le veía pálida y demacrada. Supe que agonizaba. Quise llorar, pero ahogué las lágrimas para no incomodarla.

Me dijo:

—Diego, mi amor, perdóname por dejarlos. Nunca quise que esto sucediera. Mi deseo fue envejecer en esta casa, junto a ti. Me duele, no veré a mis hijos crecer —se le cerró la garganta, víctima de la emoción—. Pero escucha. Escucha lo que te quiero decir...

—Dime, mi amor.

—Te encargo a los niños. Cuídalos. Tienes que llevarlos a la escuela, darles de comer y estar muy al pendiente de ellos. Cuando Simón tenga tos, dale de ese té que tengo en la cocina; es lo único que se la quita. Y Layla es alérgica a la penicilina. No se te olvide, por favor. Te he dejado todo escrito en esta carta. Esta otra carta es para Helena, dásela. Allí me despido de ella y le pido que cuide a los niños como si fueran sus hijos.

Permanecí callado. Me abrumaba todo: la cercanía de su muerte; también, la responsabilidad de cuidar a mis hijos. Me parecía increíble: no sabía que Layla era alérgica a la penicilina y que sólo un té le podía quitar la tos a Simón. ¿En qué mundo había vivido? Caí en la cuenta de que Sofía se encargaba de todo. Yo, ocupado en trabajar, me había perdido buena parte de lo que era mi hogar.

La voz de Sofía se fue debilitando. Apenas se escuchaba. Estaba como ausente. Parecía dormir con los ojos abiertos. Daba la impresión de que deliraba.

Respiró con dificultad. Su vida se apagaba. En mi interior rogaba por misericordia. Mi cabeza estaba confusa. No entendía nada. Todo aquello me parecía absurdo. Qué injusta era la muerte. No comprendía los designios de Dios. En ese momento llegué a aborrecerlo: si su prédica era de amor, vida y paz, ¿por qué me arrebataba lo que más quería? Quise detener el tiempo, hacer que lo inevitable no ocurriera. Pedía piedad para ella. Era triste ver cómo la luz de mi vida se extinguía. Eran los últimos alientos de su existencia.

—Diego —su voz se hizo de nuevo audible.

Su rostro era de sufrimiento. Buscó mis manos y se las ofreció. Las apretó con la poca fuerza que ya tenía.

—Te quiero, Diego. Siempre te querré.

Cerró los ojos y pareció hundirse en un profundo sopor. De pronto, pareció despertar. Se acordó de algo. Sólo dijo:

—No se te olvide darle la llave a Layla...

Fueron sus últimas palabras.

Me senté a su lado. No dejé de tomarle la mano. Murió de manera plácida, casi podría decirse que una leve sonrisa se dibujaba en su bello rostro. Yo, mientras tanto, no podía contener mi dolor. Dirigí desesperado la vista hacia un Dios que no me escuchaba y pregunté, entre lágrimas: “¿Por qué se ha ido? ¿Por qué me han arrancado la mitad de mi alma? ¿Qué he hecho para merecer esto?”

Helena oyó mi llanto. Abrió la puerta y me encontró en el piso. Lloraba como un niño, presa de una angustia infinita. Tomó mi brazo y me ayudó a incorporarme. Lo hice lentamente. Después abracé a Helena con todas mis fuerzas. Sofía yacía en la cama, pálida, muerta.

El mundo se había detenido para mí, en esos momentos no sabía qué hora ni que día eran, no supe cuántos más habíamos en la habitación, no sabía cómo les explicaría a mis hijos que su madre ya no estaría más con nosotros. El dolor se había adueñado de mí como una droga que no me permitía pensar o hablar; lo único que podía hacer era llorar, llorar desde lo más profundo de mi ser, con un llanto que me dolía en cada suspiro y en cada lágrima.

Y, en los momentos en que quería recobrar la conciencia de lo que estaba pasando, parecía hundirme en un dimensión muy profunda donde sólo había dolor, temor y desconsuelo. Cuanto más quería encontrar un recuerdo o plegaria para asirme con cordura, más dolorosa era mi realidad de saber que ella ya no estaba conmigo ni con mis hijos.

## XXIX

El velorio fue en casa. Asistieron pocas personas. No tuve tiempo de dar la noticia a todos los familiares y amigos. Sofía conocía a mucha gente, pero yo no sabía ni sus nombres. De nuevo, me di cuenta de que nunca me involucré en nada que no fuera mi trabajo. Mi hermana se encargó de avisar a nuestras amistades.

Fui presa del cansancio. Ya no tenía fuerzas ni para llorar. No podía dormir, el sueño se me había ido. Todo me recordaba a Sofía. Mi hermana me apoyaba en atender a los invitados. Recuerdo que, durante el velorio, se sentaron a mi lado dos señoras que nunca había visto en mi vida. Una era la maestra de Layla. La otra, una vecina que se había convertido en una buena amiga de Sofía. No dejaban de hablar de ella.

—Sofía era una mujer excelente —dijo la maestra—. Siempre se dedicó y entregó totalmente a su familia. Cuando Layla cumplió seis años, organizó la mejor fiesta que he

visto en mi vida. Todas las niñas iban vestidas de princesas. Sofía compró tela y bordó los vestidos de todas ellas. El de Layla era el único que tenía un color diferente. Era rosa. También le compuso una canción. Antes de interpretarla, pidió guardar silencio y nos agradeció por acompañarlas a ella y a su hija en su día. Tomó a Layla de las manos y le dijo: “Layla, eres todo para mí. Te amo. Quiero regalarte algo que he hecho con todo mi amor y que espero lleves por siempre en tu corazón. Te escribí una canción”. Sofía la interpretó. Era una hermosa canción. Hablaba de una madre que desde niña había soñado con una hija y de lo maravilloso que sería tenerla. Cuando Layla nació, ese sueño se hizo realidad. Layla la había convertido en la madre más feliz del mundo.

—Ella siempre amó y consintió a sus hijos —agregó la amiga de Sofía—. Les horneaba pan con miel, que a sus hijos los volvía locos. A Simón le preparaban galletas de chocolate. Se ponía feliz al probarlas, pues eran sus favoritas. También recuerdo cuando llevaba a los niños de día de campo. Lo hacía una vez a la semana y les preparaba comida. Se pasaban horas jugando. Yo los acompañé muchas veces. Me encantaba la comida que preparaba Sofía. En Navidad decoraba toda su casa y preparaba una cena deliciosa. La cocinaba con mucha paciencia, sin importarle cuánto tiempo le llevara. Lo importante era que saliera perfecto. Sofía se emocionaba mucho, decía que la Navidad era especial, debido a que era uno de los pocos días en los que Diego comía en la mesa con toda la familia.

Tras escucharlas, me reproché: “Diego, te perdiste todos estos momentos. No estuviste para disfrutar a tu familia, a tus hijos”. Y ahora me arrepentía. Me levanté y caminé por el pasillo de la casa. Sentía que algunas personas tocaban mi hombro y otras me dirigían palabras de aliento. Me decían que Sofía era una mujer especial y única.

Reflexionaba: “Estas personas no saben qué lejos están de consolarme. Ratifican mi dolor, pues he perdido para siempre lo más valioso de mí. Nadie tiene una idea siquiera cercana de mi dolor, de mi angustia, de mi desesperación. Me gustaría retroceder el tiempo, estar con Sofía. Pero eso ya no puede ser”.

El velorio terminó tarde. Cuando toda la gente se hubo marchado, mi hermana se acercó a mí.

—Diego, te veo muy mal y me preocupas —dijo.

Apenas la escuchaba, como si se tratara de una especie de susurro o de leve eco, incapaz de hacer otra cosa que no fuera recordar a Sofía.

Helena continuó:

—Diego, tienes que salir adelante, debes superar esto. Tus hijos te necesitan, no puedes dejarlos solos, tienes que reaccionar, la vida debe continuar. Te voy a ayudar, tu sabes cuánto amo a los niños. Me quedaré en casa durante un tiempo y los apoyaré en todo lo que pueda. Principalmente me ocuparé de los niños, es muy importante que no estén solos, sobre todo Simón. Tú sabes que era el más apegado a su madre. Además, los quiero como si fueran mis hijos.

### XXX

Al siguiente día, con todo el dolor de mi corazón, fuimos al panteón a enterrar el cuerpo de Sofía. Su cuerpo, porque su alma noble, su espíritu bondadoso, el recuerdo de su enorme belleza y su inmenso amor permanecieron con nosotros, como si estuvieran vivos. Aun así, fue algo muy triste. La mañana no contribuyó en nada, pues el cielo era gris y lucía encapotado. Fue un dolor tan grande que no entiendo cómo no morí junto con ella. Durante la ceremonia, mis hijos se tomaban de la mano de mi hermana y se cubrían los ojos. Percibí el terror de sus corazones al dejar ahí a su madre, pero en todo momento mi hermana los sujetó y tuvo bajo su abrigo.

Las campanas de la iglesia no paraban de sonar, la gente no dejaba de rezar por el descanso de su alma ni de mirarme y compadecerse de mi sufrimiento.

Yo estaba por completo abatido. Habría querido que todo se paralizara, que se callara la gente, que dejaran de sonar las campanas y de cantar los pájaros; que se detuviera el viento, las nubes, que dejara de girar el mundo; que las estrellas no salieran esa noche en signo de duelo; que los ríos se congelaran, que todo estuviera contenido y que nada fuera como siempre, porque de ahora en adelante ya nada iba a ser como siempre.

La vida ya no podía ser como siempre porque me habían quitado la parte más grande de mi alma, porque habían mutilado mi existencia, porque me habían arrebatado la felicidad sin darme la oportunidad de pelear por ella. No entendía cómo la gente podía seguir como si nada después de la muerte de un ser tan querido. Yo mismo no comprendía cómo no me quitaba la vida, pues carecía de sentido sin mi bella Sofía.

### XXXI

Las siguientes semanas fueron terribles. Me encontraba en crisis. No aceptaba la muerte de Sofía. Me veía al espejo y decía: “Te extraño mucho, Sofía. Extraño tu voz diciéndome que me amas. Extraño tus besos, tus abrazos”.

Le pedí a Helena que me llevara a la parroquia adonde Sofía acostumbraba ir. Ahí se arrodillaba y rezaba con fervor. Daba gracias a Dios por tener una familia tan hermosa.

Me senté y miré alrededor. Helena y yo éramos los únicos feligreses. Ella rezó, se santiguó y, tras hacerlo, decidió dejarme solo.

—Necesitas estar contigo mismo y con Dios —me dijo.

Contemplé la parroquia. Era un lugar hermoso, lleno de flores. Yo no era un verdadero creyente. Aun así miré hacia arriba, como en busca de la divinidad, y dije:

—Si hay algo más poderoso en esta vida, algo o alguien que todo lo puede y ha hecho milagros inexplicables, quiero pedirle ver a Sofía. Quiero verla aunque sea una sola vez más. No importa si es mucho tiempo o unos cuantos minutos, quiero estar con ella un momento. Quiero decirle que mi vida no tiene sentido si ella está ausente. Necesito que me diga qué hacer, cómo puedo salir de esto, por qué y para qué seguir viviendo así. Que se me conceda verla, a cambio de lo que sea. Por favor.

Esperé unos minutos. Sólo el silencio reinaba.

Apreté los puños, enojado conmigo mismo y con Dios, que no existía o no escuchaba. Me desesperé tanto que comencé a blasfemar:

—Dios, ¿por qué eres tan miserable? ¿Por qué me quitaste a Sofía? ¿Por qué no me llevaste a mí, en lugar de a ella? Sofía era fuerte. Ella hubiera sabido qué hacer en toda situación, en todo momento, aun en los casos más desesperados. ¡Ya no puedo seguir más con este sufrimiento, Dios! No encuentro sentido a mi vida. No veo razón alguna para seguir viviendo.

Mi fe estaba por los suelos. No creía en nada, en nadie, y mucho menos en una divinidad todopoderosa y omnipresente. Mi pensamiento se nubló. Dejé de importarme el presente. Nada tenía importancia, ni mi propia vida. Volví a sollozar como un huérfano. Lo que yo sufría no se lo desearía ni a mi peor enemigo. Llegué incluso a pensar en arrebatarme la existencia. Estaba tenso. El cuerpo me dolía. Suicidarme... sí, llegué a pensarlo varias veces, como una posibilidad de acabar con mi infortunio. Sin embargo, no lo hice. No por cobardía. Algo dentro de mí me decía que ése no era el camino para volver a verla. Aún parecían quedar trozos de mi mutilado corazón, y en esos trozos también se hallaban mis hijos. Debía vivir para cuidarlos, para ayudarlos a seguir adelante en la vida. Era cierto: todo cuanto veía, oía, sentía, pensaba y decía me recordaba a mi Sofía, pero también pensaba en ellos. Pobrecitos, lo que Layla y Simón estarían sufriendo. Mis hijos también habían perdido a quien más amaban: a su mamá.

Abandoné mis deseos de quitarme la existencia. Con todo, no había una sola acción en el día que no me hiciera recordarla o pensar en Sofía. Nunca la olvidaba. Su recuerdo era inagotable. En todo estaba ella. Sólo ella y nada más. A veces creía sentir que se encontraba a mi lado. Volteaba esperanzado para buscarla, abrazarla, y nada. Qué triste y desolada realidad en la que yo vivía.

Apesadumbrado hasta lo indecible, me encerré en mi cuarto. No saldría para nada, ¿como para qué, si mi existencia parecía haber perdido su sentido?

Desganado, con el cuerpo dolorido, sin deseos de levantarme y hundido en una tristeza que parecía eterna, me pasaba días enteros sin querer salir de la cama. Mi único entretenimiento eran mis recuerdos. Contemplaba nuestro cuaderno de fotografías, especialmente las fotos del día de nuestra boda, en las que se veía hermosa. El día en

que nos juramos amor eterno y en que me dijo que me cuidaría toda la vida.

## XXXII

Un día soñé que todo había sido una pesadilla y que Sofía no había muerto. Fue un sueño tan vívido que mi corazón se llenó de una felicidad enorme. En medio del sueño me desperté y quise salir a buscarla, pero me di cuenta de que sólo se trataba de un engaño, de una ilusión. De nuevo me invadió el miedo. Empecé a llorar angustiado. Las fuerzas de mi alma y de mi cuerpo me habían abandonado por completo.

Quise volver a dormir, regresar a ese bello sueño donde ella vivía y compartía su felicidad conmigo, pero fue imposible. Me enfurecí. Me levanté y empecé a tirar y a golpear todo lo que encontraba a mi paso: libros, lámparas, jarrones. Aventé mis camisas como si supiera que nunca más volvería a ponérmelas. Lo mismo hice con mis zapatos. Me detuve ante la ropa de Sofía. Ahí, mi enojo se contuvo, se suavizó. Más aún porque me encontré con uno de los vestidos favoritos de Sofía. Lo tenía puesto cuando salimos del hospital tras el nacimiento de Layla.

Tomé el vestido entre mis manos y lo apreté en mi cara con todas mis fuerzas. Aún guardaba su olor. Era una prenda sencilla aunque elegante. Así era Sofía en realidad. Distinguida y con una pasmosa y agradecible sencillez. Recordé su enorme belleza, lo increíble de su bondad, lo amable de su trato y lo extraordinario de todos los hermosos momentos que pasamos juntos. No pude evitarlo: las lágrimas volvieron a salir de nuevo, contritas y apesadumbradas. Caí de rodillas, rendido por completo a su recuerdo y a la terrible imposibilidad de volver a verla. Seguí llorando hasta que mi alma terminó por dormirse, seca y agotada.

Así transcurrieron los días. Parecía vivir en otra dimensión. Miraba por la ventana cómo todos se dirigían a hacer su vida cotidiana y yo no tenía siquiera la fuerza de salir de la recámara. Las personas que trataban de consolarme parecían hablar en un lenguaje extraño, porque nada de lo que me decían aliviaba mi profundo dolor.

Todo lo que veía, oía, sentía y pensaba me recordaba a Sofía. No quería que nada de ella se moviera, quería que todo siguiera oliendo a ella, que todo estuviera como ella lo había dejado, como si quisiera congelar el instante y simplemente perderme en todo lo que había tocado su cuerpo.

Me asomaba por la ventana del cuarto y veía nuestras manos grabadas en el techo del pórtico. Las habíamos plasmado con pintura durante un verano en que nos pusimos a reparar la casa.

—Esto lo vamos a recordar toda la vida —dijo Sofía.

¡Cuánta razón tenía!

Un día mi hermana llevó un sacerdote a la casa. Era una persona como de setenta años, con anteojos, de trato fino, ojos cafés claros y una barba distinguida. Me hablaba con determinación y sabiduría, no con lástima, como solían hacerlo los demás.

Con él desahogué todo el dolor, odio, rabia que sentía por la muerte de Sofía. El solo hecho de saber que había alguien que entendía mi situación me hacía sentir bien. Ese sacerdote se volvió un amigo sabio para mí, con él aprendí mucho de la vida. Poco a poco él me ayudó a organizar mi mente y comprender algo fundamental: que mis hijos eran y debían ser lo más importante para mí.

Era por ellos que debía seguir viviendo. Además, Sofía misma me lo había pedido: que cuidara bien de nuestros hijos. Respiré profundamente y pensé: “Mis hijos serán mi fortaleza. Por Layla y Simón tengo que salir adelante. Debo cumplir la petición de Sofía. Su última voluntad es sagrada para mí”.

No fue fácil. Nunca he dejado de sentir dolor por la muerte de Sofía. La herida está ahí, en lo más profundo de mi corazón. Pero, a partir de ese momento, lo supe muy claramente: debía hacer a un lado mi tristeza y alegrar la existencia de mis hijos.

### XXXIII

Fue un domingo cuando decidí salir del estado de sopor e inacción en que me hallaba. Ese día me levanté temprano, me bañé, dejé atrás la recámara que fue mi morada y refugio por tanto tiempo.

Bajaba las escaleras cuando oí que Simón estaba llorando. Di media vuelta y entré a su recámara. Lo encontré de rodillas, con la cabeza recargada en la cama. Me senté en el piso y pasé mi mano sobre su cara para limpiarle las lágrimas.

—¿Por qué lloras, Simón?

—Estoy triste.

—La muerte de mamá nos ha afectado a todos —le dije.

—Sí. Pero, además, yo no quiero que te mueras, papá, y que nos dejes solos...

Simón me abrazó con todas sus fuerzas. Sentí cómo el cuerpo de mi hijo temblaba de miedo. Yo también lo abracé. Le di el abrazo de amor más grande que pudiera existir. Las lágrimas brotaron de mis ojos, porque mi alma lloraba al ver sufrir a mi hijo.

—Pero, Simón —traté de consolarlo—, yo estoy bien. ¿Por qué piensas que me voy a morir?

Simón sollozó y luego respondió:

—Es que ayer, cuando preguntamos a la tía Helena por qué no salías a jugar con

nosotros, ella nos pidió que te comprendiéramos, que no te sientes bien, que por eso te encierras en tu oficina. Recuerdo que cuando mi mamá murió también se sentía mal y no salía del cuarto. No quiero que nos vuelva a pasar lo mismo. Que un día nos llames para despedirte, como lo hizo mamá.

En ese momento mi alma se partió a la mitad. Lo poco que había logrado superar con respecto a mi profunda tristeza se desmoronaba en segundos. Nuevamente tocaba fondo en mi vida. Sin embargo, algo dentro de mí me dio fuerzas para ser valiente y no dar muestra de flaqueza ante mis hijos. Había llegado el momento de desprezarme, de dejar atrás el dolor y de confiar en el futuro. Debía tener el coraje suficiente para salir adelante con Layla y Simón. Se lo merecían.

Salí del cuarto llevando a Simón entre mis brazos. Bajé las escaleras.

Me encontré con mi hermana, quien leía un libro. Estaba sentada en la sala. Su rostro fue de verdadero estupor. Fue como si me hubiera visto salir vivo de la tumba, y es que así de lamentable debió de haber sido mi penar por la muerte de Sofía. La tomé de las manos, le agradecí todas sus atenciones y el cuidado que había tenido para con mis hijos en esos días en que pasé de la tristeza a la locura y desesperación, encerrado en mi oficina o en la recámara.

Le dije:

—Helena querida, gracias por todo lo que has hecho por mí. Tú lo sabes: Sofía era tan fuerte que siempre pensé que yo iba a ser el primero en partir. Su muerte fue algo tan rápido, tan duro, tan inesperado, que casi aniquila mi razón y mi cordura. Aun así, debo salir adelante. Mi corazón me dice que todo ha pasado por alguna causa. Ignoro cuál es, pero, mientras la descubro o la intuyo, debo cuidar a mis hijos. Ellos son lo único importante ahora. No los puedo abandonar. Debo cuidarlos, procurarlos. Ellos me necesitan y yo también los necesito.

Mi hermana contestó:

—Diego, me da gusto escucharte decir esto. Los niños han preguntado por ti, te necesitan. Estas semanas los he llevado a la parroquia del sacerdote que conversó contigo y que además te confortó dándote consejo y consuelo. Él los ha apoyado mucho. Es un hombre bueno. Habla con ellos y los ayuda. Les ha dicho que su mamá está en el cielo y que desde allá los cuida.

Estuve a punto de llorar, invadido de nuevo por la más profunda de las tristezas, pero me contuve. Helena, que lo notó, me abrazó con ternura. Luego se ofreció a quedarse algún tiempo más, para ayudarme con los quehaceres de la casa y cuidar a mis hijos, lo cual le agradecí. Su bondad tampoco conocía límites. Fueron tres meses los que estuvo a nuestro lado, entregada a sus labores de excelente tía, de magnífica hermana. Al cabo de ese tiempo se despidió:

—Diego, mañana debo irme. No sabes cuánto me duele dejar a los niños. Pero debo continuar con mi vida. Además, debes ser tú quien los cuide. Son tus hijos, tus pequeños. En ellos estás tú y también tu querida Sofía. Vela por su bienestar. Procura

seguir las instrucciones que te he dado. Los niños todavía no están en edad de cuidarse solos y debes estar muy pendiente. Trataré de venir por lo menos una vez a la semana y te apoyaré en lo que pueda.

Al quedarme de nuevo solo, sin la compañía de Helena, una nueva vida dio inicio para mí. Llamé a mis hijos y les dije:

—Layla, Simón, tal vez no he sido el mejor padre, lo reconozco ante ustedes y les pido que me disculpen. A partir de ahora voy a tratar de serlo, porque un buen padre es lo que ustedes necesitan y se merecen. Les pido su apoyo. La muerte de su madre nos ha afectado a todos. Ha sido un verdadero impacto en nuestras vidas. Por supuesto, nunca la olvidaremos. La llevamos en nuestro corazón. Su recuerdo debe servirnos para salir adelante. Ella hubiera querido vernos bien, y le vamos a brindar ese gusto. Con su ayuda y con nuestro esfuerzo dejaremos atrás la tristeza y miraremos de frente al porvenir. Lo haremos juntos. ¿Cuento con ustedes?

—Sí, papá. Te queremos —respondieron al unísono.

Su entusiasmo me alentó. Día a día traté de esforzarme para que las cosas fueran distintas. Me levantaba de la cama muy temprano y preparaba el desayuno. Mis hijos se bañaban y se vestían solos. Después los ayudaba a peinarse y los llevaba a la escuela. De regreso leía mis periódicos y también escribía. Poco a poco me adaptaba a esta nueva forma de vida. Agradecí a la editorial la solidaridad que me mostraron, porque a pesar de no haberles entregado ningún escrito recibía en casa un sobre con mi paga. Empezaba de nuevo a sonreír, pero ahí estaba todavía el gran vacío dejado por Sofía. Mi alma, aunque entretenida en mis nuevos deberes, seguía derramando lágrimas tristes y amargas.

## XXXIV

El tiempo siguió su marcha. Por aquel entonces el eco de la guerra comenzaba a cobrar más fuerza. Durante mis ratos libres leía y escuchaba las noticias. Se decía que los alemanes estaban formando un ejército invencible. Europa les temía y estaba aterrorizada. El gobierno francés mostró su desacuerdo con los cambios políticos y militares de los alemanes. Todo apuntaba a que la guerra nos alcanzaría de un momento a otro.

El simple hecho de caminar por las calles era motivo suficiente para percatarse de la tensión que había entre la población, por la inminencia de la guerra. Todos temían y estaban preocupados. Sabían que el panorama no pintaba nada bien. El único tema de conversación era el terror de la guerra y de cómo parecía estar a la vuelta de la esquina. Cautas, muchas personas empezaron a comprar reservas de alimentos. Hubo escasez y

se encarecieron los precios de los víveres.

Nosotros, por supuesto, no podíamos darnos el lujo de comprar comida extra.

Por si fuera poco, la casa editorial donde trabajaba recortó gastos. Hablaron conmigo y no tuve otra opción que aceptar una reducción significativa por el pago de mis textos. Mis artículos comenzaron a ser pagados muy magramente; en consecuencia, vivíamos por completo al día.

La falta de dinero empezó a reflejarse en casa. Se veía desordenada, en ocasiones hasta sucia y con falta de mantenimiento. El poco salario que recibía no alcanzaba más que para estrictamente lo necesario. Helena nos visitaba una vez a la semana y nos ayudaba con la limpieza. De cualquier modo, no era suficiente. Aunque mi hermana hacía lo que podía, la casa era tan grande que se necesitaban muchas manos más para tenerla limpia y en orden.

Helena, además, estaba atravesando por sus propios problemas. El ejército francés, aprestándose para la guerra, llamó de emergencia a todos sus generales. Su marido acudió patrióticamente al llamado. Estaba acuartelado, lejos de casa. Mi hermana perdió toda comunicación con él. La soledad la abrumaba.

Layla y Simón, por su parte, empezaron a darse cuenta del desorden doméstico y de la escasez de comida. Empezó a llover y la casa se llenó de goteras. Yo me quitaba la comida de la boca para dársela a mis hijos, pero aun así sufrían. Layla me decía:

—Papá, extraño a mi mamá. Quiero que regrese. Ya no hay qué comer y Simón llora todo el tiempo porque tiene hambre.

Al escuchar sus palabras sentí que el alma se me partía. Parecía que, de nueva cuenta, todo se derrumbaba a mi alrededor. Después de la muerte de Sofía, aquél era otro momento difícil y desesperante. Tomé conciencia de la situación y me juré tener el coraje suficiente para hacer todo lo posible por ser fuerte y salir adelante. Debía aprender cómo administrar al máximo el poco dinero que percibía, a fin de que no les faltara el alimento a mis hijos.

## XXXV

Un día, por la tarde, cuando regresaba de la editorial, llegué a casa y me extraño la ausencia de mis hijos. Me tranquilizó encontrar una nota en la que me avisaban que habían salido con su tía. Decidí aprovechar el tiempo y ponerme a escribir.

Mientras me dirigía a la oficina me llegó de repente un olor muy familiar. Fue un aroma que me estremeció todo el cuerpo. Empecé a caminar por la casa en busca del origen de ese olor, y justo a un lado de la escalera, encima de la mesa, me encontré con

un florero. ¡Era el florero que le había regalado a Sofía el día en que le propuse matrimonio! ¡Y estaba lleno de flores! Eran las flores que ponía Sofía en toda la casa. ¿Quién las había colocado ahí? Mi hermana, tal vez. O mis hijos.

Quien hubiera sido provocó en mí una gozosa y renovada esperanza. Fue sin duda un momento mágico e inexplicable.

Por un lado, esas flores me hicieron recordar a Sofía y los momentos felices que pasamos juntos. Por el otro, ¿qué hacía ese florero ahí? Yo lo había guardado en un lugar seguro. Me hacía pensar tanto en Sofía que había decidido apartarlo de mi vista. Y luego, las flores. Seguía preguntándome: ¿quién las había colocado?

Lo medité un momento, incapaz de dar una explicación. Pensé en Layla: extrañaba tanto a su mamá que tal vez quiso honrar su memoria con el florero y esas flores.

Suspiré. Volví a darme cuenta de lo mucho que mis hijos sufrían por la muerte de su madre. ¿Cómo hacerles saber que debíamos resignarnos ante su pérdida, si yo mismo no me había resignado? Me sentía impotente, incapaz de ayudarlos. Podía proporcionarles todo lo que requirieran, menos lo que más anhelaban: a su mamá.

Pero, aunque su acción me conmovía, si Layla había hecho colocar el florero con las flores, era algo que me inquietaba, que me molestaba. Y es que, más que ayudar a aliviar nuestra pena, volvía a abrir una herida que no terminaba de cerrar.

Por la noche, cuando regresaron mis hijos, les pregunté:

—Niños, ¿quién puso ese florero ahí y por qué?

Layla y Simón se vieron entre ellos. Parecían sorprendidos e incrédulos. Repetí, con voz más enérgica:

—¿No me escucharon? Se los repito: ¿quién de ustedes puso ahí ese florero?

Permanecieron callados. Parecían no entender de qué les hablaba. Miré fijamente a Layla, pues seguía pensando que ella había sido la responsable. De todos, la más afectada con la muerte de Sofía era ella precisamente.

Consideré pertinente decirles:

—Yo también recuerdo y extraño mucho a su mamá. Por supuesto, quisiera que estuviera aquí con nosotros. Sería el hombre más feliz del mundo si eso sucediera. Pero ella ya no está aquí. Está en el cielo y desde allá nos cuida.

Layla y Simón no decían nada. Entendí que no valía la pena regañarlos. Quien quiera que hubiera puesto el florero, tenía sus razones y yo debía respetarlas.

Tan sólo añadí:

—Vamos a estar juntos para salir adelante, a pesar de nuestro dolor, ¿de acuerdo?

Los dos asintieron. Los besé en la frente y los llevé a su recámara a dormir.

Ya solo, aspiré el aroma de las flores y no pude menos que derramar unas lágrimas en recuerdo de mi amada Sofía. ¡Ah, cómo la extrañaba! ¡La necesitaba tanto! Mi duelo parecía interminable.

## XXXVI

Se acercaba nuestro aniversario de bodas y eso me alteraba y entristecía. Los recuerdos se agolpaban.

Ese día llegó y por la noche soñé con ella. Sentí que Sofía estaba a mi lado, que podía captar su respiración, que podía oler su cabello. Fue una sensación terrible la de despertar y saber que todo había sido un sueño. Me puse a llorar desconsolado. Sin ella el mundo se derrumbaba.

Cuando íbamos a la iglesia, era lo mismo. Mis hijos rezaban por el alma de Sofía y no podían evitar que el llanto se apoderara de ellos. Eso me partía el corazón. Y, además, ¿cómo pedirles que no lloraran si a mí mismo me brotaban lágrimas a causa de esa honda pena?

Ninguno de nosotros podía ocultar lo mucho que Sofía nos hacía falta.

Cuando se aproximaba el cumpleaños de Simón, le pregunté qué quería de regalo, su respuesta no se hizo esperar:

—Quiero ver a mi mamá.

Aquel día se despertó alegre y contento. Aseguraba que su mamá lo había visitado y que le había dado un abrazo. Estuve a punto de regañarlo, de decirle que eso no podía ser cierto, pero decidí que lo mejor era dejarlo con la ilusión. Tenía, además, otra cuestión de qué ocuparme. Como Sofía se encargaba de todo, yo ni siquiera sabía qué podía gustarle a Simón como festejo de cumpleaños. Quería que se sintiera a gusto y feliz. Me decidí, finalmente, por hacer algo diferente. Llevé a mis hijos al centro de París. Nunca habían estado ahí y les encantó.

Estuvimos en la torre Eiffel, visitamos la catedral de Notre Dame y la iglesia de Saint-Germain, admiramos el Louvre y finalmente paseamos por los Campos Elíseos, donde mis hijos jugaron todo el tiempo. Este lugar me hizo recordar el parque donde jugaba con Helena cuando era niño.

Los llevé a un restaurante donde comimos delicioso. Fue un día muy bonito en compañía de mis hijos. Layla estaba tan contenta con todo lo que ofrecía París, que me pidió hacer lo mismo el día de su cumpleaños. Se lo prometí y cumplí mi palabra.

## XXXVII

Una semana después me desperté sintiéndome muy cansado, sin ganas de levantarme. Parecía como si no hubiese razón para vivir, ni ése ni ningún otro día. Me di ánimos y, como pude, me levanté, aunque con lentitud. Y desfallecido, desalentadoramente, me dirigí hacia la ventana.

Pegué mi frente al vidrio y observé. Me encontré con el mismo paisaje de siempre: montañas plagadas de árboles por todas partes. Antes me parecía una vista espectacular. Ahora me daba cuenta de que mi mirada era diferente. Todo permanecía en su sitio, pero ya no era igual: ya no admiraba su belleza como en otro tiempo.

Reflexioné: “He pasado el año más difícil de mi vida. He peleado como un valiente soldado contra un enemigo invisible. Un enemigo poderoso que no sabes cuándo ni cómo ataca. Además, con el tiempo se ha vuelto cada vez más fuerte. Han sido batallas muy duras. En ocasiones me ha aplastado sin compasión. Así, en estas batallas, la vida se me ha ido en los últimos meses”.

Recordaba esas batallas. Una ocurrió en mi aniversario de bodas. La última vez decidí encerrarme en la oficina. Me encontraba solo, pues mis hijos estaban con su tía. Fue algo alegre y amargo al mismo tiempo. Por un lado, traía a mi mente lo maravilloso que fue el día de mi enlace matrimonial con Sofía. ¡Qué nervioso estaba! Tenía pánico de estar frente al altar. Por supuesto, yo era muy joven y me dejaba llevar por la emoción y la ansiedad. Sin embargo, todo desapareció en cuanto vi a Sofía.

Estaba bellísima. Su presencia me tranquilizó. Los nervios desaparecieron y todo fluyó como debía ser. Fue una experiencia inolvidable. Así quedó grabado en mi mente y en mi cuerpo. Gocé cada segundo de la boda.

Fue un momento de lo más alegre, en el que por primera vez experimenté una sensación de total y rotunda felicidad. No lo cambiaría ni por todo el oro del mundo.

Sin embargo, era ahí donde aparecía el poderoso enemigo que me acechaba. Un enemigo que me decía: “Sofía ya no está. Sofía está muerta”. Era entonces cuando la tierna felicidad que me traía el recuerdo de mi amada se transformaba en algo doloroso y terrible.

Me cuestionaba: ¿hice lo suficiente para salvarla?

Reflexioné: “Tal vez debí haber exigido que la trataran otros médicos, los mejores del mundo, sin escatimar ningún tipo de esfuerzo o de dinero. Lo que costara, con tal de curarla”. Pero Sofía se había ido. ¡Estaba muerta!

Finalmente me preguntaba: “¿Por qué se ha ido?, ¿qué he hecho para merecer esto?”

Eran algunas de las muchas preguntas que me hacía todo el tiempo. Las dirigía al cielo en busca de respuestas, pero el cielo permaneció en silencio. Era un cielo indolente ante mis dudas y mi sufrimiento.

## XXXVIII

Desde la muerte de Sofía, mi vida fue un campo de batalla, un campo de desconsuelo, un campo de luto. Por supuesto, no faltaba quien se acercara y quisiera darme consejos. Me decían: “No temas, todo va a salir bien”, “Encomiéndate al Señor”. Al principio se los agradecía y ahora estaba cansado de escucharlos. La gente no entendía. Me tenían lástima y no sabían lo que es llevar una pena como la mía.

Yo, mientras tanto, alentado únicamente por mis hijos para mantenerme con vida, llegué a mis propias respuestas. A un año de su muerte, reconocí que no había cura para mis heridas. Sofía estaba muerta y no volvería nunca más. Se fue para siempre: ésa era la verdad.

No había manera de aliviar mi dolor, pues la única persona que podía hacerlo ya no estaba ahí ni regresaría. La extrañaba y habría dado gustoso lo que fuera por volverla a ver, pero no podía devolverle la vida. ¿Cómo podía, entonces, sanar mi alma, mi corazón, si no estaba ella, mi Sofía?

A lo largo de ese año de batallas, tristezas y sufrimientos pisé fondo en mi vida. No había muerto pero vivía ahogado en un océano de soledad. Mi único consuelo eran mis hijos. Ellos me alentaban a seguir adelante, a dar lo mejor de mí. Había tenido que afrontar con dolor pero con coraje la ausencia de Sofía. Me di cuenta de que dependía de ella para todo.

Ella era quien decidía lo que había de hacerse. Yo me encerraba y me dedicaba a trabajar. Ni siquiera cuidaba a mis hijos. Ahora que no estaba Sofía, era yo quien debía hacer todas y cada una de las cosas de las que ella se encargaba. Trataba de hacerlo lo mejor posible, con amor y con la frente en alto.

Quería ser un papá ejemplar. Me debía a mis hijos. Ellos eran ahora mi vida, mi propósito y mi destino. ¡Ya les organizaba sus fiestas de cumpleaños! ¡Y les remendaba su ropa! ¡Y les hacía de comer! ¡Y los llevaba a la escuela!

Eran un mejor papá, pero extrañaba a Sofía. Aún llevo conmigo este inmenso dolor por su pérdida. Si una cosa aprendí es que la vida sigue. Si no me morí fue por Simón y por Layla. Trataba de superar mis penas, mis miedos, mi incapacidad de ser un mejor hombre. Todo por ella y por mi familia.

Creo que Sofía se habría sentido orgullosa de mí.

## XXXIX

Al día siguiente, mientras escuchaba las noticias en la radio, se interrumpió la programación para dar paso a una información de vital importancia. El gobierno de Francia invitaba a todos sus ciudadanos a un adiestramiento militar. La guerra parecía inevitable. Yo fui de los primeros en inscribirme. Me resultó impresionante ver cuántos de mis compatriotas acudieron al llamado. Nos adiestraron en el uso de armas y en técnicas de defensa personal. Los alemanes tenían preocupados a todos por sus movilizaciones militares. De un momento a otro nos declararían la guerra o simplemente nos invadirían.

Ocho horas duró el adiestramiento. Aprendí a usar un fusil de repetición y lanzar una granada. También nos adiestraron en técnicas de supervivencia. Nos hicieron notar que, en un ataque aéreo, el sótano era el sitio más seguro. Lo mismo sucedía con un ataque de artillería. Pero un sótano puede ser peligroso si no se toman las medidas pertinentes. Deben revisarse sus puertas de acceso, para que abran y cierren con facilidad. Si se obstruyen o no pueden abrirse, quienes se guarezcan ahí corren el peligro de morir asfixiados. El aire se viciaría sin una ventilación adecuada. Del tamaño del sótano y del número de personas que resguarde depende el volumen de oxígeno que contiene. En algunos casos, basta tan sólo con un par de horas para fallecer. En otros, la permanencia máxima es de 24 horas a lo sumo. No más.

Por fortuna, la mayoría de las casas europeas construidas a partir del siglo XIX contaban con sótano. Se utilizaba como bodega o como sitio ideal para almacenar comida en conserva.

Nuestra casa no era la excepción. Regresé y lo primero que hice fue revisar el nuestro. Me llevé una sorpresa. Estaba cerrado. Necesitaba una llave para abrirlo. Tras la sorpresa inicial experimenté un profundo sentimiento de extrañeza. Me sentí así, ajeno a mí mismo y a lo que me rodeaba. Me di cuenta de que nunca había visitado el sótano de mi propia casa. Qué irónico, luego de vivir ahí durante tantos años. Busqué la llave por todos lados. Abrí cajones, revisé armarios y hasta indagué debajo de las camas. No pude encontrarla.

Le pregunté a Helena. Por suerte, ella la tenía.

—Usé la llave para guardar ropa de Sofia y otras pertenencias tuyas en el sótano — explicó.

Le di las gracias. Fui al sótano y lo abrí. Olía a humedad y a meses de encierro. Inspeccioné la puerta. Se cerraba por dentro con un pasador y sólo podía ser abierta con la llave que mi hermana me había dado.

El sótano estaba oscuro y mal ventilado. La ventilación estaba obstruida con libros, muebles y cajas de madera.

“Tengo que arreglar esto”, me dije. “Debo tener una dotación de velas y un quinqué para contar con iluminación en caso de que tengamos que bajar por causa de la guerra. Y quitaré lo que obstruye la ventilación. Me llevará un tiempo, pero debo hacerlo. Es para nuestra seguridad, y sobre todo para seguridad de mis hijos”.

Antes de irme realicé pruebas con la puerta. Cerré y abrí varias veces para corroborar que todo funcionara bien. Decidí además que debía traer la llave siempre conmigo, de modo que estuviera listo para utilizarla en caso de un bombardeo.

Resultaba irónico: justo cuando salíamos adelante de nuestros problemas, ahora afrontábamos un riesgo mayor, el de un conflicto bélico que se avecinaba con toda su terrible y sangrienta realidad. ¿Por qué a nosotros?, me preguntaba. Primero la muerte de la luz de mi vida; y ahora lo que parecía inminente: el peligro de una invasión alemana.

Todo parecía un problema superior a mis fuerzas. A ratos me sentía agotado de afrontar obstáculos cada vez más grandes. La guerra se acercaba y yo no tenía ni una pistola para defender a mis seres queridos. Me sentía impotente y desesperado. Debía mostrar entereza, pero, ¿cómo?, si todo parecía estar en mi contra. Me preguntaba qué había hecho para que mis hijos se enfrentaran a este nuevo peligro. Me sentí como un hijo más de Sofía, frágil y vulnerable, en espera de que ella me protegiera. ¿Qué habría hecho Sofía en mi lugar? De seguro, poner la frente en alto y salir adelante con coraje. Yo tendría que hacer lo mismo.

## XL

Pasó el tiempo. Fue una tarde de 1939 cuando escuchaba la radio y se dio la noticia: Francia declaraba la guerra a Alemania. Nada fue fácil a partir de entonces. El caos se adueñó de la vida cotidiana. Las familias más ricas empezaron a salir del país. Las familias como la mía, que no tenían a dónde ir, permanecieron sin poder trasladarse a un lugar más seguro, a la expectativa de lo que fuera a suceder.

Se cerraron las escuelas. Los niños y mi hermana pasaban más tiempo en casa. Ella, de hecho, les daba lecciones. Yo traté de que todo siguiera igual. Jugaba con ellos y me dedicaba a mi trabajo. Terminé unos escritos que debía entregar en la editorial, por lo que fui a París.

A lo largo del trayecto noté que la tensión de la guerra se respiraba en el aire. La mayoría de los comercios estaban cerrados y, los que estaban abiertos, se encontraban casi vacíos. Algunas personas trataban de abastecerse lo mejor posible y otras emprendían la huida.

Cuando llegué a mi destino me encontré con una desagradable sorpresa: la editorial había cerrado. ¡No era posible! Otro golpe más del destino. ¿Por qué tenía que sucederme eso a mí? Estuve al borde de la desesperación. Sin trabajo, sin ingresos, ¿cómo podía mantener a mis hijos? Recordaba la cara de Simón y Layla cuando me decían: “Papá, tenemos hambre”.

Tuve que hablar con mi hermana. Ella entendió la situación. Me dio pan, frascos de conservas y café. También me aconsejó que acudiera a un puesto que el gobierno había asignado para proveer de comida a los ciudadanos. Se encontraba a dos horas de camino. No me importó. Fui en busca de provisiones. No era el único. Eran muchos los padres preocupados, las familias hambrientas, que acudían por alimento. Los víveres debían racionarse. Se les daba, igual que a mí, sólo lo esencial para sobrevivir.

Regresé a mi hogar y les di la comida a mis hijos. Era poca. Veía su carita de hambre y me conmovía. Les di incluso mi parte. Adelgacé. Perdí varios kilos en muy poco tiempo, pero no me importaba en absoluto. Lo primordial era el bienestar de Layla y Simón.

Todos los días me mantenía al pendiente de las noticias. Ninguna era alentadora. El armamento alemán era superior al francés. Los alemanes habían salido victoriosos en los combates en la frontera y ahora avanzaban a toda prisa hacia París. Nuestras tropas habían sido aplastadas y no ofrecían resistencia. De un momento a otro los tendríamos en nuestras calles.

En París se vivía una tensión inimaginable. El rostro de la gente era de temor y desesperación. La mejor opción era encerrarse en sus casas. La ciudad empezaba a verse como un pueblo fantasma.

No quise transmitir esa sensación de incertidumbre y peligro a mis hijos. En casa tratábamos de llevar una vida normal, como si la guerra hubiera sido algo por completo lejano.

Pero la guerra estaba a punto de alcanzarnos.

## XLI

Pasaron los días. Una mañana me desperté; tenía mucha sed y bajé a la cocina. Desde las escaleras percibí un aroma singular. Era un dulce aroma a hogar. Un aroma lindo y bueno que hace mucho tiempo no sentía. Volteé hacia la sala y la vi muy iluminada. Me sorprendió, pues debido a la guerra se recomendaba que las cortinas estuvieran bajadas, y así lo hacíamos. Pero esta vez estaban todas recogidas, incluso las de la cocina. La luz entraba por todas partes. La casa se veía espectacular, tal y como le gustaba a Sofía...

Pensé que Layla o mi hermana las habían plegado. Debía regañarlas, pues en medio de la guerra esas precauciones eran necesarias. Intuí que lo habían hecho por estar hartas del encierro y porque a Sofía le gustaba tener la casa así, con el sol entrando por todas partes. Era su manera de honrarla y recordarla. La casa, por lo demás, se veía bella así de iluminada. Había algo de esperanza en la luz que entraba. Eran tiempos de guerra,

pero esa luz parecía ser un buen augurio.

Me animé. Sentí un enorme deseo de escribir. Fui a la oficina, saqué papel y lápiz y me puse a redactar un artículo. Lo titulé: “El cambio que necesitamos. Los puntos clave para tener un mejor gobierno en Francia”. Me concentré entusiasmado en mi tarea. Las horas pasaron y no hacía más que dedicarme a confeccionar frases e ideas.

De pronto oí un ruido. Detuve mi trabajo y presté atención. No escuché nada y regresé a mi escritura. No habían pasado ni cinco minutos cuando volví a oírlo. Intrigado, me quedé atento. El ruido persistía y parecía provenir de la cocina. Intenté ignorarlo, concentrarme en mi texto, pero me fue imposible.

El ruido se hizo cada vez más notorio. Ahora sonaba como si alguien llamara a la puerta principal. Me levanté para averiguar de qué se trataba. Parecía que el ruido provenía nuevamente de la cocina o, mejor, de la puerta que daba al jardín. Pregunté quién era; nadie respondió. Intenté abrirla, pero la encontré atascada.

De pronto la puerta se abrió. Fue como si se hubiera abierto por sí sola. En ese instante sentí que sobre mi cuerpo soplaba una especie de viento frío que me estremeció por completo.

Me asomé al jardín y no vi a nadie.

Todo aquello era muy extraño. Casi podía jurar que alguien había tocado la puerta.

En ésas estaba cuando oí mi nombre:

—¡Diego! ¡Diego!

Salí por el jardín a la puerta principal. Ahí me encontré con mi hermana y los niños.

Helena me reclamaba:

—Diego, llevo cerca de diez minutos en espera de que nos abras. Hace mucho frío. Pensé que nos congelábamos.

Esperé a que entraran a la casa y, llevando aparte a Helena, sin que mis hijos pudieran escucharme, le pregunté:

—Fuiste tú la que llamaste a la puerta de la cocina, ¿verdad?

Helena me volteó a ver como si estuviera loco.

—¿Qué pasa contigo, Diego? Actúas de manera muy rara. Mira tu rostro. Parece como si hubieras visto un muerto. Te lo he dicho: no trabajes tanto, necesitas descansar. Además, ¿sabes qué día es hoy? Te ensimismas tanto en tus escritos que no tienes la menor idea de lo que ocurre.

Helena parecía ansiosa y preocupada.

—Esta noche los alemanes van a bombardear París —agregó.

No atiné a decirle nada. Continuó:

—A partir de las ocho de la noche hay toque de queda. Nadie sabe lo que ha de ocurrir. Pero, en caso de escuchar sirenas, refúgiate en el sótano. Es el lugar más seguro. Escóndete ahí con tus hijos o, si lo prefieres, yo puedo llevarlos conmigo al refugio que se nos ha asignado a los familiares de militares. Es un lugar seguro. Layla y Simón estarán a salvo ahí.

Pensé que esto último era lo mejor para mis hijos. Estuve a punto de aceptar su propuesta, pero volví a sentir esa especie de viento frío que me estremeció. Dudé mi decisión. Sentí la presencia de Sofía; era como si me dijera qué hacer.

—Agradezco tu ofrecimiento —le respondí a mi hermana—. Creo, sin embargo, que si alguien debe proteger a mis hijos soy yo.

Le mostré la llave del sótano, que colgaba de mi pecho.

—En caso de bombardeo bajaremos al sótano. Los niños estarán sanos y salvos. No te preocupes.

## XLII

Helena se fue, mis hijos subieron a la recámara a dormir y yo regresé a mi oficina.

Desde ahí volví a oír el ruido que me había inquietado. Entré a la cocina. El ruido era muy notorio. Tanto, que descubrí de dónde provenía: del sótano.

Estaba abierto. Antes de entrar me aseguré de que la llave estuviera colgada en mi pecho. Inspeccioné y me encontré con una enorme gotera. La casa era muy vieja, no se le había dado mantenimiento y todo podía esperarse. Me dispuse a arreglar el problema. Tardé, pero terminé por sellar el sitio por donde se metía el agua.

Me senté a descansar. Suspiré, pues ahí en el sótano había muchas cosas que me hacían recordar a Sofía: los adornos de Navidad, los vestidos que usaba cuando estaba embarazada y el que tenía puesto cuando salió del hospital luego de que le diagnosticaron cáncer. ¡Nunca olvidaré ese día! Un pensamiento me llevó a otro y, de repente, recordé sus últimas palabras:

—No se te olvide darle la llave a Layla...

Me quedé frío. Me di cuenta de que, de tan angustiado y triste que estaba por su agonía, no le presté verdadera atención a lo que me decía. ¿Qué llave?, ¿a qué llave se refería exactamente?, ¿por qué era tan importante para ella esa llave? Y lo era tanto que invirtió en esa súplica su postrer aliento de vida.

Mi cabeza daba vueltas de manera confusa. Todo estaba muy extraño. Además, esa presencia que sentí en la cocina, ese aire frío que me envolvió como si se tratara de un abrazo, contribuían a esa confusión. ¿Era Sofía? ¿Era su manera de decirme algo? ¡Y luego las flores! ¡Y la casa por completo iluminada! ¿Era Sofía?

“Tal vez todo esto ha sucedido por alguna razón”, me dije.

Sentí surgir una renovada fe. Si Sofía continuaba ahí, con nosotros, podíamos sentirnos seguros. Decidí confiar en ella y en lo que me dictaba mi corazón. Seguí mi instinto. Haría lo que Sofía me pidió antes de morir: darle la llave a Layla. ¿Qué llave?,

volví a preguntarme.

La única que se me ocurría era la del sótano.

## XLIII

A la hora de la cena les dije a mis hijos:

—Layla, Simón, la guerra entre nuestros soldados y los alemanes que nos invaden se libra muy cerca de casa. Es probable que vayan a escuchar ruidos muy fuertes. Pero no se asusten.

Layla, que era la más inquieta, preguntó:

—Papá, ¿por qué tienen que pelear?

—Porque los alemanes quieren adueñarse de nuestro país y tenemos que defendernos —respondí con firmeza.

Simón sugirió, con mirada astuta:

—¿Por qué no les vendemos una montaña? En lugar de invadirnos, pueden vivir en esa montaña.

—No, Simón. Los alemanes no quieren un pedazo de nuestro país, lo quieren todo. Nuestras casas, nuestras escuelas, nuestra forma de vida.

Conversar con ellos me tranquilizó y me hizo recordar cuando años atrás yo tampoco podía entender el porqué de las guerras. Los sentí atentos a lo que sucedía, pero no asustados ni nerviosos. Claro, no alcanzaban a comprender la magnitud del problema. Nunca habían vivido una guerra ni escuchado la explosión de una bomba.

Al finalizar la cena, les indiqué:

—Escuchen, es muy importante lo que les voy a decir. Si oyen sirenas o ruidos muy fuertes, como de explosiones, quiero que conserven la calma y se dirijan de inmediato al sótano. Yo también lo haré. Allí estaremos a salvo.

Estuve a punto de entregarle la llave a Layla. La miré fijamente. Me detuve en sus ojos, tan parecidos a los de Sofía. Por mi mente pasaba una gran incógnita. ¿Qué hacer? Si le entregaba la llave era como si yo me lavara las manos. ¡Y yo quería estar con ellos, protegerlos! Tomé una decisión. Guardé la llave y les dije:

—A partir de hoy la puerta del sótano debe estar abierta en todo momento.

Los niños subieron a su cuarto a dormir. Por mi parte, estaba intranquilo. Me preguntaba qué haría en caso de que se aparecieran los alemanes y quisieran hacerle daño a mi familia. De tan sólo pensarlo la angustia se apoderaba de mí. Tenía miedo. Estaba por completo solo, vulnerable.

## XLIV

Estuve escuchando la radio. De pronto, sin saber cómo, me venció el sueño. A la medianoche sonó una sirena.

Subí corriendo al cuarto de los niños. Ya estaban despiertos, si bien asustados y con una evidente cara de azoro. Cargué a Simón. Se escuchó una tremenda explosión. El estallido fue tan fuerte que la casa se cimbró en su totalidad. Simón se cayó, se golpeó la cabeza y empezó a llorar desesperadamente. Layla también empezó a llorar al ver a su hermano. Los jalé debajo de la cama y ahí nos escondimos.

Mis hijos estaban aterrados, gritaban con miedo y angustia. Yo también habría querido gritar, pero no lo hice porque ellos debían encontrar abrigo y fortaleza en mí. Mi obligación era protegerlos y tranquilizarlos.

Empecé a cantar una canción que Sofía solía cantarles cuando tenían miedo, la cual decía que no importaba cuán oscura fuera la noche, era más bien una señal de que se acercaba el día, hermoso y soleado.

Entonces sucedió algo curioso: coincidencia o no, las bombas dejaron de explotar en las cercanías y se hicieron cada vez más lejanas. Al cabo de una hora hubo silencio. Mis hijos sollozaban. Los acomodé en la cama y miré hacia la ventana; a lo lejos se veían casas en llamas. Me acosté con ellos y los abracé con todo mi amor. Al poco rato se quedaron dormidos. Yo velaba su sueño. Me decía: “Qué época tan ingrata les ha tocado”.

## XLV

A la mañana siguiente desperté asustado; volteé a ver a mis hijos y ellos continuaban dormidos. Era muy temprano. Bajé a la cocina a preparar su desayuno. Oh, decepción. Me di cuenta de que no había nada de comer. Calculé que faltaban unas horas para que mis hijos se despertaran y corrí lo más rápido que pude rumbo al puesto de aprovisionamiento de alimentos.

Mientras corría observaba edificios derrumbados. Me dio mucho miedo. Temía que un soldado alemán se apareciera y me matara. Olía a pólvora. También a casas quemadas. Las calles estaban desiertas. Vi a un soldado francés que yacía en el piso. Me

acerqué a él. Le faltaba un brazo y tenía una fea herida en el vientre. Apenas me vio, me dijo:

—¡Estamos acabados! ¡No hay nada que hacer!

Me llevé las manos a la cabeza y me tapé los oídos, como si con eso dejara de escuchar tan terribles y funestas palabras. Corrí como un desesperado. Al llegar a mi destino me formé en una larga fila. No habían pasado ni diez minutos cuando un contingente de nuestros soldados nos advirtió:

—No tardan en atacar los alemanes. No pueden permanecer aquí. Regresen a sus casas.

En ese momento se oyó una sirena. La gente empezó a correr, a huir por todas partes. Yo estaba a punto de hacer lo mismo cuando una bomba cayó a escasos metros. La explosión fue tan fuerte que me lanzó por los aires. No supe más de mí, quedé desmayado.

Oí voces que me parecían lejanas e incoherentes. Al abrir los ojos, vi enfermeras y doctores que caminaban a toda prisa.

Me encontraba acostado sobre una camilla. Traté de levantarme y no pude. Con mucho esfuerzo llegué a sentarme. Me dolía todo el cuerpo. Tenía manchas de sangre en la ropa. Miré alrededor. Aquello parecía más una carnicería que un hospital. Había soldados muertos o que agonizaban. Muchos de ellos estaban mutilados u horriblemente heridos, ensangrentados por completo.

Los doctores hacían hasta lo imposible por salvarles la vida, pero parecía una empresa enteramente inútil.

Una enfermera, al verme, me preguntó cómo me sentía.

—¿Qué me pasó? —fue todo lo que atiné a responder.

—Cayó una bomba. Fue algo terrible. Todos los que estaban allí murieron. Excepto tres personas. Una de ellas, usted...

Me revisó las heridas.

—Es un verdadero milagro que siga con vida —dijo la enfermera.

—¿Hace cuánto que ocurrió lo de la bomba?

—Unas veinte horas, no más —respondió.

En ese momento la imagen de mis hijos invadió por completo mis pensamientos. Si estaba herido, dejó de importarme. Si a punto de la muerte, también. Lo único que me importaba eran ellos, saber que estaban bien. Debía ir a su lado.

Intenté ponerme de pie. La enfermera quiso detenerme.

—¿Qué hace? Está malherido.

Me instó a quedarme tranquilo, en reposo. No hice caso.

—¡Mis hijos! —le respondí.

Trató de sujetarme, pero me zafé de sus manos. Apuré el paso y, una vez que me sentí confiado, corrí a toda velocidad. Salí del hospital sin dejar de pensar en mis niños. Me preguntaba cómo estarían. ¿Y si algo les hubiera pasado?, me preocupé. Recordé mi

promesa. Les había prometido protegerlos y no lo hice. Me imaginaba que habían pasado por la experiencia de otro bombardeo, y lo habían hecho solos, sin más compañía que ellos mismos. Pobres. Eran unos inocentes en medio de la guerra.

No quise tener pensamientos funestos, sólo confiaba en que hubieran seguido mis instrucciones. Rezaba por que, al escuchar la sirena de alerta, se hubieran metido al sótano.

Sin embargo, como si se tratara de un súbito latigazo, la preocupación empezó a crecer en mí y un angustioso pensamiento empezó a invadirme. Jamás les dije que, tras el bombardeo, debían salir del sótano. ¡Pero no les había dado la llave! Si la puerta se cerraba, sólo podían volver a abrirla desde dentro con la ayuda de esa llave...

¡Y esa llave, su única salvación, la tenía yo colgada de mi cuello!

Me los imaginé encerrados, acaso en completa oscuridad. La ventilación, además, estaba obstruida con los libros. “Diego, Diego”, me reproché, “reparaste la gotera pero no lo demás. ¡Cómo fuiste tan indolente, tan insensato!” Temí lo peor. Si estaban en el sótano, el oxígeno se agotaría y ellos perecerían por asfixia. Qué miedo, qué angustia sentí. Eran mi tesoro, el tesoro que Sofía me había dejado en custodia, y yo los había descuidado. Corría con desesperación y lloraba de tan sólo pensar que algo malo les hubiera pasado. Eran lo único vivo que me quedaba del gran amor a Sofía.

Procuré alejar esos pensamientos y seguir corriendo. Lo hice de manera lastimosa, merced a mis heridas. A ratos sentía que me faltaban las fuerzas para continuar. A ratos sólo la ilusión de volver a abrazar a mis hijos me devolvía la cordura.

## XLVI

Camino a casa vi los daños causados por los bombardeos. Escombros, incendios, gente herida y muerta por todas partes. Era como vivir en carne propia una pesadilla. No podía dar crédito a lo que veían mis ojos. Al dar vuelta en una esquina, mi corazón casi se paralizó. Ahí, donde debía erguirse mi casa, no había nada, sólo ruinas. Estaba totalmente derrumbada.

Con el alma en un hilo, la respiración agitada, me dirigí inmediatamente al sótano. La entrada estaba bloqueada con escombros. Quité piedras, ladrillos, maderas astilladas. La puerta estaba abierta.

—¡Layla! ¡Simón! —comencé a gritar—. Soy su papá. Ya estoy aquí. ¿En dónde están?

Bajé las escaleras y lo único que me respondió fue el silencio. Estaba al borde de las lágrimas y de volverme loco.

Salí del sótano y los busqué entre las ruinas. Gritaba sus nombres. Lloraba al hacerlo. Encontré la inseparable muñeca de Layla. Estaba aplastada y desfigurada. Pensé lo peor. Me puse de rodillas, estrujé la muñeca contra mi pecho y grité con todas mis fuerzas.

Qué momento tan triste, tan de derrota. Grité con desesperación hasta que mi voz se fue apagando poco a poco. Sentía que el alma se me desgarraba.

Así me quedé, arrodillado, gritando, no sé durante cuánto tiempo más. Perdí la noción de todo.

Tenía la mirada perdida, el alma deshecha por completo. Para mí era el fin de los mundos.

Pero de pronto, como si provinieran de una espesa bruma, escuché gritos:

—¡Papá! ¡Papá!

Eran las voces más bellas que jamás pude imaginar.

Levanté la vista, me enjugué las lágrimas y pude verlos a lo lejos. Eran Layla y Simón, acompañados por mi hermana.

Los vi correr con sus rostros alegres y los brazos abiertos, impacientes por abrazarme.

—¡Papá! ¡Papá! —volvieron a gritar.

Los abracé con todas mis fuerzas. Quería fundirlos a mí. Les decía una y otra vez que los amaba. Fui el hombre más feliz de la vida. La fe regresó a mí de un solo y magnífico golpe. Sentí renovadas la esperanza y la fuerza para enfrentar cualquier cosa por mis hijos.

A mi hermana también la abracé y la besé. No dejaba de decirle:

—Gracias, muchas gracias por salvar a mis hijos...

Ella me veía y se compadecía de mí.

—¡Diego, estás herido!

Mis hijos se dieron cuenta de mis ropas ensangrentadas, de mi aspecto mal herido, y se entristecieron:

—¡Papito! —volvían a abrazarme con ternura, a punto de llorar.

—No, no. Estoy bien —trataba de calmarlos—. Ya les contaré lo que sucedió. Fue como un milagro. Pero quiero que ustedes me digan dónde estaban, qué sucedió. La casa está destruida. El bombardeo... ¡Tenía tanto miedo que algo malo les hubiera pasado!

Mi hermana respondió, con lágrimas en los ojos:

—Tus hijos están a salvo, pero no me lo agradezcas a mí. Yo fui al refugio para los familiares de los militares, pero cuando llegué las bombas de los alemanes lo habían destrozado por completo. Le pregunté a un soldado por mi esposo. Me dijo que ignoraba su paradero, pues las tropas habían sido movilizadas en su totalidad contra el enemigo y se enfrentaron en una terrible batalla. Fue una carnicería. Pocos se salvaron. Diego, ¡no sé si vive o no mi adorado esposo!

Helena se puso a llorar.

—No te preocupes —traté de calmarla—. Es un buen soldado, de los mejores que

tiene Francia, y sabrá defenderse. De seguro está vivo, peleando contra los invasores.

Mis hijos, mientras tanto, no dejaban de abrazarme y de llenarme de besos.

Yo mismo abracé a mi hermana y le dije, en verdad conmovido:

—¡Ah, cómo te agradezco este momento de felicidad! ¡Tú los salvaste de una muerte segura, Helena! ¡Te quedaré eternamente agradecido!

Mi hermana me interrumpió:

—No, no, Diego, yo no los salvé. Fui a buscarlos, también aterrada por los estragos causados por el bombardeo. Vi las ruinas en que quedó convertida la casa y pensé lo peor. Pero ellos estaban sanos y salvos. Ni un rasguño. Y no dejaban de preguntar por ti.

Su respuesta me dejó intrigado.

—¿Cómo que no los salvaste? Entonces, ¿qué pasó?

—Ay, Diego. Es una historia maravillosa. Ellos me la contaron. Que te la cuenten ellos mismos...

## XLVII

Me puse de rodillas. Le pregunté a Layla. Éste fue su relato:

—Papá, fue horrible. Sonaron las sirenas de alarma y Simón se asustó mucho. Lo tomé de la mano. Tal y como nos aconsejaste, fuimos directamente al sótano. Por fortuna, la puerta estaba abierta.

”Entramos y nos quedamos a la espera. Escuchamos primero los aviones y después el silbido de las bombas que caían sobre nosotros. De pronto, las explosiones. Fue horrible. La casa retumbaba, lo mismo que nuestros corazones. Una bomba se escuchó como si hubiera explotado encima de nosotros. Del impacto, la puerta del sótano se cerró de un solo golpe. Todo quedó completamente a oscuras. Simón empezó a llorar y yo a preocuparme. Traté de abrir pero me fue imposible. Me di cuenta de que estaba corrida la cerradura y que necesitábamos de una llave para abrirla...”

No pude evitar que un estremecimiento me sacudiera.

La llave colgaba de mi cuello y yo no se la había entregado. Qué negligente, qué testarudo me sentí. Peor aún, porque no había cumplido el último deseo de Sofía: darle la llave a Layla. Me sentía culpable de su miedo y de su angustia. Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Y qué más? ¿Qué pasó? —quise saber.

—Empecé a gritar para pedir ayuda —agregó Layla—, para que alguien nos abriera. Al principio, mis gritos eran acallados por el caer de las bombas. Las explosiones se escuchaban arriba de nuestras cabezas. Ya ves cómo quedó la casa, papá, totalmente

destruida.

—Sí, sí, pero lo importante es que ustedes estén vivos, por completo sanos y a salvo —los abrazaba.

Luego pregunté:

—Ahora, díganme, ¿cómo se salvaron? ¿Quién los ayudó?

Simón respondió:

—Mi mamá —dijo con tierna entereza.

—Sí, ella fue —lo secundó Layla.

Creí no haberlos escuchado bien. Me acerqué.

Fue Simón el que continuó el relato:

—Papá, fue horrible. Nadie nos hacía caso con nuestros gritos. Pasamos muchas horas así, sin que nadie viniera en nuestra ayuda. Creímos morir. No había aire allá abajo. Nos costaba trabajo respirar y, además, teníamos mucha hambre. De pronto, la puerta se abrió. Salimos rápido, agradecidos por quien nos hubiera salvado. Al salir, la luz del sol nos deslumbró. O acaso no fue el sol sino una luz muy especial. Y, entonces, la vimos. ¡Era mi mamá! Empezamos a gritar y a dar saltos de alegría. “¡Mamá! ¡Mamá!”, le decíamos. Pero ella lo único que nos dijo fue: “¡Corran!”

—Con la mano señaló la dirección hacia donde teníamos que correr —intervino Layla—. Corrimos y corrimos. Nos asustó la destrucción, las ruinas en que había quedado nuestra casa, los escombros. Unos metros más adelante escuchamos a la tía Helena, que nos llamaba: “¡Niños, aquí!”, nos decía. Luego te encontramos a ti —concluyó mi hija.

Yo estaba profundamente conmovido y asombrado. Me dejé llevar por su relato y busqué a Sofía. La busqué con la vista y con el corazón. Mi alma estaba a flor de piel. Cerré los ojos y me imaginé al amor de mi vida. “Sofía”, la llamaba. Todo era una ilusión, claro. Ella no estaba, se había ido para siempre. Aun así, me dirigí a ella con toda la fuerza de mi alma: “Gracias. Gracias, Sofía, por cuidar de nuestros hijos”. Me sentí confortado. Me invadió una paz interior que hacía tanto que no experimentaba. Abracé a los niños y empecé a llorar de alegría.

Layla me preguntó:

—Papá, ¿por qué mamá no puede quedarse con nosotros? La necesitamos y la extrañamos.

—Mucho —agregó Simón.

Lo único que se me ocurrió decir fue:

—Hijos. Su mamá siempre va a estar en nuestro corazón. El amor que le profesamos es eterno. Sólo que ahora debemos amarla de una manera diferente. Antes podíamos verla, abrazarla y besarla. Ahora la podemos sentir. Sabemos y sentimos que está con nosotros. Y podemos hablar con ella cuando queramos. Una vez su mamá me dijo: “Diego, el amor es perfecto y nunca se acabará. Sólo cambian las formas”. Eso es lo que cuenta: que el amor que sentimos por ella es perfecto y nunca acabará.

Nos dimos otro abrazo y sonreímos como hacía mucho que no lo hacíamos.

## XLVIII

Los siguientes días fueron de mucha alegría y también de mucha tensión. “El milagro”, le llamábamos a la forma como fueron salvados de morir en el sótano. “Fue mi mamá”, los niños insistían en que ella había sido. Ahora se preguntaban dónde estaba, por qué no se aparecía otra vez. La extrañaban, no podían apartarla de sus mentes ni de sus corazones. Yo notaba sus caritas tristes y al mismo tiempo esperanzadas. Procuraba no apartarme de ellos. Me volví a prometer que los cuidaría para siempre. El panorama, sin embargo, no era muy alentador. Habíamos perdido nuestro hogar. Mi hermana, toda bondad, nos ofreció su casa y nos mudamos. Pero la guerra continuaba y, con ella, toda su incertidumbre y terrible realidad.

Los alemanes habían ganado, pero seguían hostilizando a la población. Se hablaba de ejecuciones sumarias y de detenciones arbitrarias.

Desolado por la derrota de nuestro ejército, a ratos me dejaba abatir por el pesimismo. Me dedicaba a escribir y a escuchar la radio. Un día, el nuevo gobierno, el de Vichy, que colaboraba con los alemanes, ordenó que todos los ciudadanos franceses, ya fueran hombres o mujeres, acudieran con sus papeles de identificación al centro de París.

Obedecí la orden, le dije a Helena:

—Voy a ir yo primero, te encargo a los niños.

Mi sorpresa fue mayúscula. Al llegar me encontré con que el centro de París era irreconocible. Había casas derrumbadas por doquier. Los alemanes actuaban como si las calles y las vidas de los franceses les pertenecieran. Hombres, mujeres y niños caminaban con rostros hambrientos y desolados. Muchos de ellos habían perdido su hogar y cargaban baúles o maletas como únicas pertenencias.

Sentí vergüenza de nuestra derrota. Los soldados alemanes nos empujaban e insultaban para guiarnos hasta un lugar donde había ocho filas repletas de gente. Rifle en mano y apuntándome, uno de los invasores me indicó dónde formarme. Fueron cuatro horas de sentirme indignado hasta que llegó mi turno.

Un soldado alemán me entrevistó. Tenía insignias por todas partes. Ostentaba orgulloso el emblema de las S.S., el temido cuerpo de élite, un grupo selecto de soldados conocido por su sadismo, sangre fría para matar y cotidianos excesos contra la población.

—¿Cuál es su nombre y a qué se dedica? —me preguntó.

Era rubio, de ojos azules y enorme, de casi dos metros de estatura.

A su lado estaba otro soldado, cuya función era traducir el interrogatorio.

—Soy escritor y trabajaba en una editorial. Escribía artículos del tema que fuera: política, religión, etcétera —contesté en perfecto alemán.

Los soldados me vieron con azoro, debido a mi buena pronunciación.

—Soy curioso por naturaleza —expliqué—. Además, me gustan los idiomas. Aprendí alemán en la universidad.

Me hicieron dos preguntas más:

—¿Sabe escribir en alemán?

—Sí.

—¿Cuántos familiares tiene?

—Mis dos hijos —contesté.

Revisó a detalle mis documentos de identidad. Me los regresó, no sin antes decir, con la autoridad y el tono de una orden:

—Su trabajo cambiará de ahora en adelante. Preséntese mañana a las seis de la mañana en esta dirección. Si llega tarde o no se aparece, considérese hombre muerto.

Me entregó una hoja con un sello y me despidió con un ademán de desdén.

Al llegar a casa, Helena me abrazó y me preguntó con ansiedad y visiblemente preocupada:

—¿Cómo te fue Diego? ¿Pudiste averiguar algo de mi esposo?

Fui sincero y le dije toda la verdad.

—No, Helena, nada pude indagar. Son tiempos peligrosos. París y toda Francia es un caos. La gente está asustada. Un soldado alemán me ordenó presentarme a trabajar mañana en este lugar. Si no lo hago, me matarán.

Helena lloraba sin parar, le dolía hasta el alma no saber si su esposo estaba vivo o muerto. El solo pensar que estaba vivo y sufriendo de hambre, frío o maltrato llevó a mi hermana a una profunda angustia y tristeza permanente.

Me dijo:

—Diego, tengo un presentimiento, siento que mi esposo ya está muerto. Y no puedo vivir con esta angustia, quiero que alguien me lo diga, quiero ver su cuerpo, quiero enterrarlo. No puedo seguir viviendo así. Ayúdame, por favor.

—Helena —respondí—, haré todo lo posible para saber el paradero de tu esposo.

La abracé hasta que se fue calmando poco a poco.

Le recordé:

—Mañana tienes que ir al interrogatorio. Por favor, relájate. Contesta sólo lo que te pregunten y no se te ocurra indagar sobre el general, eso déjame a mí.

Ella sollozaba y yo podía entenderla. Pensar en la posibilidad de que su marido estuviera muerto o agonizando no la dejaba en paz, por más que yo le diera palabras de consuelo o esperanza. Simplemente la dominaba el sentimiento de saber que la persona que amaba probablemente estaba sufriendo o había muerto y ya no la vería nunca más.

Tomé con firmeza a mi hermana de los brazos y le pedí que me mirara a los ojos.

—Te prometo —le dije— que voy a averiguar qué ha pasado con tu esposo.

El Gran General, como lo llamaba.

## XLIX

Llegué a la cita una hora antes, sabedor de que mi vida dependía de mi esmero y puntualidad. Era en un sitio a las afueras de París, cerca de la casa de mis abuelos.

El lugar estaba por entero cercado y muy fuertemente vigilado, con un par de soldados apostados cada veinte metros a su alrededor. En medio se hallaba un galerón enorme con ventanas provisionalmente enrejadas y una humeante chimenea al final de la construcción.

Al llegar a la entrada, entregué la hoja que me habían dado. La leyeron y me miraron con desconfianza, pero terminaron por franquearme el paso. Yo tenía miedo y sudaba frío. Me preguntaba si no sería una trampa para matarme, lejos de las miradas de mis compatriotas, al saber que el esposo de mi hermana era general o por los registros castrenses, donde encontrarían con facilidad que mi padre había sido militar.

Pasaban mil cosas por mi cabeza. Jamás había estado en un momento tan crucial en mi vida, y sólo pedía mantenerme vivo para poder cuidar a mis hijos.

Fui escoltado por un par de soldados que me condujeron al interior del galerón. Había poca gente, a lo sumo cuatro personas y un oficial, que parecía estar al mando.

En cuanto me acerqué, el oficial comenzó a darme instrucciones. Lo hizo sin mayor preámbulo, con un tono indudablemente duro y enérgico. Agregó:

—Deberá traducir al alemán los documentos que le daremos. Si lo hace mal o nos miente, lo mataremos. Aquí no es lugar para la mentira o la compasión.

Me di cuenta de la índole de mi trabajo y de la función de aquel galerón, junto con el enorme terreno donde se ubicaba.

Era un centro de operaciones de inteligencia, dedicado a localizar y capturar a los opositores de la presencia alemana en Francia. Los documentos que debía traducir daban constancia de los planes de la resistencia francesa para llevar a cabo acciones de guerrilla, atentados contra cuarteles y oficiales alemanes, así como acciones subversivas destinadas a vulnerar la moral alemana.

Me alegró saber que muchos de mis compatriotas luchaban por lograr la liberación de mi querida Francia, pero me entristeció saber el destino que corrían muchos de esos valientes. Atrás de la casa había un sitio donde eran arrojados sus cadáveres. Cada día llegaban convoyes con su macabra carga. Los tiraban sin ningún tipo de misericordia, cual si se tratara de bultos y no de humanos. Ahí, un grupo de hombres los despojaba de sus relojes, billeteras, anteojos y cualquier tipo de papel o documento que llevaran.

Ésos eran, precisamente, los papeles que yo debía traducir.

Día a día cumplí con mi trabajo. Cada noche, de regreso a casa, me encontraba con la mirada de mi hermana, que esperaba que le dijera algo sobre su esposo. Yo, por supuesto, me sentía tan mal de no poder decirle nada al respecto, además de que me avergonzaba del trabajo que hacía: colaborar con los alemanes para aniquilar la resistencia francesa.

Mi trabajo de traducción me parecía una labor indigna. Me asqueaba lo que hacía. No me sentía bien conmigo mismo. Menos aún cuando me fui enterando de otras acciones que se llevaban a cabo en ese terrible sitio. Por la noche, por ejemplo, volvían los camiones, los cargaban de nuevo con los cadáveres ya despojados de todas sus pertenencias y se los llevaban con rumbo desconocido.

Yo elevaba una plegaria por aquellos hombres que habían luchado por liberar a Francia de los alemanes y por el eterno descanso de su alma.

Me decía que debía empuñar un arma y combatir a los invasores. Nada hice, sin embargo, sabedor de que debía conservar la vida para proteger a mis hijos.

Difícil vivir en esas condiciones, pero eran los tiempos que me habían tocado vivir.

## L

Una noche, al regresar a casa de mi hermana, me encontré en la puerta a dos personas que me esperaban. Una de ellas era una señora de cabello blanco, anteojos y cara muy arrugada. La acompañaba un señor de la misma edad que usaba bastón y tenía dificultad para moverse.

—¿Diego Piaf? —me preguntaron.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarles?

—Usted es la única persona que puede ayudarnos a saber dónde está mi hijo —dijo el anciano.

—Señor, le informaron mal. No tengo idea de lo que me habla.

—Le rogamos que nos ayude —insistió el viejo.

—Sólo queremos saber si nuestro hijo está muerto. Y si lo llevaron allá —intervino la anciana.

—No entiendo. ¿Dónde allá? —pregunté.

—Llevamos una semana buscando a nuestro hijo. Lo hacemos día y noche sin descanso. Sufrimos por no saber de él. Ésta no es vida, ya no podemos más. Somos unos ancianos. ¿Usted sabe lo que es perder un hijo? ¿Perderlo y, además, no saber dónde está? Nosotros no sabemos si está vivo o muerto. Creemos que los alemanes lo

llevaron al Infierno, el lugar donde usted trabaja.

¿El Infierno? ¡Así que tal era el nombre que le daban a aquel sitio!

Esa revelación me tomó por sorpresa. De nueva cuenta me enfurecí, me indigné contra mí mismo. Me volví a sentir un traidor por trabajar en el Infierno para nuestros enemigos.

—Los alemanes son muy meticulosos —dijo el anciano—. Llevan un registro detallado de todo. Si nuestro hijo fue llevado al Infierno, su nombre debe aparecer en una lista, en un archivo, en la documentación que manejan.

Recordé que en la planta superior se encontraba una larga habitación destinada a servir como archivo.

Les dije:

—Señores, aunque tengan razón, e incluso aunque yo estuviera dispuesto a ayudarles, no puedo. No tengo acceso a las listas de las personas que son llevadas a ese lugar. Todo está perfectamente vigilado. Es imposible ayudarles. Además, si lo hago, la vida de mis hijos y la mía estarían en peligro.

Los ancianos estuvieron a punto de retirarse, tristes y avergonzados de mi proceder, pero ella detuvo su paso y, mirándome fijamente, me dijo:

—Señor Diego Piaf, tal vez usted esté en el Infierno por algo.

Tal aseveración me hizo temblar.

El anciano la secundó:

—Lo que le dice mi esposa es cierto. ¿No se ha puesto a pensar que usted está ahí por alguna razón? Tal vez esa razón ahora le resulte incomprensible, o tal vez sólo se disfrace de tratar de proteger a usted y su familia. Pero piénselo, medítelo. La vida no se equivoca: usted está ahí, en el Infierno, para ayudar.

—Se lo ruego: ayúdenos —pidió la anciana.

Experimenté, al escucharlos, un estremecimiento en todo el cuerpo. Empecé a sentir miedo, un miedo terrible. Tenía miedo de morir, pero también de no hacer lo correcto.

Tal vez decían la verdad y yo me encontraba en el Infierno por alguna razón.

## LI

No pude dormir. En todo momento me cuestionaba qué hacer. Me debatía entre la comodidad de no hacer nada y la inquietud de cumplir con mi deber. Podía ser un cobarde o un héroe, quedarme callado o actuar. La pregunta era: ¿cómo conseguir información en un archivo tan vigilado por los alemanes?, ¿cómo hacerlo sin ser descubierto?, ¿cómo, sin riesgo de morir?

Al día siguiente, aproveché un momento en que el oficial a cargo del Infierno salió de la casa para subir las escaleras y llegar al archivo. Un par de soldados me marcaron el paso.

—No está permitido entrar aquí —me indicaron.

Volví a ocuparme de mis asuntos. Traducía los papeles que me daban. Aun así, no podía concentrarme. Mi mente estaba ocupada en cómo tener acceso al archivo. De pronto, experimenté una cierta incomodidad. Me sentí observado. Volteé y me encontré al oficial alemán, que no dejaba de mirarme.

Me sentí descubierto. Creí que el oficial alemán podía leer mis intenciones, mis pensamientos. Me puse nervioso, las piernas me temblaban. Temí que en cualquier momento daría la orden para que fuera llevado al paredón de fusilamiento.

El oficial se acercó a mi escritorio sin dejar de fijar la vista en mí.

—¿Le pasa algo? —preguntó con falsa caballerosidad.

—Nada. Todo está bien —contesté con la mirada aviesa, como un niño al que han pescado en una travesura.

—Muéstreme las palmas de su mano —me ordenó.

Obedecí sin chistar.

El oficial las tocó. Mis manos temblaban y sudaban.

—Usted fragua algo. Sus manos delatan su nerviosismo: tiemblan y están húmedas. Se lo advertí. Aquí no hay sitio para la compasión ni la mentira. Su equivocación le costará la vida.

Cogió su pistola y me apuntó directo a la cabeza.

—¡No! Mi hijo está muy enfermo —fue lo primero que se me ocurrió decirle—. Por eso me ve distraído y nervioso. Estoy preocupado. Ayúdeme.

El oficial, sin dejar de apuntarme, sonrió. Su sonrisa me pareció maligna, mefistofélica.

—Son sus palabras y tendrá que probarlas —sentenció.

Me agarró bruscamente del brazo y me arrastró hasta su auto, al que subimos. Le di mi dirección al chofer. Nos dirigimos a casa de Helena.

## LII

Yo temblaba. “¿Qué he hecho?”, me preguntaba. “No sólo me van a matar a mí sino a toda mi familia”. Mi miedo había sido tal que ahora, sin quererlo, ponía en peligro a quienes más amaba. Yo trataba de entender mi proceder pero nada justificaba lo que había hecho. Quería llorar. Sin embargo, contuve las lágrimas. Me sentía frustrado,

impotente. Sentí que volvía a traicionar a mis hijos. Y a Sofía. A ella le decía: “Sofía, por favor, perdóname. Es mi culpa. Te fallé de nuevo”.

Llegamos. Yo seguía temblando de miedo.

Layla estaba en la ventana, me vio y sonrió.

—¿Cuántos hijos tiene usted? —preguntó con dureza el oficial.

—Dos —contesté con temor, al tiempo que tocaba la puerta.

Helena abrió. Su rostro mostraba una evidente preocupación. Ignoró a los alemanes que me acompañaban. Me tomó de las manos y con gran pesadumbre me dijo, como a punto de derrumbarse:

—Diego, qué bueno que estás aquí. Tu hijo está muy enfermo. Simón no puede respirar, el pobrecito —y se dejó llevar por las lágrimas.

Me quedé atónito.

—¿Qué dice esta mujer? —preguntó el oficial.

Le traduje sin apenas importarme. Subí con rapidez las escaleras y me dirigí al cuarto donde yacía Simón.

Él estaba morado y respiraba con mucha dificultad.

Me quedé paralizado. No sabía qué hacer.

—¡Un médico! ¡Un médico! —empecé a gritar.

El oficial me tomó del hombro y me apartó. Sacó a Simón de la cama, lo inclinó, le golpeó la espalda en varias ocasiones. Como no tenía los resultados que esperaba, abrazó y oprimió entre el estómago y el pecho de mi hijo. Lo hizo un par de veces. A la tercera Simón escupió un objeto. Era la pieza de un juguete, que se le había atorado en la garganta.

Pudo respirar, si bien trabajosamente. Aspiraba el aire como si se tratara del don más preciado. Empezó a recuperar el color y el ánimo.

—¡Gracias! —le dijo al oficial alemán y luego me abrazó con fuerza.

—¡Papá! ¡Papá! —me decía.

No hubo tiempo para más. Fiel al rigor y la disciplina militares, el alemán me agarró del brazo y me condujo de regreso al auto y de ahí al Infierno.

En el trayecto no dejaba de asombrarme por lo que había pasado. Si no hubiera sucedido lo que sucedió, si el oficial no hubiera sospechado de mí, tal vez en la noche, al llegar a casa, me habría encontrado muerto a Simón. ¿Era un milagro? ¿Una coincidencia? No lo sabía. Lo importante era que mi hijo seguía con vida.

Todo ello me hizo recordar a los ancianos que me habían visitado en días pasados y su petición de ayudarles para saber qué había ocurrido con su hijo. Reflexioné sobre ello. Tal vez estaban en lo cierto y yo me encontraba en el Infierno por alguna razón. ¡De no haber estado ahí en el Infierno mi propio hijo no se habría salvado! Pero tal vez todo había sido una afortunada casualidad y nada más. ¿Qué hacer? Me decidí a no hacer nada. Acaso lo mío era pura cobardía. Pero no podía arriesgar mi vida ni la de mis hijos por complacer a esos ancianos. “No pienso ayudarlos”, me dije.

Así, mi trabajo continuó como si nada. Un día el oficial alemán se me acercó y, sin siquiera saludarme, me dijo, como si se confesara:

—Perdí un hijo mientras cumplía con mi deber. Es lo más doloroso que me ha sucedido en la vida. Tú estuviste a punto de perder el tuyo.

No dijo más. El alemán se dio la media vuelta y se fue. Por la tarde un soldado me informó que el oficial me buscaba, que pasara con él.

Llegué a su oficina, me pidió que me sentara, me comunicó:

—A partir de mañana, cada vez que llegue un convoy alemán usted recibirá los documentos. Está autorizado para entrar al archivo y guardarlos. Todo tiene un orden. Es el mismo orden con el que quiero que usted cumpla su trabajo.

No entendía bien a bien por qué, pero me habían dado el tan anhelado acceso al archivo. Empezaba a creer que algo superior a mi comprensión colocaba todo en su lugar. Por eso la coincidencia de llegar a tiempo para salvar a Simón, por eso ahora la autorización para entrar y salir del archivo. O tal vez aquello sólo se debía a algo más simple: la complicidad que se había dado entre el oficial alemán y yo, con motivo de nuestros hijos.

Como fuera, se trataba de una buena ocasión para ayudar a los ancianos y, de paso, enterarme de los nombres y movimientos de la resistencia francesa. Acaso así podría ayudarlos, aunque al principio no supe cómo ni en qué circunstancias.

Por fin, una tarde, ya ganada la confianza de los soldados de guardia, busqué en el archivo el nombre del hijo de los ancianos. Lo encontré con facilidad. Su documentación venía acompañada de un minucioso reporte que informaba de sus actividades. Lo tachaban de peligroso subversivo. Formaba parte de una célula de la resistencia. Era un partisano valiente y destacado. Planeaban un atentado contra un oficial de alto rango, antes de que un traidor los denunciara y los alemanes supieran dónde se reunían. Una noche los emboscaron y todos fueron asesinados.

Al salir de mi trabajo me dirigí a la casa de los ancianos. Vivían cerca de mi hermana. Toqué su puerta. Me abrieron los dos, ambos con su aspecto apesadumbrado y mirada triste.

—Señor Piaf —me saludaron.

Entré a su casa, cuidándome de no ser visto por los alemanes. Aguardaron ceremoniosos mis palabras, si bien ya parecían conocer la revelación que esperaban:

—Lamento decir que su hijo ha muerto. Fue asesinado por los alemanes. En efecto, lo llevaron al Infierno, donde fue despojado de sus pertenencias. Me uno a su pesar. Su hijo fue un valiente que entregó la vida por la liberación de Francia...

Los abracé en verdad conmovido. Ellos continuaban tristes, pero algo en su interior había cambiado, como si les hubieran quitado un enorme peso de encima. Me explicaron:

—Gracias, señor Diego. Nosotros, aunque intuíamos su muerte, no podíamos quedarnos sin saber lo que realmente le había sucedido. Ahora lo sabemos. No nos hace feliz saberlo, pero es mejor que vivir con la incertidumbre de su paradero. Descansan

ahora nuestros angustiados corazones. En efecto, fue un valiente y en nuestro recuerdo siempre lo será. Gracias de nuevo. En el fondo de nuestra alma sabíamos que usted nos ayudaría.

Me sentí triste por ellos, pero muy satisfecho con lo que hice. Fue como haber librado una pequeña batalla contra los alemanes y haberla ganado.

### LIII

En cuando Helena supo lo que había hecho por los ancianos, me pidió indagar en el archivo si había algún documento sobre el general.

Sentí alivió al percatarme de que estaba en el lugar correcto para investigar qué había pasado con su esposo.

—En cuanto pueda, lo haré —le dije a mi hermana.

Al día siguiente estuve buscando información. No encontré nada con su nombre, pero se me ocurrió buscar por fecha. Conocía el mes en que había sido enviado al frente con 400 hombres a su cargo.

Di con un documento en el que los alemanes informaban que la operación *Emboscada* había sido un éxito. No podía ocultar mi ansiedad por seguir leyendo, pues quería saber qué había ocurrido. Traté de tranquilizarme. Respiré lentamente. Leí. Así me enteré de que aquellos 400 soldados franceses habían sido barridos por la artillería alemana. Todos estaban reportados como muertos.

De ello se encargó primero el grupo A alemán, que llegó a atacar de manera frontal a las tropas francesas en la frontera de Francia con Bélgica. Las tropas francesas opusieron resistencia, pero el grupo B alemán los sorprendió por la retaguardia. Los 400 soldados nuestros se vieron rodeados, sin escapatoria. El resto lo hizo la artillería. Fueron bombardeados sin misericordia. El documento alababa al ejército germano y señalaba que, tras esa victoria, estaba abierto el camino a París.

Suspiré agobiado por esas noticias, y al hacerlo elevé una plegaria por el general y todos y cada uno de sus hombres. Cayeron luchando por nosotros.

Se mencionaba en ese informe que las muchas pertenencias de los franceses fueron recogidas y guardadas en un archivo especial con la referencia de la operación *Emboscada*. Sin dudarlo fui a buscar el archivo y lo encontré justo al otro extremo del pasillo. Lo abrí inmediatamente y encontré placas de los soldados, insignias, fotografías. Después de tanto buscar, encontré la placa militar de identificación del general. Tenía grabado su nombre. Pensé esconderla entre mis ropas y llevársela a mi hermana, pero me contuve. En caso de que me descubrieran me matarían a mí y a toda mi familia. Ahí

estaba siempre la amenaza de una pistola apuntándome para cobrarse lo que ellos consideraran la más mínima traición. Pero también estaban mi dignidad propia y mi patriotismo. Tomé una de las decisiones más difíciles de mi vida. Hoy lo veo como un verdadero acto de valentía. En ese entonces fue lo que me dictaba la conciencia: en memoria del general, saqué su placa y la guardé en uno de mis zapatos.

Al llegar a casa esa noche, mi hermana me esperaba. Algo parecía intuir. Me vio llegar desde la ventana y salió a mi encuentro. Fue ella la que abrió la puerta. Lo notó acaso en mi mirada, triste y apesadumbrada. No pude decir ninguna palabra. Sólo sujeté su mano y le entregué la placa del general.

Ella la tomó con una mezcla de tristeza y ternura y la acercó a su pecho. Era como si quisiera que se quedara dentro de su corazón. Se puso entonces a rezar. La abracé y ella me abrazó. Fue un abrazo fuerte, profundo. Estaba afligida, pero percibí la paz que también la embargaba por saber al fin el destino de su amado. Ella lo había imaginado herido de gravedad, en medio de una agonía terrible. A veces escuchaba su voz que le decía: “Perdóname, Helena, por no estar a tu lado”. Ahora podía descansar. Era terrible saberlo muerto, pero al menos ya conocía lo que había sucedido. No más especulaciones ni esperanzas vanas.

Tomó mi rostro entre sus manos y me miró agradecida. Me dijo:

—El general vivió y murió con valor. Lo hizo luchando por lo que más quería, su país.

En efecto, todos los que conocimos al Gran General sabíamos que daría su vida por su amada Francia. Así lo hizo mientras pudo defenderla con todo su valor y coraje.

Y con toda seguridad, en su último suspiro antes de morir, pensó en su amada Helena.

## LIV

Al día siguiente me encontré con una sorpresa. Fuera de casa me esperaba una señora, que también quería indagar el paradero de su hijo.

—¡Por favor, ayúdeme! —suplicó.

Se había corrido la voz. Los ancianos, agradecidos, se habían encargado de informar a quien lo necesitara que yo podía ayudarles. Me sentí halagado, pero también me asusté. ¿Y si los alemanes se enteraban? Me matarían enseguida.

Traté de ser cauto y precavido.

Negué poder hacer lo que me pedían. Negué incluso que conocía a la pareja de ancianos. Algunos se alejaban tristes y desilusionados. La mayoría, sin embargo, insistía:

—Es usted un hombre valiente —me decían—. Ayúdenos.

Sucedió con una señora que, acompañada de dos hijos pequeños, me abordó:

—Señor Diego, ayúdeme a encontrar a mi esposo, que ha desaparecido. Se lo ruego. Si no quiere hacerlo por mí, hágalo por ellos, que lloran la ausencia de su padre.

Igual sucedió con una mujer joven:

—Busco a mi prometido. Salió a la calle la semana pasada y no ha regresado. Tal vez lo han hecho prisionero los alemanes. O tal vez, Dios no lo quiera, lo han matado. Ayúdeme a encontrarlo, por favor, que estoy desesperada.

Otro día fue un anciano, pobre y desvalido, que apenas podía caminar, usaba un bastón y era invidente.

—Señor Diego —explicó—, hace unos días llegaron a mi casa unos alemanes y se llevaron a mi hijo. Por favor, usted que puede, dígame dónde se encuentra. Viejo y ciego como estoy, aún puedo empuñar un rifle y acudir en su auxilio para salvarlo.

Tomé, otra vez, decisiones muy difíciles.

No sé si considerarlo valentía, pero opté por ayudarlos. Corría peligro de muerte, es cierto, pero era mi pequeña batalla contra los alemanes. Además, me di cuenta de que, al igual que ellos, yo había perdido a un ser querido, a mi amada Sofía. No había sido por causa de la guerra sino del cáncer, pero se trataba asimismo de una dolorosa pérdida. Al ayudarlos, yo me ayudaba. Ellos habían perdido a un hijo, a un prometido, a un esposo o a un hermano. Todos y cada uno debían sobreponerse al dolor para seguir adelante. Así yo. A pesar de los riesgos y vicisitudes de la vida, debíamos continuar, poner la frente en alto y vivir con orgullo y dignidad.

Ayudé a muchos. Conocí así a gente muy valiosa. Todos estaban agradecidos conmigo. Sabían que yo arriesgaba la vida por ellos. Me ofrecían dinero pero nunca lo acepté. De vez en cuando aceptaba, eso sí, un poco de mermelada o pan, no verdaderamente para mí, sino para llevárselos a mis hijos. Nunca quise sacar provecho de mi situación. Mi verdadero pago era que ellos estuvieran en paz y que la vida volviera a fluir en sus corazones. La vida era así, a ratos dura e injusta, pero lo importante era sobrevivir.

Sobrevivir, ésa es la palabra. Yo sobreviví la guerra. Trabajé con los alemanes y me impuse mi pequeña guerra contra ellos. Así sobreviví, trabajando, ayudando, luchando, hasta que todo terminó en 1945.

Un día de 1945, los alemanes empezaron a bajar los archiveros con todos los documentos y a tirar su contenido en fosas. Les prendieron fuego para borrar cualquier evidencia de sus actos.

Nadie dio explicaciones. Todos los soldados alemanes parecían preocupados. Comenzaron a usar un listón blanco amarrado en el brazo derecho. En una ocasión llegó un auto negro de lujo, el cual pertenecía al oficial de más alto rango, el mismo que me había dado la confianza de guardar los documentos en el archivo. El hombre no dijo nada. Tan sólo se subió al auto con dos maletas y dio la orden de partir a toda prisa. Los

soldados alemanes terminaron de quemar los documentos, se subieron a un camión y se fueron. Me quedé abandonado en aquel lugar. Contemplé las llamas que provenían de las fosas. “El Infierno...”, recuerdo que pensé. Estuve ahí unas horas y luego me dirigí a casa.

## LV

Después de algunos días, se anunció por la radio la liberación de Francia. Había terminado la guerra, los alemanes habían sido derrotados.

La gente caminaba sin miedo por las calles. Se veía feliz. Además, se sentía una paz como hacía tiempo no se vivía.

Por mi parte, estaba contento.

Pero el fin de la guerra, si bien era de agradecerse, trajo consigo problemas. El primero: debía encontrar trabajo. Salía diariamente a la calle a buscarlo, sin éxito. El comercio y la vida laboral, al igual que la ciudad misma, se hallaban en ruinas.

Fui a la universidad en busca de un empleo y la encontré destruida por completo, bombardeada por los alemanes. No podía reconocer el lugar donde estudié. Había escombros por todas partes. Vi a algunos de mis colegas profesores y a otros empleados, todos ellos tristemente sorprendidos por lo que quedaba de nuestra querida universidad.

Pregunté por el director de mi facultad.

—Lo asesinaron sin misericordia —respondió uno de ellos.

—Era judío y era objeto continuo del escarnio de los nazis —dijo otro.

—Lo mataron porque se atrevió a decirles que no destruyeran la universidad.

Sentí un gran dolor en el alma. Aquellos años fueron de lo más maravilloso en mi vida. La universidad era una parte muy importante de mí. Además, en ese lugar tan especial había conocido a Sofía.

Reflexionaba: “Todavía recuerdo cuando recorrían sus jardines y pasillos muchos jóvenes deseosos de saber. Se podía percibir en el aire su necesidad de aprender. Sofía era una de esas jóvenes. Mi mejor momento, por supuesto, fue cuando la conocí. Es un bonito recuerdo que aún está tan grabado en mí como una fotografía eterna que jamás se borrará del corazón. Son recuerdos que me llenan el alma. Me hacen recordar lo feliz que fui. Son instantes que no cambiaría por nada”.

Por supuesto, era triste ver a mi querida universidad en esas deplorables condiciones. Hay lugares que nos parece que han cambiado. En nuestra memoria los recordamos de otra manera. Usualmente, el lugar es el mismo y es uno el que ha cambiado. Pero mi universidad no sólo había cambiado: la habían destruido. Aun así, aunque todo fuese

ruinas, mis recuerdos permanecían intactos en lo más profundo de mi alma.

Lloré. Caminé por entre los escombros hasta llegar al salón donde estudié alemán. Estaba partido a la mitad. Recordé a mi gran amigo Isaac. No lo dudé ni un momento: decidí ir en su busca. Encaminé mis pasos al centro de París.

## LVI

Llegué a la editorial de mi amigo. Para mi sorpresa, estaba en funciones. Al entrar, en la recepción pregunté de inmediato por el director.

—El señor Jacob falleció —me respondió un joven que no pude reconocer.

Lo comprendí entonces: uno quiere regresar a los lugares de siempre y encontrar a las personas de siempre, pero después de una guerra uno va a encontrar muchos cambios.

—Su hijo Isaac es ahora el encargado de la editorial —agregó el joven.

Le pedí que me anunciara:

—Por favor, diga que soy Diego Piaf.

No pasó mucho tiempo antes de que Isaac apareciera y me diera un fuerte abrazo. Fue inevitable: los dos empezamos a llorar. Era el encuentro de dos hermanos que no se habían visto en años. Debido la guerra pensamos que ya no nos volveríamos a ver. Así que, más allá de preguntar “¿Cómo estás?”, esas lágrimas eran como una plegaria de agradecimiento por saber que habíamos sobrevivido.

—Diego, ¡es un gusto que estés aquí! Tú lo sabes: eres mi amigo del alma.

—Qué bueno que te encontré con vida, Isaac. Todo el asunto de la guerra ha sido una pesadilla para Francia. Gracias a Dios, conservo a mis hijos, Layla y Simón. Y ahora vivo en casa de Helena —le informé.

Isaac estaba irreconocible. Era un fantasma, un remedo de como yo lo recordaba. Se veía muy delgado, demacrado, y su mirada ya no era la misma. Se había tornado adusto y serio. Ya no hacía bromas como antes.

—¿Cómo sobreviviste a la guerra? —le pregunté.

Me contestó con actitud triste:

—Es una larga historia, Diego...

Se sirvió un café. Me ofreció y acepté gustoso.

Luego me confió:

—Te invito a mi oficina, Diego. Te voy a contar cómo sobreviví a la guerra. Es una larga historia, pero quiero contarla a la única persona que considero como de mi familia. Eres el único ser querido que me queda en este mundo.

## LVII

Entró a su oficina y se sentó en el filo de la ventana. La luz que entraba hacía que su figura se desvaneciera, como si quisiera no ser visto. Comenzó su relato:

Cuando los alemanes invadieron Francia, unos días después llegaron tres soldados enemigos a nuestra casa. Nos llamaron por nuestro nombre:

—Señores Moisés, Jacob e Isaac.

—Sí, ¿en qué podemos servirles? —pregunté.

—Mañana a las siete de la mañana deberán presentarse en la estación del tren; si no, los mataremos.

Una vez que se fueron, mi padre nos dijo:

—Hay que obedecer y estar preparados. No sabemos lo que irá a pasar.

A mi hermano Moisés no le gustaba la idea. Insistía en que lo mejor era enfrentarlos, que él podía conseguir armas.

Mi padre, que era un hombre sabio, le contestó:

—No es el momento ni la forma de pelear con el enemigo. Pero si tú quieres hacerlo así, hazlo. Respeto tu decisión.

Moisés bajó humildemente la cabeza y acató lo que mi padre pensaba que era lo mejor.

Esa misma tarde hicimos nuestras valijas. No sabíamos ni qué llevar, pues no sabíamos para qué nos convocaban ni cuál sería nuestro destino final. Teníamos miedo. La noche anterior nadie había podido dormir debido a los disparos que se oían a lo lejos.

## LVIII

A las siete de la mañana llegamos a la estación de trenes.

Nos encontramos con cientos de judíos como nosotros. Todos se veían desconcertados y con el miedo asomado en sus rostros.

Había gente de todas las edades y condiciones. Ancianos que apenas podían caminar,

niños tomados de la mano de sus padres, bebés en los brazos de sus madres, algunos adolescentes y muchos adultos.

Todos cargaban sus pertenencias en valijas, bolsas, cobijas. La expresión de la gente era de preocupación. Ninguno sabía qué harían con nosotros o a qué clase de afrentas nos someterían.

Nos formaron en filas. Los alemanes nos gritaban, nos empujaban, nos vejaban.

Uno a uno nos interrogaban. Cuando llegó nuestro turno, nos pidieron nuestros nombres y a qué nos dedicábamos. Yo contesté en perfecto alemán. Los oficiales se sorprendieron de mi acento. Sin embargo, no importó. No dejaron de mirarme con desprecio. Buscaron nuestros nombres en las listas y pidieron que nos formáramos en otra fila.

Al poco rato nos ordenaron subir a un tren. Era un largo convoy del que conté veintidós vagones.

Nos subieron como bestias en los vagones de carga. No había lugar para donde hacerse. Estábamos de pie, el vagón repleto de nuestra gente. Se oían lamentos y llantos. Algunos, como mi padre, oraban.

Dos horas después el tren se puso en marcha. Era mayo y hacía mucho calor. Los vagones estaban hechos de metal y aquello era prácticamente un horno. Todos sudábamos. El aire apenas se colaba por las rendijas. Empezó a cundir la preocupación. Muchos empezaron a discutir. Pedían que se permitiera a las mujeres y a los niños quedar cerca de aquellas rendijas. Era un caos de hacinamiento. Poco se podía hacer, pues éramos tantos y tan poco el espacio, que estábamos por completo apretujados y era casi imposible moverse.

Mi padre disimulaba su molestia y temor, ya fuera orando o con una charla vivaz y aguda, en la que nos involucraba. En algunos momentos, sin embargo, guardaba silencio. Al hacerlo bajaba la cabeza, mesaba entre sus dedos el poco pelo que tenía y miraba por las rendijas del vagón, como si tratara de luchar contra el mal recuerdo de una pesadilla.

Durante el trayecto no hubo nada de alimentos. Transcurrió un día y medio y el tren no se detenía. Había hambre y sed. Hubo quien bebió su propia orina para aplacarla. Parecía el tren del fin del mundo. Daba la impresión de que la gente era capaz de hacer cualquier cosa para sobrevivir. Algunos ancianos empezaron a desmayarse, los bebés estaban a punto de deshidratarse. Gritábamos por algo de comida, por algo de ayuda, y nadie nos hacía caso. Cada quien pensaba en sí mismo. Algunos se mostraron indolentes. Parecía que comenzábamos a dejar de tener lástima alguna por el prójimo.

El tren se detuvo al segundo día de viaje.

Se abrieron las puertas. No hubo tiempo de nada, pues los alemanes nos instaban a salir de prisa de los vagones. Se ayudaban de perros bravos, a los que no dejaban de azuzar contra nosotros.

Nuestro destino, después lo supimos, fue un campo de concentración.

Desde el principio fue horrible. Nada de piedad, nada de lástima ni compasión por nadie.

Muchos, al bajar, tropezaron y cayeron. No importaba si eran mujeres o ancianos, eran levantados a fuerza de improperios y culatazos.

Otros judíos como nosotros, aunque vestidos de prisioneros, nos daban instrucciones.

—Sepárense en filas —gritaban.

—Los hombres de este lado y las mujeres y niños por aquel otro.

Nos formaron en hileras de cinco personas. Todo sucedía muy rápido, sin tiempo de entender nada. Se oían gritos, voces airadas y el ladrar de los perros. También, el traqueteo de las metralletas.

Los del atuendo de prisioneros nos miraban indiferentes. Sabían que, si mostraban compasión alguna, serían ultimados de inmediato de un balazo.

Seguramente habían recorrido el mismo camino que nosotros y el sufrimiento propio y ajeno los habían endurecido.

Oímos disparos. Fue algo terrible. Un hombre y su hijo bajaron del lado equivocado y los alemanes los mataron inmediatamente.

Luego, se nos despojó de nuestras valijas y pertenencias.

—Aquí no van a necesitar nada de esto —explicaban.

Hubo dos que se resistieron y en ese momento, sin mediar advertencia alguna, fueron acribillados. Sus cuerpos quedaron ahí, desangrándose, sin que nadie hiciera nada.

Era horrible. Todos los alemanes nos miraban con desprecio. Muchos nos apuntaban con sus armas. En las torres de vigilancia había francotiradores dispuestos a matarnos en cualquier momento.

La primera impresión que tuve cuando bajé al campo de concentración fue ver en los miradores a los soldados alemanes vigilando a todos con sus ametralladoras.

Un oficial se presentó y, con la ayuda de un traductor, nos preguntó:

—¿Quién de ustedes ya está muy cansado?, ¿quién ya no aguanta estar más de pie?, ¿quién tiene hambre?, ¿quién se queja de no haber dormido?

Algunos levantaron la mano. A éstos, el oficial los hizo salir de las filas para formarlos aparte.

Volvió a preguntar:

—¿Quién se siente muy enfermo o muy anciano?

Algunos otros volvieron a levantar la mano y fueron separados de nosotros.

—Sigan a ese oficial —se les ordenó.

Los llevaron a un extremo del campo de concentración y les pidieron desplegar en una larga hilera. De pronto, vimos a unos soldados que se formaban detrás de ellos y comenzaron a dispararles. Así, sin más, sin ningún tipo de consideración. Los soldados parecían, incluso, divertirse con su labor asesina.

No podía creerlo. No dejaron ni uno con vida. Me sentí impotente, incapaz de hacer algo por ellos. Comprendí por qué no había compasión en ese sitio: porque tenerla significaba nuestra propia muerte.

## LX

Nos hicieron caminar hasta el sitio de la masacre. Llegamos a lo que era una fosa abierta. Nos obligaron a asomarnos. Ahí estaban nuestros hermanos, nuestros amigos, nuestros familiares, nuestros ancianos, nuestro pueblo, ultimado por la falta de piedad nazi. La sangre brotaba de sus heridas aún frescas. Algunos todavía vivían pero nada importó. Fueron ultimados de inmediato. Los soldados lo tomaban a juego, como si se tratara de practicar el tiro al blanco.

Yo me asqueé. No podía entender esa actitud asesina. Y me reproché estar ahí, sin hacer nada.

No podía hacer nada, sólo mirar y salvar la vida.

Luego me di cuenta. La fosa era más profunda de lo que parecía. Y debajo de los recién asesinados había pilas de otros seres humanos acribillados días antes.

No podía creerlo. ¡Hasta dónde llegaba la crueldad humana!

Lo peor estaba por venir.

Vimos llegar a un grupo de ancianos y niños. Los colocaron en las orillas de una fosa y les dispararon por la espalda.

Qué escena tan pavorosa. Sentí que las piernas se me deshilachaban y estuve a punto de desvanecerme.

Nos trasladaron a otro sitio, como a un kilómetro de ahí. Yo no era el único afectado por lo que habíamos visto. Mi padre estaba mudo, como ido. Le hablábamos y no respondía.

Mi hermano me susurró, para que no lo oyeran:

—Dios parece que nos ha dado la espalda. El mal reina entre nuestros captores.

Llegamos a un patio a la intemperie donde nos esperaban unos veinte soldados con cubetas de agua.

Estábamos sedientos y nos dejaron beber. Era agua sucia, pero no importaba.

¡Nuestra sed era tanta!

En ese momento uno de los oficiales dio una orden:

—¡Desnúdense! ¡Quítense todas sus ropas!

Lo hicimos. Así, desnudos, permanecimos en las filas. Nos hicieron caminar hasta toparnos con un oficial de más alto rango, que nos esperaba.

Se paseó entre nosotros. Nos veía de la cabeza a los pies, llevaba guantes blancos y tenía una actitud desdeñosa e insolente.

Con un mover de dedos nos señalaba a dónde ir, si a la derecha o a la izquierda.

Ignorábamos la razón de aquello. Sólo obedecíamos. A mi padre le señalaron hacia la derecha y hacia allá se dirigió. A mi hermano y a mí nos mandaron a la izquierda.

Nos separamos. Mi padre marchó a otro lugar y nosotros, a golpes y empujones, fuimos conducidos hasta una barraca. Una vez que volteé para ver a dónde llevaban a mi padre, uno de los soldados me golpeó con la culata de su rifle y amenazó con matarme si volvía a hacerlo.

En la barraca nos encontramos con otros prisioneros. Llevaban ropas con rayas y estaban rapados y extremadamente delgados. Había de todas las nacionalidades: rusos, polacos, húngaros, alemanes.

—¿Qué lugar es éste? —les preguntábamos.

—¿Acaso son estúpidos? —contestó uno de ellos. Parecía enojado—. Están en el campo de la muerte. Todos vamos a morir aquí.

—Nos separaron. Algunos de nuestros familiares fueron enviados a la derecha. ¿Por qué?

No hubo respuesta de inmediato.

Por fin, alguien se atrevió a contestar:

—Oren por el buen descanso de sus almas.

—¿Por qué? —nos alarmamos.

—No hay salvación para ellos. Hoy será el último día de sus días. Morirán sin remedio en la cámara de gases.

Nos explicaron. Entraban engañados, pensando que iban a recibir un baño, y lo que recibían era el vaho mortal de gases tóxicos.

—Luego, en carretillas, los llevan a los hornos crematorios, donde sus cadáveres son incinerados.

—¡No!

El grito fue lanzado por uno de los recién llegados, que corrió en busca de algún familiar con la esperanza de salvarlo. No llegó lejos. A la salida de la barraca fue recibido a tiros por los alemanes.

Yo lloré. Mi hermano también. Qué lugar tan horrible era ése, donde no había ningún tipo de respeto por la vida ajena.

Oré por mi padre y agradecí que mi madre hubiera muerto años atrás, porque sólo así se había salvado de ese infierno.

## LXI

Nos raparon. Nos esquilaron como a ovejas. Lo hicieron de la cabeza a los pies.

—¡Moisés! ¡Moisés!

Mi hermano me abrazó con todas sus fuerzas, un abrazo solidario de dos desgraciados en el peor lugar del mundo.

Por fortuna se me asignó un lugar donde dormir a su lado. Nos dieron nuestro uniforme de prisioneros y nos lo pusimos. Entró un oficial y nos comunicó las reglas de comportamiento. Todas debían cumplirse. Los que no lo hicieran serían castigados con la muerte.

A partir de ese día, en punto de las cinco y media de la mañana, nos despertaban las órdenes de los soldados y los ladridos de sus perros. A gritos nos hacían salir a un primer recuento de prisioneros.

Me preguntaron mi nombre. Les contesté:

—Isaac.

—Ya no es tu nombre. Ahora tienes un número. Grábatelo —me dijeron.

No sólo tuve que guardarlo en la memoria, sino que también me lo grabaron con punciones dolorosas en el antebrazo.

Me seleccionaron para realizar trabajo de construcción. Debíamos construir más barracas, pues día con día llegaban más prisioneros. Realizábamos trabajos forzados. Era una labor ardua y pesada. A aquellos que mostraban signos de debilidad los mataban con certeros disparos desde las torres de vigilancia. No podíamos hablar entre nosotros; si lo hacíamos, nos golpeaban o acribillaban.

## LXII

Pasó el tiempo y llegó el invierno. No dejamos de construir nuevas barracas. No importaba que hubiera nieve o hiciera mucho frío, ahí estábamos, a la intemperie.

Los castigos y las muertes continuaban. En una ocasión, uno de nuestros compañeros se dio cuenta de un defecto de construcción y puso en alerta a los alemanes.

—¿Qué dices?

Repitió lo que sabía. Trataba de hacer una buena acción. Se corría el peligro de que la barraca se derrumbase sobre sus futuros ocupantes.

—¿Y tú cómo sabes?

—Soy arquitecto —respondió el hombre.

Un oficial sacó su pistola y le dio un tiro en la frente.

—Aquí no se hacen mal las cosas —fue lo único que dijo.

La muerte rondaba. En ocasiones utilizaban otros métodos para ahorrarse municiones. Uno de ellos era hacer que quien hubiera cometido una falta o una indisciplina fuera obligado a desnudarse entre la nieve. Ahí lo empezaban a rociar de agua con mangueras. El frío era tanto que el pobre hombre moría congelado.

La desnutrición era otro problema. Sólo comíamos una vez al día. Nos daban un octavo de pan, apenas un mendrugo, y sopa, o más bien agua sabor a trigo. Por la tarde nuestros cuerpos estaban totalmente exhaustos y hambrientos. Muchos comenzaron a morir no sólo de las torturas o abusos sino de hambre o de enfermedades como el tifus.

Nunca dejamos que nadie fuera llevado a la enfermería, pues ninguno regresaba. Se decía que, más que curarlos, eran sometidos a infames operaciones en nombre de la ciencia.

## LXIII

Un día mi hermano volvió por la noche del trabajo. Parecía triste y preocupado.

—¿Qué sucede?

—Perdí mi gorra.

Ambos sabíamos lo que aquello significaba. Un prisionero sin gorra era un prisionero muerto.

Le ofrecí mi gorra, dispuesto a sacrificarme por él, pero Moisés rechazó la idea.

—Yo asumo las consecuencias —dijo.

Esa noche no pudimos dormir.

Moisés parecía abatido. Me dijo, como un susurro, para no despertar a los demás:

—Esto no es vida. Estamos hambrientos, golpeados, fatigados de tanto trabajo. Estoy angustiado. A ratos creo que lo mejor es dejarse morir.

—No digas eso.

La mañana llegó y también el peligro.

En ocasiones los soldados se divertían quitándole la gorra a uno de los prisioneros, la aventaban lejos y le ordenaban:

—Ve a recogerla.

Era una muerte segura. En las torres de vigilancia, los vigías preparaban sus rifles. Estar sin el uniforme completo era muy penado. Se castigaba con disparos. El prisionero no tenía ni una posibilidad de salvarse. Si no obedecía la orden, lo mataban por no tener la gorra. Si iba a recogerla, lo mataban por intento de fuga.

A la hora del recuento matutino, mi hermano se escondió entre los demás prisioneros para tratar de pasar desapercibido.

—Ten —le di mi gorra.

—No —volvió a rechazarla—. Sálvate tú, Isaac.

Se realizó la revisión: los números en nuestros antebrazos, la vestimenta, la postura, el aspecto.

Uno de los oficiales se dio cuenta de que a mi hermano le faltaba la gorra.

Moisés no se disculpó, parecía resignado a su suerte.

Así, sin mediar palabra alguna, el oficial desenfundó su pistola. El estruendo fue breve, seco y sin eco. Mi querido hermano terminó sus días con un disparo en la cabeza.

Cuando Isaac terminó de describir la muerte de su hermano, no pude más. Brotó de mí un llanto profundo y muy triste. El mismo tipo de llanto que derramé cuando murió Sofía. Sale de lo más profundo del alma y va acompañado de una enorme rabia por no saber por qué se nos arrebató a nuestros seres queridos.

No pude ni siquiera abrazarlo. Me di cuenta de que no sólo él sufría, sino yo también. Permaneció inmóvil, con la vista fija más allá de la ventana.

Tal vez se preguntaba cómo había sobrevivido a tanta barbarie.

De pronto pareció recuperar la serenidad y dijo:

—Te parecerá increíble, Diego, pero la muerte de mi hermano fue el golpe de gracia a mi sentido por la vida.

## LXIV

Isaac continuó con su historia:

Desde nuestros dormitorios oímos a lo lejos algo parecido a truenos. Era un intenso cañoneo del que sólo podíamos percibir su sonido y algo así como la visión de relámpagos en el horizonte.

Nos dimos cuenta de que el frente de guerra estaba muy cerca.

Algunos intuyeron que eran los aliados, que venían a salvarnos.

Yo no sabía qué pensar. Llegué a rogar que el cañoneo nos alcanzara y que el ataque terminara con todos nosotros y con todo ese maldito lugar.

Los demás no compartían ese pesimismo. Mis compañeros comenzaron a abrazarse de gusto.

—¡Vamos a vivir! —gritaban.

A la mañana siguiente no llegaron los soldados con sus perros a despertarnos.

Como era costumbre, salimos de la barraca para el recuento. Nadie acudió a revisarnos. Todos los alemanes estaban ocupados en quemar archivos y documentos.

De repente oímos un grave y ensordecedor estruendo. La tierra se cimbró. Fue como si hubiera caído una bomba. Nos tiramos al piso, por precaución. Después supimos que los alemanes habían dinamitado las cámaras de gas. No querían dejar huella de sus crueldades.

Por fin llegó un oficial a darnos órdenes.

Debíamos evacuar el campo de concentración y avanzar por el bosque. Muchos estaban muy débiles para hacerlo. A los rezagados se les ultimaba ahí donde se habían detenido a descansar. Fue una marcha dominada por el frío, el cansancio y la incertidumbre. Cuando llegamos a una estación de ferrocarril nos metieron a los vagones. Estábamos amontonados unos sobre otros, hambrientos y muy débiles.

La muerte alcanzó a muchos de nuestros compañeros. Tuvimos que apilar sus cuerpos y permanecer a un lado de sus cadáveres mientras el tren avanzaba.

Estuvimos dos días en esas condiciones. Yo pasé del más profundo pesimismo a alentar de nuevo el ansia de vivir. Pensé en escapar. Lo mismo pensaban los demás, y sólo esperábamos una oportunidad para hacerlo.

Un día el tren se detuvo. Se oyeron gritos de alarma, voces airadas, órdenes. Después, el silencio. Nosotros permanecemos a la expectativa dentro de los vagones.

## LXV

En la mañana nos despertó un extraño ruido. Salimos de los vagones. ¡Nuestra sorpresa fue mayúscula!

Vimos aparecer varios tanques y, detrás de ellos, a muchos soldados.

—¡Son norteamericanos! —gritó uno de nosotros al reconocer su emblema, una estrella de cinco picos.

Los soldados estadounidenses se quedaron atónitos al ver la condición de nuestros cuerpos. Estábamos enclenques y raquíticos. Parecíamos esqueletos andantes.

Nos llevaron en *jeeps* a un pueblo alemán y nos acomodaron en casas que habían sido de los nazis.

Nos mostraron unos montones de ropa y nos dijeron que tomáramos lo que quisiéramos. Nos cambiamos. Nos aseamos. Nos dieron comida y nos revisaron unos médicos. Al cabo de unos días tomaron nuestros datos, entre ellos el de nuestra nacionalidad.

Unas semanas después regresé a París. Llegué a la casa de mi familia, que por suerte no fue bombardeada. Todo a su alrededor estaba destruido. Cuando entré, fueron muchos los recuerdos que me envolvieron. Me metí a la recámara de mi padre y lloré todo lo que no pude llorar por su muerte. Igual hice al recordar a mi hermano. Ya no tenía lagrimas, pero continuaba llorando.

Abrí de nuevo la editorial. Comenzaron a llegar muchos de nuestros empleados. No preguntaron por mi padre ni mi hermano. Con sólo ver mi semblante podían comprenderlo todo.

Pusimos a funcionar las oficinas de nuevo. La gente ni siquiera preguntó cuánto ganaría o de qué trabajaría, sólo quería asirse a la posibilidad de que todo regresara a ser lo de antes.

## LXVI

Yo estaba atónito. Lo que Isaac me había contado me dejó sin palabras.

Recordé con cariño a su padre. Él me había recomendado para trabajar en la universidad. Su hermano también había sido bueno conmigo. Le dije:

—Isaac, lamento la pérdida de tu familia y toda esta tragedia por la que has pasado.

—No sigas, Diego. Tenía que contarlo a alguien. Con nadie, más que contigo, había podido hablar de esto. Gracias por escucharme.

Me dio un abrazo. Continuó:

—Te ofrezco que vengas a la editorial a trabajar conmigo. No puedo prometerte por ahora una paga, pero parece que todo saldrá bien.

Se lo agradecí.

—Acepto gustoso. La situación en Francia es penosa. Debo alimentar a mis hijos.

—Ésta es tu casa, además —me ofreció Isaac.

Nos despedimos. Al caminar de regreso a casa no podía menos que pensar en todas las desgracias que había traído consigo la guerra, entre ello lo sucedido con millones de personas en los campos de concentración. Era imperdonable, por ejemplo, lo que los alemanes habían hecho a los judíos. Imaginé que a mí y a mis hijos nos hubiera pasado

eso, y supe que debió haber sido un verdadero infierno en la tierra.

## LXVII

Empecé a trabajar con todo mi empeño en la editorial. Era como si se tratara de un homenaje al padre y al hermano de Isaac. También pensaba que mi dedicación homenajeaba al esposo de Helena y a los millones de personas que habían sido abatidas en esa guerra.

En ocasiones, Isaac y yo nos entreteníamos recordando anécdotas de nuestra vida universitaria.

Isaac reía. Pero, la verdad, jamás volvió a ser el mismo.

La mayor parte de las veces quería estar solo. Yo lo entendía bien. Isaac no tuvo la oportunidad de llorar a sus seres queridos. Yo sí lloré mi duelo por Sofía. Pero él no pudo. No había tiempo para duelos. Lo único importante era sobrevivir a ese infierno.

En ocasiones lo encontraba llorando. Se ponía a mirar por la ventana. Era como si el horizonte le diera el consuelo que necesitaba.

Habían pasado varios meses desde la liberación, pero la situación económica en Francia no mejoraba en lo más mínimo. La editorial trabajaba en los testimonios, bitácoras y registros de la guerra. Fue un proyecto que yo propuse y que Isaac aceptó. Ambos sabíamos que debíamos dejar constancia de los horrores y de las luchas por sobrevivir que también se habían dado.

## LXVIII

Un día el destino me volvió a llamar. Fue al caminar por la calle. Sentí que me daban una palmadita en la espalda. Volteé y quedé sorprendido. Se trataba de Julie.

La recordaba bien. Julie era una de las mujeres que durante la guerra había ido a buscarme a casa de Helena para pedirme un favor: saber si a Jacques, su esposo, lo habían llevado al Infierno.

—¡Diego, qué gusto volver a verte!

Conversamos unos minutos. Después me agradeció:

—Lo que hiciste no lo voy a olvidar nunca. Jacques era mi vida. ¡Lo extraño tanto!

Todavía sigo enfadada con Dios por habérmelo quitado.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. Me acerqué a ella y la abracé. Se disculpó por su proceder.

—No debería llorar, pero tú eres el único que creo que me entiende, Diego.

—Julie, no te preocupes —la tranquilicé—. Vivo muy cerca de aquí y cuando gustes puedes ir a mi casa a platicar y, si quieres, a desahogarte.

—Gracias, Diego. La vida me ha sido difícil. Hay veces en que he pensado en suicidarme. Soy rica. Mi padre me heredó su fortuna. Pero, ¿de qué me sirve, si ni con todo el dinero del mundo puedo traer de regreso a Jacques? Te pido que me ayudes. Una vez lo hiciste. ¿Lo puedes hacer ahora, Diego?

Mi respuesta fue automática:

—¡Claro que sí, Julie! Te ayudaré.

Fue un impulso lo que me llevó a tomar la decisión. Sentí que alguien necesitaba de mí y, aunque no sabía cómo ayudar a Julie, simplemente me necesitaba y yo correspondí. Ya no soportaba ver gente sufrir. Teníamos algo en común, un lazo que me unía a ella.

## LXIX

Julie siempre llegaba a la casa con comida. Era su manera de agradecer que la escuchara.

Mis hijos eran los más felices. Cocinaba rico y eso les gustaba. Ella les caía bien. Yo, por mi parte, me di cuenta de que compartíamos algunas cosas. Los dos habíamos perdido a un ser querido y sus emociones, sentimientos y pensamientos eran muy parecidos a los que viví cuando Sofía murió.

—La muerte de Sofía fue muy dura para mí. En mi caso, yo tuve el estímulo de mis hijos. De no haber sido por ellos, tal vez me habría derrumbado. Pero tú estás sola. No tienes a nadie —le hice ver.

—Tienes razón. Antes me sentía acompañada en mi dolor por mi padre, pero cuando murió quedé más triste, más sola.

Hubo un momento de silencio, tras el cual ella volvió a hablar:

—¿Sabes? Mi padre, poco antes de morir, me mandó llamar y me dijo algo.

—¿Qué? —pregunté.

—Que siempre debía tener en mente ser una mejor persona. Él creía en eso: que los seres humanos debemos buscar siempre ser mejores personas. Sus palabras me acompañan. Las llevo todo el tiempo conmigo. Por eso procuro ayudar a la gente. Les ayudo a ser mejores personas. De no haber sido por eso tal vez sí me hubiera suicidado.

Yo la tomé de las manos y le dije con toda seriedad:

—Julie, ésa es tu misión. Tu padre, que era un hombre sabio, te la encargó. Es tu misión y debes llevarla a cabo.

—Pero, ¿cómo ayudar a la gente a ser mejor, cuando ni yo misma puedo alegrarme y quitarme la tristeza que me invade?

—Las cosas suceden por alguna razón, Julie. Tal vez todo lo que te ha pasado es para que puedas cumplir con tu misión.

—¿Tú crees?

—Sí, claro. Debes tener el coraje y la valentía para llevarla a cabo. Valentía es vivir todos los días con corazón, el camino del corazón es el camino del coraje. ¿Eres valiente?

—No sé, Diego. Desde ese punto de vista, sí vivo con corazón. A veces los valientes lloran y creo que es parte de todo un proceso. Pero, por el momento, vivo con el corazón roto, Diego. La pregunta me persigue siempre. ¿por qué a mi familia?, ¿por qué le pasó esto a mi familia, Diego?

Yo le pregunté:

—¿Y por qué no? ¿Por qué no debería pasarle esto a tu familia, Julie?

Ella se acercó a mí y me abrazó. Fue un abrazo fuerte y sincero.

—Diego, muchas gracias por tus palabras. He encontrado en ti una agradable compañía. Si tú me ayudas, y ésa es mi misión, la llevaré a cabo, te lo prometo.

—Recuerda esto siempre: si decides caminar, el mundo caminará contigo; si te detienes, el mundo caminará sin ti.

Julie continuó con sus visitas. Me gustaba verla, conversar con ella. Una vez le conté que yo sentía la presencia de Sofía. Que ella no se había ido totalmente, que de alguna manera continuaba conmigo.

—Tal vez no la puedo ver, pero la puedo sentir —le comenté.

Julie no lo dudó. Al contrario, dijo:

—Diego, qué afortunado eres. Así quisiera sentir a Jacques, pero su recuerdo se me esfuma.

Las conversaciones se multiplicaban. Un día me confesó:

—Diego, he llegado a una conclusión: que el dolor que siento por la muerte de Jacques y de mi padre no se cura y tampoco se irá.

—¿Y entonces? —pregunté.

—Entonces, que debo enfrentarme con la frente en alto a la vida. Debo cumplir con lo que mi padre me pidió. Ayudar a los demás a ser mejores personas. Ése debe ser mi motor, la misión que me impulse.

Hablaba y yo sabía que su duelo había terminado, que Julie empezaba a sonreír, que había empezado a encontrar paz interior.

## LXX

Pasó el tiempo. Un día me percaté de que Julie no se encontraba bien. Se veía triste, acongojada.

Le pregunté qué pasaba.

Me pidió platicar con su amiga Jeanette.

—Su hermano falleció hace unos días y no sabe qué hacer. Es tanto su dolor que no abandona la idea de suicidarse —explicó.

Jeanette resultó una mujer de ojos azules, pelo largo y muy alta. Trabajaba con su padre, de nombre Henry, un señor también de ojos azules y mucha personalidad, dueño de una voz tan grave que no necesitaba hablar fuerte para ser escuchado desde lejos.

Henry era arquitecto y trabajaba para el gobierno francés. Formaba parte de un grupo de empresarios que impulsaban iniciativas para la reconstrucción de Francia. El Estado ponía la mayor parte de los recursos y los empresarios lo que faltara, ya fuera en especie o en dinero.

Jeanette me contó su historia y yo le conté la mía. Así entramos en confianza. Se sintió tan a gusto que me dijo:

—Diego, me siento muy bien al platicar contigo. Por fin, alguien que me entiende. Supongo que es normal sentirme así, y sólo el tiempo me dará la resignación de la que todos hablan. ¿Cuándo? No lo sé, pero agradezco tu apoyo.

—Jeanette —le contesté—, no hay nada que agradecer. Y, si me permites, quisiera darte un consejo. Es el mejor consejo que le puedo dar a alguien y te lo doy a ti: debes tener valor, coraje para vivir. El coraje es la fuerza que nos hace falta para luchar, para levantarnos todos los días y enfrentarnos a situaciones difíciles y, sobre todo, para afrontar nuestros propios miedos.

—Eso es precisamente lo que me hace falta, Diego. No tengo fuerzas.

—Jeanette, debes tener fuerza de voluntad. Es el impulso interno que nos lleva a vencer obstáculos y a lograr nuestras metas.

—Pero, Diego, ¿cómo vuelvo a obtener ese impulso? Me siento mal, muy mal. No dejo de pensar en mi hermano, cuando estuvo en el hospital. Fue terrible ver su deterioro físico.

Así murió, casi irreconocible por los estragos de la enfermedad. Dicen que debemos pensar en los buenos momentos, pero yo no puedo. Estoy triste y enojada con la vida y con Dios.

—No es sencillo, Jeanette. ¡Si lo sé yo! Pero hay que escuchar al corazón: él te dirá cuándo tendrás ese impulso. Tal vez hoy no sea el momento. Y si estás enojada con la vida, grítaselo. Y a Dios, también. Grítale con todas tus fuerzas que estás enojada con

Él.

Jeanette no parecía muy convencida, inmersa como estaba en su dolor. Aun así, ofreció intentarlo.

—Voy a ver si puedo encontrar ese coraje del que hablas —se despidió.

## LXXI

Con el tiempo, Jeanette dejó de visitarme. Un día, sin embargo, volví a verla. Parecía cambiada.

—He tocado fondo —me dijo—. Por fin he aceptado lo bueno y lo malo en mi vida. Ya dejé ir a mi hermano. Tiré sus cenizas donde él me lo pidió, en el mar. Ya estoy en paz con su muerte. Ya la acepté y me siento mejor. Ahora es tiempo de cambiar. He decidido continuar mi camino en esta vida. No es que olvide a mi hermano, pues él siempre vivirá en mi alma y en mi corazón.

Me dio gusto verla así, con otra mirada, con una mejor actitud. Era una buena amiga. O qué digo amiga: era como tener otra hermana en la familia. Mucho más chica que yo, a la cual podía enseñarle todo lo bueno que había aprendido en la vida.

Nos veíamos seguido. Un día, mientras tomábamos un café, Jeanette me dijo:

—Diego, quiero que te unas con nosotros al grupo de mi padre. Queremos reconstruir Francia y hemos recaudado mucho dinero. Ahora necesitamos personas como tú, interesadas en ayudar. El primer objetivo es reconstruir los caminos, las calles, las casas y los puentes que fueron destruidos por la guerra. Además, queremos rehabilitar los servicios básicos, como la luz y el agua.

—¿Y yo en qué puedo ayudar?

—Necesito que recorras conmigo el campo y las ciudades, a fin de identificar las zonas que más requieren de nuestro apoyo. Te necesito, además, porque tienes espíritu para conversar con la gente, para darle esperanza, confianza en el futuro.

Me pareció una idea maravillosa, así que acepté de inmediato.

No me arrepentí. Tomé un nuevo camino en mi vida, no exento de cosas gratas y valiosas, que me han dado muchas satisfacciones y motivos para seguir adelante.

Iniciamos esta aventura, que me dio también la oportunidad de ayudar en la reconstrucción de la universidad. Eso me llenó nuevamente, ya que parecía que mi vida también se estaba reconstruyendo bajo esos hermosos cimientos que eran el recuerdo de Sofía, el amor de mi vida, así como de todos los buenos años que pasé en la universidad. Tuve suerte. Nadie dudaba en unirse a los proyectos de reconstrucción. No se necesitaba experiencia. Nos apoyaban llevándonos alimentos, ideas y propuestas. Sentí de pronto

que despertaba la esperanza para todo el país.

Jeanette parecía incansable, tenía pasión por ayudar a la gente. Su mayor recompensa era ver a las personas sonreír y el agradecimiento que expresaban ante lo que hacíamos.

Cada día admiraba más a mi amiga, sobre todo por su coraje de querer ser una mejor persona. Ésa era la energía que también a mí me inyectaba.

—Diego, sin ti, no habría podido hacer esto. Eres una compañía irremplazable —me decía Jeanette.

## LXXII

Así transcurrieron los años. Al volver a casa podía ver lo grande y felices que eran mis hijos, gracias al cuidado y amor de mi hermana. Ella, desde el primer momento en que faltó Sofía, adoptó el papel de la madre que siempre soñó ser. Qué mejor que con sus sobrinos.

Estar en casa siempre fue una dicha. Disfrutaba de la deliciosa comida de mi hermana y de la grata compañía de mis hijos. Ellos fueron creciendo y, conforme pasaban los años, empezaron a tener conversaciones tan profundas y sensatas que me llenaban de satisfacción y orgullo. Eran iguales a su madre. Sin duda, existen cosas con las que uno nace, que se traen en la sangre. Mi hermana les inculcó el gusto por la cocina y la panadería, pero se inclinaban por cosas más intelectuales.

—Es mejor comer cosas ricas que aprender a hacerlas —argumentaban.

Era una bendición verlos crecer. Además, eran magníficos estudiantes.

Llegó el día en que mis hijos fueron a la universidad. Los adoraba. Estaban llenos de entusiasmo, conocimientos, planes y anhelos.

Seguíamos siendo una familia muy unida. Las vacaciones las pasábamos juntos, al igual que la Navidad.

Hubo, sin embargo, una Navidad diferente. Mi hermana enfermó. Los doctores no podían diagnosticar su enfermedad y nosotros nos preocupamos mucho.

## LXXIII

Decidí hacer una pausa en mi trabajo para estar con mi hermana. No podía permitir dejarla sola, y menos mientras estuviera enferma.

Jeanette me ayudó. Estuvo cerca de mí, brindándome todo el tiempo un muy solidario apoyo moral.

Helena, en su cama de enferma, me tomaba de la mano y agradecía mi preocupación. Yo sólo le daba un beso en la mejilla y la confortaba:

—Cómo no preocuparme de la madre de mis hijos...

Esa frase le llenaba el alma.

Yo permanecía a su lado. Igual habría hecho ella. Mi hermana jamás me abandonó, siempre estuvo conmigo en los mejores y peores momentos, fue mi apoyo incondicional y se convirtió en una segunda madre para mis hijos. Estar ahí era como devolverle un poco de lo que me había dado.

El dolor era tal que no la dejaba conciliar el sueño. Entonces la ayudaba a bajar a la sala y frente a la chimenea trataba de animarla haciéndole recordar cientos de divertidas anécdotas que nos habían sucedido. Ella se reía y yo también. Tras la risa venía un momento de calma, en el cual parecía no existir ninguna dolencia. Su rostro se veía tan pleno, tan en paz, que parecía un ángel. Así se quedaba dormida. Era como un bebé. Yo la cobijaba con ternura. La veía y estaba agradecido por tenerla a ella como la eterna compañera de aventuras de mi vida.

## LXXIV

Helena, en una de esas tardes frías de invierno, le pidió de favor a Layla que la peinase y la adornase con dos hermosos broches que recogían su pelo a ambos lados. Layla la peinó con delicadeza, pintó sus labios finos y colocó su pañoleta favorita en sus cansados hombros. Era como un bonito ritual de agradecimiento de mi hija a su tía. Se veían en el espejo y se reían. Se abrazaban como las grandes cómplices que siempre fueron.

Noté en Helena un sosiego que hacía mucho no tenía. La enfermedad no cedía y aun así se mostraba con buen ánimo. Ese día se miró de nuevo en el espejo y me pareció advertir una expresión resuelta en su rostro.

Parecía decirnos: “Ya estoy lista”.

Nos pidió a Simón y a mí que la sentáramos en el sillón de la sala, desde el que tenía una vista amplia de la entrada de la casa.

—Aquí quiero estar —nos dijo—. Aquí me sentaba a leer o a bordar, a la espera de la llegada de mi general. Parecía una hija que espera con ansias al padre o la enamorada de un marino que aguarda la llegada del barco donde vendrá su amado. Así esperaba yo

al general, y al verlo aparecer, corría a sus brazos. Él acariciaba mi cabello y nos fundíamos en un beso.

Guardó silencio un momento. Después continuó:

—Ahora es él el que me aguarda y yo debo ir en su busca. Será, por fin, el regreso de dos enamorados. Nos fundiremos en un beso y él acariciará mis cabellos.

Se llevó las manos al cuello y mostró un collar del que colgaba la placa de identidad del general.

—Esposo mío, siempre te he querido —dijo, y guardó la placa en su mano.

Simón, conmovido, se acercó a ella y besó su frente. Layla la cobijó con una manta que puso sobre sus piernas y le dio igualmente un beso en la frente. Yo sólo la miraba. Quería grabar esa imagen, la de su rostro ilusionado ante la posibilidad de unirse nuevamente a su amado. Me gustaba verla así, alejada del dolor y desesperanza propias de la enfermedad que la aquejaba.

Pidió a mis hijos un favor: que fueran por té.

Nos quedamos ella y yo solos. Helena se acomodó para sentirse más cómoda y, una vez que lo logró, sonrió satisfecha. Fue una sonrisa discreta que sólo yo noté. Después cerró los ojos. Suspiró con agrado. Fue su último aliento. Cuando Layla y Simón regresaron, encontraron muerta a su querida tía.

## LXXV

El velorio fue breve. Eran pocos ya los amigos y familiares que teníamos. Le lloramos por días. Después, la vida continuó como siempre. Mis hijos regresaron a la universidad y yo a mi trabajo. Hubo quien me ofreció comprar la casa, pero yo siempre rechacé tal idea. Ésa era la casa de mi hermana, donde nos había dado cobijo durante la guerra. Ahí estaba ella, esa casa era ella. Era como si no hubiera muerto. Muchas veces regresaba de trabajar y me parecía que ella estaría aguardándome en la sala. Su esencia seguía ahí. Parecía que la casa aún guardaba los ricos olores de cuando ella preparaba pan o cocinaba.

Yo la extrañaba mucho. Sentía que mi vida sin ella volvía a carecer de sentido.

—Ella está ahora con su amado general, Diego —Jeanette me confortaba.

Mi duelo fue más llevadero gracias a su presencia. Me alentaba:

—Diego, debes tener coraje para seguir adelante. Hay que continuar el proyecto de reconstrucción de Francia. Hazlo conmigo.

## LXXVI

En cada uno de los destinos que visitamos para lograr la tan anhelada reconstrucción conocimos a muchas personas. Todas ellas estaban muy agradecidas con nosotros. Nos invitaban a sus casas a comer y a hospedarnos.

Nos decían:

—No sólo reconstruyen las ciudades sino también nuestras vidas.

Fue una experiencia magnífica conocer a tanta gente, tan diferente toda ella. Sus historias no estaban exentas del drama de la guerra, pero ahora eran capaces de sonreír ante la adversidad.

Lo que hacíamos Jeanette y yo era infundirles la esperanza de comenzar a tener una nueva y mejor vida.

En todas esas historias había mucho de grandeza humana. Todos ellos habían sobrevivido a algo tan doloroso e inhumano como una guerra. Sufrieron penurias, hambres, violencia, falta de lo más elemental. Aun así, la bondad perduraba. Algunos de ellos habían ayudado a sus prójimos. Algunos dieron refugio a los perseguidos, especialmente a los judíos. Al terminar la guerra ayudaron a los sobrevivientes de los campos de concentración, a esa especie de fantasmas que habían resistido todas las penalidades. Muchos de ellos parecían cuerpos sin alma. Era la única manera de soportar tanta atrocidad que atestiguaron y que vivieron en carne propia. Yo me sentía feliz, pues a mi manera también había ayudado a combatir el mal que se abatió sobre nosotros. Y ahora era más feliz, pues contribuía a la reconstrucción de mi propio país. Fue un trabajo intenso y muy agotador, pero muy gratificante.

Sé que envejezco, pero también sé que tengo una motivación para seguir adelante y una ocupación que le ha dado renovado sentido a mi vida.

## LXXVII

Tras varios días de recorrer el sur de Francia, me encuentro ahora en un tren de regreso a casa. Así ha sido mi vida en los últimos años: de viaje en viaje, de una ciudad a otra.

Me siento muy cansado. Desde que el tren partió, me he dedicado a observar los verdes valles cubiertos de sol y árboles. En algunos momentos he visto mi rostro reflejado en la ventana. Es el rostro de un hombre de 75 años. Un anciano con

abundante barba blanca y arrugas.

Arrullado por el movimiento, mi mente se fue poniendo lentamente en blanco y terminé dormido en un sueño profundo. Tan profundo, que perdí por completo la noción del tiempo.

De pronto, empiezo a despertar. Me desperezo. Escucho el traqueteo del tren y mi propia voz interior que me dice:

“Ha pasado el tiempo como un relámpago. Siento cómo los años han marcado mi cuerpo.

”Hoy percibo mi mente y mi alma de manera diferente. Siento que este viaje en tren es especial.

”Dormir me ha dejado un grato encuentro con mis recuerdos, pensamientos y sentimientos”.

Abro los ojos y veo a lo lejos las montañas cubiertas de nieve.

Continúo en mis reflexiones: “¿Qué me ha pasado? ¿Por qué mi inspiración para escribir se ha ido? Ya lo sé: porque ya puse por escrito mi vida. Escribí de todo, sin omitir un solo detalle de mi existencia. Ahí están los momentos más alegres y más tristes por los que he pasado. Ahora caigo en la cuenta de que mi vida ha transcurrido como en un sueño, en un abrir y cerrar de ojos.

”Este encuentro conmigo mismo, primero a través de la literatura, y ahora, en este momento, después de haber conciliado el sueño en el tren, me ha hecho comprender mi realidad. Es un descubrimiento deslumbrante pero sencillo: lo que me ha pasado en la vida, bueno o malo, me ha hecho lo que ahora soy”.

Me despierto por completo. Entonces me pongo a pensar que el viaje de mi vida así tenía que ser, muy similar a un viaje en tren, con un destino que nos espera y al que estamos obligados a ir. Un viaje con sorpresas agradables y profundas tristezas, según el caso, con algunos accidentes y cambios de vía. Todo esto he de llevarlo en mi valija de recuerdos por todo lo que me resta de existencia.

Un viaje es como la vida. En ocasiones pasamos por valles majestuosos que nos hacen pensar en las alegrías que hemos disfrutado, y en ocasiones pasamos por túneles oscuros que nos recuerdan nuestros momentos de desasosiego y de tristeza.

No importa por dónde uno pase, lo importante es el viaje. Vivir. Es el camino que nos ha tocado y el que hay que recorrer. Hay un destino que nos espera y que debemos cumplir.

Respiro profundamente y percibo una agradable paz en mi interior.

Siento que el tren va más rápido, como si estuviera desesperado por llegar a su destino.

Mientras contemplo por la ventana el paisaje cubierto de campos verdes y árboles, mi mente y mi razón comienzan a tener un encuentro con mi pasado.

Empiezo a recordar aquellos momentos que me han dado más alegría a lo largo de mi vida, pero también los que me han puesto a prueba para continuar y llegar a la última estación de mi existencia. Esa que se llama destino.

El día en que me casé con el amor de mi vida, Sofía, y el nacimiento mis hijos, Layla y Simón, son los momentos más hermosos de mi existencia. Los llevaré conmigo hasta bajarme en la última estación del tiempo que me ha tocado vivir.

Sin duda, la muerte de Sofía fue el golpe más doloroso y triste. Fue el momento en que el destino me puso a prueba.

He entendido que extrañar a Sofía es una enfermedad que no tiene cura. Aprendí a vivir sin su presencia, a controlar el miedo de no tenerla. Es como vivir con una herida en el rostro que el espejo no perdona y te recuerda. Te hace recordar lo feliz que fuiste algún día y al mismo tiempo te hace comprender al ser humano que eres ahora.

Vivir una guerra fue un momento de angustia y desesperación. Entendí que tenía un motivo para seguir viviendo y que ese motivo era proteger a mis hijos.

Una de las experiencias más hermosas que llevo en mi valija de recuerdos es haber podido ayudar a toda la gente que me pidió saber si alguno de sus familiares estaba muerto.

Estoy orgulloso de mis hijos. Me han dado alegrías imborrables, que siempre perdurarán en mi memoria.

Layla estudió mucho y ahora es doctora. Trabajó junto con dos compañeros médicos durante cerca de diez años, al cabo de los cuales descubrieron una vacuna que ha salvado a millones de niños, especialmente en África. En el futuro, y gracias a esta vacuna, esa enfermedad se erradicará del planeta y ya no será más una causa de muerte.

Simón, por su parte, aprendió cinco idiomas y cuando salió de la universidad decidió ser misionero. Quiso ayudar a la gente más necesitada. Ha viajado por muchos países de África, América Latina y Asia. La misión de Simón es enseñar a los niños a leer y escribir. Los últimos quince años de su vida los ha dedicado por completo a este propósito. Lo veo poco, pero en las contadas ocasiones en que lo he visto me ha dicho que es feliz, muy feliz, pues hace lo que le gusta hacer.

—Papá, me gusta tanto que lo haré mientras viva —me ha dicho con entusiasmo.

Recuerdo cuando se graduaron. Sentí una gran emoción y felicidad al ver a mis hijos culminar sus estudios después de todos los obstáculos y necesidades por las que pasamos.

En su ceremonia de graduación, Layla se acercó a mí, me dio un beso y me dijo:

—Papá, tú has sido en todo momento mi inspiración y motivo por el cual elegí estudiar medicina. En este tiempo he trabajado sin descanso para encontrar la cura de las

enfermedades, al igual que a lo largo de tu vida has ayudado a muchos a salir de sus tristezas y pesadumbres.

## LXXIX

El traqueteo del tren se detiene. Algunas personas empiezan a recoger sus pertenencias. Sin duda han llegado a su destino. Es el momento en que les toca bajar de este tren, el de la vida. Probablemente muchos ya no regresaran. Otros como yo, debemos permanecer en nuestros asientos, pues la estación de nuestro destino está por venir.

Pienso en el momento en el que me toque bajar del tren de la vida. ¿Sentiré nostalgia, temor, alegría, angustia?

Si existe una vida más allá de esta realidad, me gustaría encontrarme con Sofía. Todo en la existencia es ilusión y anhelo y yo no pierdo la esperanza de encontrarme con el amor de mi vida.

Escucho nuevamente el traqueteo del tren, que ha dejado atrás la estación y va cada vez más rápido. Observo a lo lejos, por la ventana, esas montañas que me son tan familiares y que me hacen sentir cada vez más cerca de casa.

Los pensamientos se me agolpan. Reflexiono: “¿Qué habría pasado si no hubiera tomado las decisiones correctas en mi vida?”

Una vez estuve a punto de suicidarme por mi imposibilidad de soportar la ausencia que dejó la muerte de Sofía. Habría sido un camino fácil para salir de la pesadilla que significó no tenerla a mi lado. Era como saltar del tren de la vida al más completo de los vacíos.

Recordé el miedo que me daba enfrentarme a mi nueva realidad. Una vez quise huir lejos de mis hijos para que no me recordaran a Sofía. ¡Qué tontería más grande! De haber tomado esa decisión, no me habría salvado, me habría perdido para siempre. Nunca habría visto a Layla y a Simón realizados y, lo más importante, no habría estado ahí para protegerlos.

Terminé por aceptar mi destino. Algo me guió de forma correcta. La estación de mi destino no era terminar así.

No cabe duda de que el destino nos pone a prueba para sobrevivir, pero también es cierto que nos pone todo para salir adelante.

Me doy cuenta de algo: que está en uno tener el coraje para resistir y controlar el miedo que nos aqueja, a fin de dar los pasos decisivos para sobrevivir y salir avante en la vida.

Comprendo ahora que todo en la existencia tiene su razón.

El tren detiene su marcha, pues ha llegado a su destino. Ha cumplido su misión y me ha traído a casa. Antes de bajar al andén, me entretengo en estas últimas reflexiones:

El destino nos espera a todos por igual. Cada uno es responsable de disfrutar de este viaje y llevar en nuestra valija los recuerdos más lindos y más profundos de nuestra existencia. Hagamos que este viaje sea inolvidable y no un simple paseo por la vida.

El viaje puede ser importante, pero es el contenido de nuestra valija el que nos dará el coraje para seguir de pie ante las adversidades y los contratiempos.

¡Tengamos pasión y coraje por vivir, alegría por cooperar y convivir, generosidad para amar y tranquilidad en el alma!

Dejémonos sorprender por la vida.

Guardemos los mejores recuerdos, los más grandes instantes en que fuimos muy felices.

Al final de nuestro viaje, antes de la última estación, abriremos esa valija y podremos afirmar que el viaje ha valido la pena.

¡Hagamos que nuestro viaje por la vida tenga sentido!

El que ahora tengas este libro en tus manos no es una casualidad. Haberlo leído es algo que tenía que pasar. Viene en el tren de tu vida, que va hacia tu destino.

Soy Diego Piaf. ¡Hasta pronto!

## Acerca del autor

**JOSÉ ANTONIO GOYRI ESCALONA** es licenciado en informática y escritor por vocación, de formación autodidacta. Esta, su primera novela, surgió a partir de un sueño que lo llevó a largas jornadas y desvelos para dar cauce a una historia que, asegura, tenía que ser contada. *El coraje de vivir* marca su debut literario con una historia clara que busca dejar un aprendizaje al lector.

Twitter: @JoseAGoyri

Diseño de portada: Claudia Safa  
Fotografía de portada: Can Stock Photo

© 2014, José Antonio Goyri  
Derechos reservados

© 2014, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial DIANA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso  
Colonia Chapultepec Morales  
C.P. 11570, México, D.F.  
www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: abril de 2014  
ISBN: 978-607-07-2110-6

Primera edición en formato epub: mayo 2014  
ISBN: 978-607-07-2128-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México  
Conversión eBook: TYPE

# Índice

1portadilla	2
2índice	4
3Capitulos	7
acercadelautor	105
creditos	106